ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de las huellas flameantes

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 15

ePub r1.3

Titivillus 19.08.16

Título original: *The Mistery of the Flaming Footprints*
M. V. Carey, 1971
Traducción: Martí Llobet
Ilustraciones: Harry Kane. Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus
ePub base r1.2



Introducción

Como no es necesario que nos presenten a quienes ya conocemos, el lector que tenga ya noticias de Los Tres Investigadores puede pasar por alto esta introducción y empezar directamente la lectura por el capítulo 1, donde empieza el relato.

Pero a quien no conozca todavía a Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, le irá bien tener una idea general de quienes forman este famoso trío.

Cualquier proyecto que vayan a emprender Los Tres Investigadores ha de comenzar con la intervención de Jupiter Jones, un muchacho regordete y listo, que no duda en admitir que él es el jefe de la pandilla, el primer investigador y, en opinión de algunos, el que promueve todos los líos. Todos los planes de Jupiter los secunda Pete Crenshaw, un muchacho de complexión atlética y muy prudente en evitar los peligros, pero con frecuencia prescinde de esa precaución propia, cuando Jupiter tiene un problema que resolver. El tercer componente del grupo es Bob Andrews, de carácter tranquilo y estudioso, que trabaja media jornada en una biblioteca, y por ello puede proporcionar a Los Tres Investigadores una rápida y exacta información sobre casi todos los asuntos.

Todos estos muchachos viven en Rocky Beach, pequeña ciudad situada en la costa del Océano Pacífico, no lejos de Hollywood. Bob Andrews y Pete Crenshaw viven con sus padres, pero Jupiter Jones, que quedó huérfano siendo muy niño, comparte la vivienda de sus tíos, a quienes ayuda en el cuidado y organización de «El Patio Salvaje» de los Jones, el

centro mejor organizado en toda la costa del Pacífico para la venta de chatarra y trastos viejos.

Hemos de admitir que hay ocasiones en que Jupiter descuida sus obligaciones en el «Patio Salvaje» cuando se le presentan asuntos más emocionantes que le llaman la atención, tales como el caso del solitario alfarero, a quien el lector va a conocer en seguida, y a los aturdidos visitantes que acuden a Rocky Beach con la esperanza de pasar un grato verano, sólo por encontrarse viviendo en una casa encantada por la presencia de un fantasma descalzo.

¿O es que está la casa encantada tal vez por algo todavía más siniestro?

De una cosa podemos estar ya seguros, y es que Jupiter Jones y sus compañeros lo descubrirán.

Y basta ya de introducción. Pasemos a conocer la aventura.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

El alfarero aparece y desaparece

Jupiter Jones oyó que la camioneta doblaba la esquina de la carretera de la costa. No se había equivocado, no. Era el alfarero.

Jupiter había estado rastrillando la gravilla del camino de acceso al «Patio Salvaje» de los Jones. En aquel momento se detuvo y se puso a escuchar.

—Por ahí viene —dijo.

Su tía Mathilda se encontraba allí cerca, regando los geranios que había plantado al borde del camino. Cerró la boquilla de la manguera y el agua dejó de chorrear; y dirigió la mirada al camino que llevaba hasta la carretera.

—¿A qué viene ese hombre ahora? ¿Qué pasa? —preguntó.

La vieja camioneta del alfarero subía a duras penas la ligera pendiente que separaba la carretera del «Patio Salvaje» de los Jones.

Jupiter se sonrió burlonamente. El hombre, conocido en Rocky Beach sencillamente como «el alfarero», era motivo de inquietud y de preocupación para la tía Mathilda. Todos los sábados por la mañana el alfarero iba con su vieja y desmantelada camioneta a la ciudad a recoger las provisiones y víveres que necesitaba para la semana. Muchas veces la tía Mathilda se había encontrado con la camioneta que llegaba carraspeando hasta la zona de aparcamiento junto al mercado de Rocky Beach. La tía Mathilda solía siempre decir en tono profético que aquel cacharro viejo nunca podría llegar resoplando a la carretera. Pero siempre se equivocaba.

Y aquel sábado no fue una excepción. La camioneta llegó a la cima de la pendiente despidiendo humo por el radiador. El alfarero saludó con la mano, y con el traqueteo propio de ese vehículo dobló

la esquina y entró en el «Patio Salvaje». Jupe saltó, apartando su cuerpo rechoncho, y la camioneta hizo un viraje y se detuvo, dando un resoplido como de cansancio, ya dentro de la verja del patio.

—Jupiter, hijo mío —exclamó el alfarero—. ¿Cómo estás? Y usted, señora Jones, tiene un magnífico aspecto en esta mañana de junio.

El alfarero saltó de la cabina de la camioneta, y aquella bata larga y limpia que llevaba puesta se le arremolinó.

Tía Mathilda nunca podía asegurar si estaba o no, conforme con tal indumentaria. Es verdad que era uno de los más hábiles artesanos de la costa occidental. La gente acudía de ciudades tan distantes como San Diego por la parte sur, y Santa Bárbara por el norte, para comprar los cacharros, botijos y jarrones que tan bien sabía moldear. Tía Mathilda admiraba aquella hermosa artesanía. Con todo, estaba plenamente convencida de que todos los hombres debían llevar pantalones, una vez salidos ya de la edad de los juegos.

Aquellos ropajes colgantes se contradecían con la idea que ella se había forjado de cómo debían ser las cosas. Y lo mismo ocurría con aquella cabellera del alfarero, tan larga y reluciente, y con su limpia y bien arreglada barba, sin omitir tampoco el medallón de cerámica que colgaba de una cinta de cuero que llevaba alrededor del cuello. El dibujo que figuraba en el medallón era un águila bicéfala, de color escarlata. A tía Mathilda le parecía que lo normal era una cabeza de águila. Aquel pájaro con dos cabezas era también otra de las extrañas chifladuras del alfarero.

Luego tía Mathilda dirigió una mirada a los pies del alfarero, con muestras de manifiesto desagrado, como siempre, el alfarero iba descalzo.

—Va usted a pisar un clavo —le dijo en tono de advertencia.

—Nunca piso clavos, señora Jones —dijo limitándose a sonreír —. Usted bien lo sabe. Bueno, yo necesitaría que me ayudara en algo hoy. Estoy esperando…

El alfarero se detuvo de repente y dirigió la mirada a un cuartito de madera que servía como de despacho en el «Patio Salvaje».

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Quiere usted decir que nunca lo ha visto? —le respondió la tía Mathilda—. Tiene ya varios meses.

Y descolgó de la pared del despacho el marco de un cuadro, que entregó al alfarero para que lo pudiera ver bien. A través del cristal se veían una serie de fotografías en colores muy vivos, con unas frases al pie de cada una. Sin duda las fotografías estaban tomadas de una revista. Había una de la parte delantera del «Patio Salvaje»; en ella se podía ver al tío Titus que posaba con orgullo ante la valla de madera que cercaba el «Patio». Algunos artistas de Rocky Beach habían decorado la valla con la pintura de un barco de vela, en lucha contra el borrascoso océano. Además se podía distinguir claramente el dibujo de un pez que levantaba la cabeza por encima de las olas, para ver el barco.

Debajo de la fotografía del «Patio Salvaje» había otra del señor Dingler, que labraba joyas de plata en una pequeña joyería de Rocky Beach, y otra de Hans Jorgenson, pintando una marina. Había otra foto del propio alfarero. El fotógrafo había captado una magnífica instantánea del viejo cuando salía del mercado, con su barba reluciente a la luz del sol, y el águila bicéfala que destacaba sobre el blanco de su vestimenta, llevando colgado del brazo una bolsa ordinaria con las provisiones adquiridas. La inscripción que figuraba al pie de la fotografía del alfarero ponía de manifiesto que a los habitantes de Rocky Beach no les molestaba que uno de sus más famosos artistas llevara ese ropaje tan excéntrico.

—Seguramente usted debía tener noticia de ella —dijo la tía Mathilda—. Está recortada de la revista «Westways». ¿Recuerda que hicieron una foto a los artistas de las ciudades del litoral?

—No lo sabía —respondió frunciendo el entrecejo—. Recuerdo que un día vi por ahí un joven con una máquina fotográfica, pero no le presté mucha atención. Además, nos encontramos con tantos y tantos turistas, y todos ellos suelen llevar máquina de fotografías que… Pero si al menos…

—Si al menos, ¿qué? —preguntó la tía Mathilda.

—Nada —respondió el alfarero—. Ahora ya no tiene remedio — y diciendo esto se alejó de tía Mathilda y de aquella foto suya tan divulgada, viniendo a apoyarse en el hombro de Jupiter—. Jupiter —le dijo—, me gustaría echar un vistazo a tu mercancía. Espero huéspedes y me temo que encuentren la casa un poco… bueno, un poco desmantelada y vacía.

—¿Espera usted huéspedes? —replicó la tía Mathilda—.

¡Válgame Dios!

A pesar de su carácter jovial y abierto, el alfarero nunca había tenido un amigo íntimo. Jupiter sabía que su tía manifestaba vivas ansias por saber quién podía ir a visitar a aquel viejo. Sin embargo, se abstuvo de preguntárselo, y simplemente le ordenó a Jupiter que le enseñase cuanto tenían.

—Tu tío Titus no volverá de Los Ángeles hasta dentro de una hora por lo menos —dijo; y se apresuró a cerrar el grifo que daba paso al agua de la manguera.

Jupiter se sentía muy contento al poder mostrar al alfarero todas las cosas. La tía Mathilda tenía sus propias dudas sobre el viejo, pero a Jupe le gustaba su carácter. Su lema parecía ser «Vive y deja vivir», y Jupiter pensaba que no era cuestión suya sino del alfarero, si éste disfrutaba andando con los pies descalzos y vestido con aquella túnica blanca.

—Bueno, en primer lugar —dijo al alfarero—, necesito dos camas.

—Sí, señor —dijo Jupe.

El alfarero echó una mirada en torno suyo.

El «Patio Salvaje» de los Jones estaba perfectamente organizado. Estando al frente la tía Mathilda hubiera resultado difícil imaginárselo de otra manera. Jupe acompañó al alfarero hasta el cobertizo donde se guardaban los muebles, para evitar que les atacara la humedad que venía del océano. Había escritorios, mesas, sillas y camas. Algunos muebles estaban rotos o estropeados por los años de uso y los malos tratos. Otros muebles habían sido retocados y pintados de nuevo por Jupe, su tío, y Hans y Konrad, dos hermanos bávaros que les ayudaban en ese menester.

El alfarero dirigió una mirada a las camas amontonadas junto a una de las paredes del cobertizo. Le dijo a Jupe que se había comprado nuevos colchones y somieres, pero que todo ello quedaba incompleto mientras no estuviera puesto encima de una buena y sólida cama.

—¿Cree usted que los huéspedes que espera, van a estar mucho tiempo? —preguntó. La curiosidad de Jupe empezó a aumentar por momentos.

—No estoy seguro, Jupiter —respondió el alfarero—. Ya veremos. Bueno, ¿y qué te parece esa cama de bronce con ese

adorno que tiene arriba en forma de voluta?

—Es muy anticuada —respondió Jupe dudando.

—También yo lo soy. ¿Quién sabe? Tal vez a mis huéspedes les guste yo, tal y como soy —el alfarero levantó la cabecera de la cama y la sacudió para comprobar su solidez—. Estupenda. Ahora ya no las fabrican así. ¿Cuánto vale?

Jupe dijo que lo ignoraba. La cama procedía de un viejo caserón de las colinas de Hollywood. Su tío la había comprado precisamente la semana anterior, pero no tenía ni la más remota idea de lo que pensaba pedir por ella.

—No te preocupes —le dijo el alfarero—. No es preciso saberlo en seguida. Ponla aparte, y ya se lo preguntaré a tu tío cuando vuelva.

—Necesito otra cama —le dijo a Jupe—. Para un muchacho de una edad parecida a la tuya. ¿Tú cuál escogerías, Jupiter, si te tuvieras que comprar una?

Jupe no vaciló, y echó mano de una cama de madera clara, que además tenía adosada una estantería para libros.

—Si al muchacho le gusta leer en la cama, ésta es estupenda —respondió—. La madera no es de la mejor, pero Hans la pulió con papel de lija y la pintó. Creo que ahora tiene mejor aspecto que cuando era nueva.

—Magnífico, sí —comentó el alfarero satisfecho—. Y si al muchacho no le gusta leer en la cama, puede guardar en la estantería su colección particular.

—¿Su colección? —preguntó Jupe.

—Debe tener su colección propia —replicó el alfarero—. ¿No coleccionan cosas todos los muchachos? ¿Bien sean conchas marinas, o sellos, o minerales, o cápsulas de botellas de licor o lo que sea?

Jupe estaba a punto de decirle que él no, cuando le vino a la memoria aquella especie de cuartel general suyo, formado por un remolque escondido disimuladamente detrás de un montón de chatarra al fondo del patio. En realidad, Jupiter tenía una colección; una colección de casos resueltos por Los Tres Investigadores. Los informes estaban todos en el remolque, cuidadosamente guardados en folios metidos en carpetas.

—Sí, señor, me imagino que todos los muchachos tienen una

colección —dijo—. ¿Quiere algo más de mí ahora?

Solucionada la cuestión de las camas, el alfarero no sabía qué más buscar ni por qué decidirse.

—Tengo tan pocas cosas en mi casa —declaró—. Supongo que otras dos sillas también irían bien.

—¿Cuántas sillas tiene usted? —preguntó Jupe.

—Una —le respondió al alfarero—. Nunca he necesitado más de una, y trato de no complicarme la vida nunca.

Jupe sin decir palabra escogió dos sillas fuertes del montón que había junto a la pared derecha del cobertizo, y las puso delante del alfarero.

—¿Una mesa? —le preguntó Jupiter.

—Ya tengo una. Pero estoy pensando Jupiter, en una cosa que se llama televisión. Sé que es muy popular, y puede que a mis huéspedes les gustara tener una. Tal vez tú pudieras…

—No —le interrumpió Jupiter—. Cada vez que un aparato llega a nuestras manos sólo podemos guardar unas pocas piezas de repuesto. Si desea tener un aparato de televisión no tendrá más remedio que comprarse uno.

El alfarero se quedó dudando.

—Los televisores nuevos todos tienen garantía —prosiguió Jupiter—, y si tienen algún defecto se pueden devolver a la casa para que los arregle.

—Ya comprendo, ya. No hay duda de que estás en lo cierto, Jupiter. Por ahora me he de conformar con las camas y las sillas. Después ya…

El alfarero cortó la frase. Fuera, en el patio, sonaba el claxon de un coche, de forma insistente y fuerte.

Jupiter se encaminó a la puerta del cobertizo. El alfarero le siguió. Aparcado en el camino, cerca de la desmantelada camioneta del alfarero, había un reluciente «Cadillac» negro. De nuevo sonó el claxon y el hombre que conducía el coche miró en torno suyo con señales de impaciencia y se dirigió hacia la puerta del despacho.

Jupe se apresuró a salir.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó.

El hombre se detuvo y esperó a que Jupe y el alfarero llegaran hasta donde él se encontraba. Jupiter iba pensando que tenía aspecto de persona retraída, de esas que se callan todo cuanto

piensan. Era alto y flaco y no muy viejo, aun cuando unos mechones de pelo plateado destacaban entre su cabellera negra y ensortijada.

—¿Deseaba usted algo, señor? —le dijo Jupe.

—Voy buscando Hilltop House —le respondió el hombre—. Me parece que no he tomado el desvío de la carretera que corresponde.

Aquel hombre hablaba el inglés propio de una persona europea bien educada.

—Se encuentra a una milla al norte —le respondió Jupe—. Vuelva a la carretera y tuerza a la derecha. Siga recto hasta que vea la casa del alfarero. El camino que conduce a Hilltop House se encuentra allí detrás. No tiene equivocación posible. Hay una puerta de madera con un candado.

El hombre asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, le dio las gracias de forma brusca y se volvió al coche. Entonces se dio cuenta Jupe de que había otra persona en el coche. Un hombre más bien grueso, estaba sentado y sin moverse en el asiento de atrás. Entonces se inclinó hasta tocar el hombro del que conducía y le dijo algo en un lenguaje que Jupe no pudo entender. Ese hombre no parecía ni joven, ni viejo, ni de edad intermedia. Al instante cayó en la cuenta Jupe de que ello se debía a que estaba completamente calvo. Incluso le habían caído las cejas, si es que alguna vez había tenido. Y tenía la piel tan curtida que parecía cuero.



Ese hombre dirigió una mirada primero a Jupe, y en seguida volvió sus ojos negros y ligeramente angulosos hacia el alfarero, que había permanecido callado al lado de Jupe. El alfarero emitió como un extraño silbido muy débil. Jupe le miró, y vio que tenía la cabeza inclinada hacia un lado, como si tratara de escuchar con atención, y con la mano derecha cogía con fuerza el medallón que le colgaba del cuello. Aquel hombre de edad indefinida se volvió a acomodar en el asiento. El que iba al volante puso el coche en marcha, retrocedió un poco y salió del camino. La tía Mathilda salió de la casa a tiempo para ver pasar el «Cadillac» rápidamente y volver hacia la carretera.

El alfarero tocó el brazo de Jupiter.

—Hijo mío —le dijo—, ¿quieres hacer el favor de ir y pedirle a tu tía un vaso de agua? De repente me ha entrado como un ligero mareo.

El alfarero se sentó en un montón de tablas de madera. Parecía estar enfermo.

—Se la traigo en seguida —le prometió Jupe. Y salió corriendo.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le preguntó tía Mathilda.

—Iban buscando Hilltop House —le respondió Jupe, que entró en la cocina, sacó la botella de agua que la tía Mathilda tenía siempre en la nevera y llenó un vaso.

—¡Qué extraño! —comentó la tía Mathilda—. Hace ya años que no vive nadie en Hilltop House.

—Ya lo sé —dijo Jupe, y salió corriendo con el vaso de agua. Pero cuando llegó al patio, el alfarero había desaparecido.

Capítulo 2

El escudriñador

La vieja camioneta del alfarero permanecía todavía en el camino cuando el tío Titus y Hans regresaron de Los Ángeles. Traían una carga de muebles de jardín ya oxidados y estropeados en la caja de la camioneta. El tío Titus trató de pasar por el lado del coche del alfarero, pero no pudo y lanzó un grito desde la cabina.

—¿Qué hace ese trasto ahí en medio del camino? —preguntó.

—El alfarero lo dejó ahí después de desaparecer —respondió Jupe.

—¿Después de qué?

—Después que desapareció —repitió Jupiter.

El tío Titus se sentó en el estribo de la camioneta.

—Mira, Jupiter, la gente no desaparece así como así.

—Pues el alfarero sí —dijo Jupe—. Se detuvo aquí para comprar algunos muebles con los que poder acomodar a los huéspedes que espera. Cuando me dijo que se encontraba mareado entré en casa y le saqué un vaso de agua, y mientras hice eso desapareció.

El tío Titus se atusó el bigote.

—¿Huéspedes? —dijo—. ¿El alfarero? ¿Desapareció? ¿Y, dónde desapareció?

—No es fácil seguir el rastro de los movimientos de una persona que va descalza —dijo Jupe a su tío—. Salió por la puerta y se dirigió al camino. Como la tía Mathilda estaba regando se mojó los pies. Al llegar a la esquina dobló hacia Coldwell Hill. Hay muchas huellas clarísimas en el polvo del sendero que lleva hacia la colina. Por desgracia dejó el sendero unas cincuenta yardas más arriba y torció hacia el norte. A partir de allí ya no encontré más huellas

porque el terreno es muy rocoso.

El tío Titus se levantó de su asiento en el estribo.

—Bien —dijo. Se volvió a atusar el bigote y echó una mirada a la camioneta del alfarero—. Quitemos este cacharro del camino. No podemos hacer nada si continúa ahí, y quiera Dios que el alfarero vuelva pronto para llevárselo.

El tío Titus hizo varios esfuerzos en vano para poner en marcha la camioneta del alfarero, pero el viejo motor no arrancaba de ninguna manera.

—Que no me digan que los motores no pueden pensar —dijo el tío Titus—. Apuesto a que el alfarero es la única persona en el mundo que es capaz de hacer que este trasto se ponga en marcha.

Volvió a bajar de la camioneta y le hizo señas a Jupe para que se sentara al volante, y así, conduciendo éste, su tío y Hans empujaron la camioneta hasta dejarla en un espacio libre que había junto al despacho.

La tía Mathilda había salido presurosa de la casa para ver lo que pasaba.

—Voy a poner las provisiones de ese hombre en nuestra nevera —dijo—. De continuar fuera y expuestas al sol se estropearán. No sé lo que habrá comprado, Jupiter, ¿te dijo cuándo iban a venir sus huéspedes?

—No, no me lo dijo.

La tía Mathilda sacó la bolsa de comestibles de la camioneta.

—Jupiter, estoy pensando que podrías coger la bicicleta y llegarte hasta la casa del alfarero —le dijo—. Tal vez esté allí, o quizás hayan llegado ya los huéspedes. En ese caso tráetelos contigo, pues creo que resultaría muy desagradable presentarse en una casa y encontrársela vacía.

Jupiter había estado a punto de sugerir lo mismo que le proponía. Así que hizo una mueca graciosa y se fue corriendo a por la bicicleta.

—Y no pierdas el tiempo; vuelve en seguida —le gritó su tía—. Hay muchas cosas que hacer.

Al oír esto, Jupiter lanzó una carcajada. Mientras pedaleaba por la carretera, siempre teniendo gran cuidado de mantenerse en su derecha para no ser atropellado por los coches que, a toda velocidad circulaban en dirección norte, llegó a la conclusión de

que el muchacho huésped del alfarero, caso de haber llegado, le podría ayudar en las tareas del «Patio Salvaje» antes de terminar el día. La tía Mathilda sabía muy bien qué tenía que hacer con los muchachos de la edad de Jupiter. Era sencillamente hacerles trabajar.

La carretera torcía en Evanston Point, y la casa del alfarero atraía las miradas con ese color tan blanco sobre el fondo verde negruzco de las lomas de California. Jupiter dejó de pedalear y bajó la cuesta. La casa del alfarero había sido antaño una vivienda elegante. Ahora se le presentaba a Jupe como una casa desafiante que ostentaba su color jengibre de la época victoriana en aquel solitario trecho de costa.

Jupiter se detuvo ante la puerta de entrada. Una pequeña señal en la valla, daba a entender que la tienda del alfarero estaba cerrada pero que éste regresaría pronto. Jupiter quería saber si el alfarero estaría todavía dentro de la gran casa sin querer enfrentarse con la acostumbrada riada de clientes de los sábados por la mañana. Era cierto que dio muestras de estar enfermo cuando Jupiter entró por el agua.

El muchacho apoyó la bicicleta sobre la valla y cruzó la puerta. El patio delantero de la casa estaba pavimentado con losas anchas y lleno de mesas en las que se exhibían grandes piezas de cerámica: espléndidos jarrones, grandes platos decorados con flores y frutos, enormes búcaros en los que se veían revolotear pájaros, en un vuelo sin movimiento.

—¡Señor alfarero! —gritó Jupiter.

Nadie respondió. Las altas y estrechas ventanas de la casa parecían vacías. El cobertizo donde el alfarero conservaba sus provisiones estaba cerrado con llave y silencioso. Al otro lado de la carretera y aparcado en un recodo de la playa vio un «Ford» de color tostado y lleno de polvo. No había nadie en el coche. Sin duda alguna, el dueño estaba en la playa, patinando o pescando.

El sendero que conducía desde la carretera a lo alto del monte, a Hilltop House, se encontraba sólo a unos metros de distancia, más allá del patio del alfarero. Jupiter observó que la puerta estaba abierta. La propia Hilltop House no era visible desde la casa del alfarero, pero Jupe pudo ver la pared de piedra que sostenía la terraza. Alguien estaba allí de pie, apoyado en la pared. A esa

distancia, Jupe no podía decir si era el conductor del «Cadillac», el hombre de pelo negro y ensortijado, o aquel otro extraño ocupante del coche, sin edad determinada.

Jupe recorrió con rapidez la exposición de objetos colocados sobre las mesas de madera y encima de dos peldaños adornados con un par de jarrones. Éstos eran casi tan altos como el propio Jupiter, y una franja pintada con águilas bicéfalas, semejantes a las del medallón del alfarero, figuraba en cada jarrón. Los ojos de las águilas brillaban mucho y tenían los picos abiertos en ademán de desafiarse mutuamente.

Al entrar en la casa, el piso de madera crujió, bajo las pisadas de Jupe.

—Señor alfarero —preguntó—. ¿Está usted aquí?

No hubo respuesta, y Jupe frunció el entrecejo. La puerta de delante estaba entornada solamente. Jupe sabía que el alfarero no se preocupaba mucho de las cosas que tenía en el patio, ya que eran grandes y difícilmente se las podían llevar. Pero también sabía que todo lo demás que poseía el alfarero lo guardaba cuidadosamente bajo llave. Si la puerta delantera estaba abierta, el alfarero debía estar en casa.

Cuando Jupe entró por la puerta vio que el vestíbulo estaba vacío, o al menos lo vacío que podemos considerar un local que sólo tiene una fila de estantes, desde el suelo hasta el techo, llenos de fuentes, tazas, platos azucareros, tarros y bomboneras de diversos colores. Todo brillaba, limpio de polvo y en perfecto orden, y colocado de tal manera que causara en el visitante la mejor impresión posible.

—Señor alfarero —gritó esta vez Jupiter.

No se oía ni una mosca, excepto el ruido del motor de la nevera que funcionaba en la cocina. Jupiter miró la escalera, y se quedó dudando si debía o no subir al piso. El alfarero podía haber vuelto y haberse metido en la cama. Incluso podía haber sufrido un desvanecimiento.

Entonces Jupe oyó un pequeño ruido. Algo se había movido en la casa. A la izquierda de Jupe había una puerta que se encontraba cerrada, y éste ya sabía que era la que daba al despacho del alfarero.

De allí procedía el ruido.

—Señor alfarero —insistió Jupe golpeando la puerta.

Nadie le respondió. Jupe puso la mano en la manivela, la accionó y la puerta se abrió ante su mirada. El despacho no tenía más que una mesa escritorio de tapa abatible y unos estantes con libros de cuentas y facturas. Jupiter entró despacito en la habitación. El alfarero tenía organizado un negocio de venta por correo. Jupiter vio montones de listas de precios y de facturas. En una esquina del estante había una caja con sobres.

Entonces Jupiter vio algo que le entrecortó la respiración. La mesa del alfarero había sido forzada y se encontraba abierta. Tenía rayaduras recién hechas en la madera y también en la cerradura de la tapa giratoria. Uno de los cajones igualmente abierto y vacío; encima de la mesa se veían montones de fichas esparcidas en desorden.

Alguien había registrado el despacho.

Jupiter iba a dirigirse de nuevo hacia la puerta cuando de repente unas manos se apoyaron en sus hombros. Entre sus tobillos se introdujo un pie, y fue empujado brutalmente hacia una esquina de la habitación. Tropezó con la cabeza en el borde del estante y le cayeron encima una montonada de papeles.

Pudo darse cuenta de que cerraban una puerta y echaban la llave de la cerradura. Las pisadas se alejaron del vestíbulo.

Aturdido trató de incorporarse y sentarse en el suelo, pero aguardó un momento para serenarse. Cuando se aseguró de que estaba en su sano juicio se levantó y corrió hacia la ventana. El patio de delante de la casa estaba vacío. El que entró a registrar el despacho había desaparecido.

Capítulo 3

La familia del alfarero

Jupiter consideró que debería haber una ley obligatoria sobre los teléfonos y que incluso los más excéntricos alfareros debían tener uno.

Por otra parte, aun cuando el alfarero dispusiera de teléfono, de poca utilidad hubiera sido entonces. Por supuesto el autor del registro del despacho estaría ya a una milla de distancia, carretera abajo.

Tanteó la manivela de la puerta pero estaba cerrada. Entonces se agachó apoyándose en una rodilla y miró a través del ojo de la antigua cerradura. La puerta ha sido cerrada con llave desde fuera, y todavía estaba puesta. Se encaminó a la mesa del despacho, buscó un cortapapeles y manipuló en la cerradura.

Desde luego, podía haber salido por la ventana, pero prefirió no hacerlo, ya que tenía muy desarrollado el sentido de su propia dignidad, además de que sabía que podía inspirar sospechas si alguien desde la carretera le veía saltando por la ventana.

Jupiter estaba manipulando todavía en la cerradura cuando oyó más pasos en el vestíbulo, y se quedó helado.

—¡Abuelo! —gritó alguien.

La campanilla de la puerta sonaba cascadamente en la cocina.

—¡Abuelo!, somos nosotros.

Indudablemente alguien llamaba a la puerta.

Abandonó sus esfuerzos por abrir la cerradura y acercándose a la ventana la abrió y se asomó. En la entrada vio a un muchacho de cabellos rubios que llamaba insistentemente, y detrás de él una mujer joven con pelo también rubio y desordenado por el viento. En

la mano tenía unas gafas de sol, y del brazo le colgaba un bolso de piel, repleto de cosas.

—Buenos días —dijo Jupiter Jones.

Tanto la mujer como el muchacho le miraron, pero sin responderle.

Jupiter, que no tenía intención de saltar por la ventana, lo hizo ahora, pensando de manera juiciosa que no tenía nada que perder.

—Estaba encerrado dentro —dijo brevemente. Volvió a entrar en la casa por la puerta principal, dio la vuelta a la llave del despacho y abrió su puerta.

Tras un momento de duda, la mujer y el muchacho penetraron en la casa, detrás de Jupiter.

—Alguien estuvo registrando este despacho, y a mí me encerraron dentro —dijo.

Jupiter se fijó en el muchacho; era aproximadamente de su misma edad.

—Ustedes deben ser los invitados del alfarero.

—Yo soy…, bueno, pero ¿quién eres tú? —preguntó el muchacho—. Y, ¿dónde se encuentra mi abuelo?

—¿Abuelo? —repitió como un eco Jupiter, buscando con la mirada una silla. Como no vio ninguna se sentó en las gradas de la escalera.

—Sí, el señor Alejandro Potter —le interrumpió el muchacho—. Ésta es su casa, ¿no es así? Lo pregunté en la fábrica de gas de Rocky Beach y me lo dijeron.

Jupe apoyó los codos en las rodillas y se quedó con la barbilla cogida entre las manos. Le dolía la cabeza.

—¿Abuelo? —repitió de nuevo—. ¿Quieres decir que el alfarero tiene un nieto?

Jupe estaba tan sorprendido como si alguien le hubiera dicho, por ejemplo, que el alfarero tenía guardado un dinosaurio amaestrado en el sótano.

La mujer se puso las gafas de sol, y como el vestíbulo estaba en penumbra se las quitó de nuevo. Tenía una cara muy bonita, y así lo creía Jupiter.

—No sé dónde está el alfarero. Le he visto esta mañana, pero ahora no está aquí.

—¿Y por eso saltabas por la ventana? —le preguntó la mujer—.

Tom —le dijo al muchacho—, llama a la policía.

El muchacho miró en torno suyo, algo aturdido.

—En la carretera hay un teléfono público —dijo Jupiter cortésmente—, nada más salir del patio.

—¿Eso quiere decir que mi padre no tiene teléfono? —preguntó la mujer.

—Si su padre es el alfarero —le contestó Jupe—, desde luego que no tiene.

—¡Tom! —dijo la mujer, mientras rebuscaba en su bolso.

—Ve tú a telefonear, mamá —dijo Tom—. Y yo me quedaré vigilando a este individuo.

—No tengo la menor intención de marcharme —aseguró Jupiter.

La mujer salió, primero despacio, y luego echó a correr hacia la carretera.

—Así que el alfarero es tu abuelo —inquirió Jupe.

El muchacho llamado Tom le miró fijamente.

—¿Qué de extraño tiene eso? —le preguntó—. Todo el mundo tiene abuelo.

—Cierto —respondió Jupe—. Sin embargo no todos tienen un nieto, y el alfarero es…, bueno, es una persona muy rara.

—Lo sé; es artista —Tom fijó la mirada en los estantes llenos de cerámica—. Siempre nos envía algún objeto.

Jupiter meditó estas palabras en silencio. ¿Cuánto tiempo suponía él que llevaba el alfarero en Rocky Beach? Veinte años, por lo menos, según decía su tía. Ciertamente, estaba ya bien establecido mucho antes que sus tíos Titus y Mathilda abrieron el «Patio Salvaje» de los Jones. Aquella mujer tan atolondrada bien podía ser hija suya. Pero en ese caso, ¿dónde había estado ella todo ese tiempo? ¿Por qué el alfarero nunca les había hablado de ella?

La mujer regresó, comentando mientras ponía el billetero dentro del bolso:

—Pronto llegará un coche patrulla aquí.

—Estupendo —respondió Jupe.

—Y tú tendrás que dar alguna explicación.

—Tendré mucho gusto en hacerlo, señora…, señora…

—Dobson —dijo la mujer.

—Yo soy Jupiter Jones, señora Dobson —comentó realizando una profunda inclinación.

—Mucho gusto en conocerte —le respondió ella cortésmente, a pesar de todo—. ¿Cómo estás?

—No muy bien por ahora —confesó Jupiter—. Como usted sabe, vine aquí en busca del alfarero, y alguien me echó al suelo y luego me encerró en este despacho.

El gesto que puso la señora Dobson indicaba que no daba crédito alguno a esa historia. El pito de la sirena de la policía se dejó oír en la carretera.

—Rocky Beach no tiene muchas posibilidades de que se presente algún caso que investigar —dijo Jupiter con toda tranquilidad—. Estoy seguro de que los hombres de Reynolds se encuentran satisfechos al presentárseles la ocasión de hacer sonar la sirena.

—Demasiado seguro estás —le interrumpió Tom Dobson.

La sirena dejó de sonar exactamente al llegar el coche delante de la casa. A través de la puerta, Jupiter vio el coche patrulla pintado de blanco y negro, que se detenía. Dos policías salieron en seguida y echaron a correr en dirección a la casa.

Jupiter se sentó de nuevo en la escalera, y la señora Dobson, cuyo nombre era Eloisa, se presentó a sí misma a la policía, hablando precipitadamente. Según dijo, vino todo el trayecto conduciendo su coche, desde Belleview, en Illinois, para visitar a su padre, el señor Alejandro Potter, que no se encontraba en casa en el momento de su llegada, pero en cambio se había encontrado con este… con este joven delincuente que saltaba por la ventana. Con el dedo señaló de forma acusadora a Jupe, dando a entender que tal vez la policía iba en busca suya.

El agente Haines había pasado toda su vida en Rocky Beach y el sargento McDermott acababa de celebrar los quince años de servicio en el Cuerpo de Policía. Los dos conocían a Jupiter Jones así como al alfarero. El sargento McDermott tomó unas breves anotaciones en el cuaderno que llevaba, y luego dijo a la señora Dobson:

—¿Puede usted demostrar que es la hija del alfarero?

La señora Dobson se puso colorada y luego palideció.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —exclamó.

—Decía que si estaba usted dispuesta a…

—Ya lo oí antes.

—Mira, mamá, si te limitaras a explicar…

—Explicar, ¿qué? Ya le he dicho que llegamos aquí y nos

encontramos con este… este joven ladronzuelo…

El sargento McDermott suspiró.

—Jupiter Jones puede que sea algo mentirosillo —declaró—, pero él no roba nada. —Y dirigió una mirada de complacencia a Jupe, que le tranquilizó—. ¿Qué ha ocurrido, Jones? —le preguntó —. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—¿He de empezar por el principio? —preguntó Jupiter.

—Disponemos de todo el día —le replicó McDermott.

Así que Jupiter empezó por el principio. Habló de la visita que había hecho el alfarero al «Patio Salvaje» y de los muebles que había comprado para los huéspedes esperados.

El sargento McDermott, al oír esto, hizo un gesto de afirmación con la cabeza, y el agente Haines entró en la cocina y sacó una silla para que se sentara la señora Dobson.

Jupe siguió diciendo que el alfarero había desaparecido de allí, dejando abandonada su camioneta, y se había encaminado hacia las colinas, detrás de Rocky Beach.

—Yo vine hasta aquí para ver si había regresado a casa —dijo Jupe—. La puerta de delante estaba abierta, y entré. No encontré al alfarero, pero sí había alguien escondido en el despacho, que seguramente estaba detrás de la puerta. Así que entré y vi que la mesa escritorio había sido forzada y abierta, y entonces esa persona me puso la zancadilla por detrás y me derribó al suelo. En seguida salió corriendo y cerró la puerta con llave desde fuera. Por eso tuve necesidad de saltar por la ventana cuando la señora Dobson y su hijo aparecieron en el umbral y llamaron a la puerta.

El sargento McDermott guardó un momento de silencio, y luego dijo:

—Bien, bien.

—El despacho del alfarero ha sido registrado —insistió Jupe—, y usted puede ver que sus papeles se encuentran todos revueltos.

McDermott se acercó hasta la puerta del despacho y contempló los montones de papeles y notas esparcidos por la mesa y el cajón forzado y abierto.

—El alfarero es muy ordenado —agregó Jupe— y nunca dejaría el despacho de esa forma.

McDermott volvió a donde estaban los demás en el vestíbulo.

—Vamos a llamar al detective para que observe las huellas

digitales —dijo—. Mientras tanto, señora Dobson…

Y al oír esto, la señora Dobson rompió a llorar.

—Venga, mamá —el muchacho llamado Tom se le acercó y puso su mano sobre su brazo—. Venga, mamá, no llores.

—¡Es mi padre! —dijo entre sollozos la señora Dobson—. Pero no importa; lo cierto es que las cosas son así, y hemos hecho todo el recorrido para verle, y ni siquiera nos hemos detenido en el gran Canyon porque yo quería… porque es el caso que ni siquiera puedo recordar…

—¡Mamá! —dijo en tono de súplica Tom.

La señora Dobson buscó un pañuelo en su bolso y se sonó con él.

—Bueno, pero no esperaba que tuviera necesidad de probarlo —exclamó—. No sabía que hiciera falta una partida de nacimiento para entrar en Rocky Beach.

—Ahora, señora Dobson —dijo el sargento McDermott mientras cerraba el cuaderno de notas y lo guardaba en el bolsillo— en estas circunstancias, lo mejor sería que ni usted ni su hijo se quedaran aquí.

—¡Pero si Alejandro Potter es mi padre!

—Puede que sí —convino el sargento— mas parece como si hubiera decidido largarse…, al menos de momento. Y resulta que alguien ha entrado en la casa de forma ilegal. Estoy seguro de que el señor Potter se presentará, más pronto o más tarde, y explicará lo sucedido. Pero entretanto, tanto usted como su hijo estarán más seguros si se quedan en el pueblo. Allí está la posada «Seabreeze», que está muy bien y…

—La tía Mathilda se alegraría de tenerlos con ella —añadió Jupiter.

La señora Dobson no le hizo caso. Aspiró profundamente, y se retocó los ojos, con las manos temblorosas.

—Además —dijo McDermott—, el detective vendrá y no quiero que se le estorbe en lo más mínimo.

—¿Dónde está la posada «Seabreeze»? —preguntó la señora Dobson.

—Siguiendo la carretera abajo, a milla y media de distancia en dirección al pueblo —dijo McDermott—. Ya verá el cartel indicador.

La señora Dobson se levantó y se puso las gafas de sol.

—El comisario Reynolds tal vez quiera hablar con usted después

—dijo McDermott—. Ya le diré que la puede encontrar a usted en la posada.

La señora Dobson empezó a llorar de nuevo. Tom se apresuró a sacarla de la casa, y ambos se dirigieron hacia la carretera. Una vez allí, ella se sentó ante el volante de un descapotable azul, con matrícula de Illinois.

—Ahora ya lo tengo todo claro —dijo el sargento McDermott—. ¡La hija del alfarero!

—¡Si es que realmente es la hija! —dijo el agente Haines.

—¿Por qué tenía que fingirlo? —dijo McDermott—. El alfarero es un auténtico atractivo, pero no tiene nada de lo que cualquiera puede desear.

—Debe tener algo —dijo Jupiter—, pues de otra forma, ¿cómo se explica que alguien se haya tomado la molestia de registrar su despacho?

Capítulo 4

Demasiados advenedizos

Jupiter rechazó el ofrecimiento de Haines para llevarlo en su coche a Rocky Beach.

—Tengo aquí mi bicicleta —le dijo al policía— y además, me encuentro muy bien.

—¿Estás seguro? —le preguntó. Haines miró de soslayo el chichón que Jupe tenía en la frente.

—Sí, completamente. Es sólo un trompazo.

Y Jupiter echó a andar por el camino.

—Está bien, pero ten cuidado con él, Jones —le dijo McDermott desde dentro de casa—. Si sigues metiendo las narices donde no te importa, tal vez te quedes sin ellas el día menos pensado. Y procura estar cerca de tu casa, ¿oyes? Tal vez el comisario necesite hablar contigo también.

Jupiter les dijo adiós con la mano, tomó la bicicleta y esperó a que se interrumpiera el tráfico para poder cruzar la carretera. El «Ford» de color tostado que Jupe había visto antes se encontraba todavía aparcado en el recodo de la playa. El tráfico cedió y Jupe cruzó rápido la carretera montado en su «bici». Luego se detuvo junto al coche y echó una mirada hacia la playa. La marea iba cediendo y dejaba tras sí anchas zonas de arena mojada. Siguiendo el sendero de la playa, Jupe pudo ver un pescador vestido con las ropas más elegantes que jamás hubiera imaginado. Llevaba puesta una reluciente y blanca camisa, y encima una impecable chaqueta de color azul pálido con un escudo bordado encima del bolsillo. La chaqueta era exactamente igual que los pantalones azules de dril, y éstos a su vez combinaban perfectamente con sus zapatillas también

azules. Se cubría la cabeza con una gorra de marino tan inmaculada que muy bien pudiera haber sido retirada del escaparate de unos almacenes de deporte el día antes.

—Hola, muchacho —dijo el hombre al encontrarse frente a Jupe; y éste observó un rostro delgado y curtido, unas gafas de sol de gran tamaño, y un bigote gris con las puntas dirigidas hacia arriba, hasta casi tocarle las orejas.

El aparejo y la cesta del pescador eran también perfectos y relucían lo mismo que el resto de la indumentaria.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Jupiter.

—No. Hoy no pican —el hombre abrió el maletero de aquel «Ford» tan polvoriento y empezó a colocar los aparejos dentro—. Tal vez no empleé el cebo adecuado. Soy novato en cuestiones de pesca.



Jupiter ya había deducido eso. Muchos pescadores parecían maniquíes de una tienda de comercio.

El hombre dirigió la vista al coche patrulla aparcado frente a la casa del alfarero.

—¿Ha habido jaleo? —preguntó.

—Un poco —le respondió Jupiter—. Probablemente un ladrón.

—¡Qué insensatez! —la tapa del maletero cayó de golpe y éste quedó herméticamente cerrado—. ¿No es ésa la tienda del famosísimo alfarero? —preguntó abriendo la portezuela del coche.

Jupe le dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó el pescador—. ¿Vives por aquí?

—Sí, vivo por estos alrededores, y le conozco. En la ciudad todo el mundo conoce al alfarero.

—Así me lo suponía. Creo que realiza obras de cerámica muy bellas —y sus ojos echaron una mirada penetrante y escudriñadora a Jupe, desde la cabeza a los pies, por detrás de los cristales de las gafas de sol—. Tienes un buen chichón ahí, ¿eh?

—Es que me caí —respondió Jupe de forma seca.

—Ya lo veo. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, gracias —dijo Jupiter.

—¿No? Bueno, es verdad, tienes razón. Nunca subas a un coche con una persona extraña —el hombre se echó a reír como si hubiera dicho algo muy divertido, y en seguida puso en marcha el coche, se situó en la carretera, movió la mano para decir adiós, y salió disparado.

Jupiter subió a la «bici» y se volvió al «Patio Salvaje». Pero no entró por la puerta principal sino que continuó a lo largo de la valla pintada hasta que llegó a donde estaba aquel curioso pez que, como hemos dicho, sacaba la cabeza por encima del agua para observar a aquel barco que luchaba contra la furia de la tormenta. Jupiter bajó de la «bici» y apretó uno de los ojos del pez. Dos batientes de puerta se balancearon y se abrieron, y así Jupiter entró en el patio con la bicicleta.

Ésta era una de las puertas de entrada, secretas. En total había cuatro, pero la tía Mathilda no sabía que existían. Al aparecer Jupiter en una de las esquinas de la zona del patio reservada para la chatarra pudo oír la voz de su tía que, a no dudar, estaba fuera del cobertizo donde se guardaban los muebles, limpiando los de jardín

que acababan de comprar. Además daba prisas a Hans, y con cierta exigencia, para que hiciera como ella. Desde allí no veía a Jupiter porque éste había sabido muy bien amontonar la chatarra delante de su taller y así se ocultaba a la vista. Jupe sonrió burlonamente, apoyó la «bici» en una antigua máquina de imprimir, apartó una rejilla de hierro forjado que había apoyada contra un banco de carpintero detrás de la impresora, y se agachó para arrastrarse por el túnel número dos.

El túnel número dos era un trozo de tubo de hierro acanalado, que estaba forrado por dentro con trozos sobrantes de tela de alfombra, y conducía a una escotilla que daba al remolque en el que estaba emplazado el cuartel general de Los Tres Investigadores. Jupe se deslizó por el túnel número dos, y por la escotilla llegó hasta el remolque. Una vez allí cogió el teléfono situado encima de la mesa.

El teléfono era otra de las novedades de las que era desconocedora la tía Mathilda. Jupiter y sus amigos Bob Andrews y Pete Crenshaw lo habían pagado con el dinero que ganaban trabajando en el «Patio Salvaje», y con las propinas que algunas veces conseguían Los Tres Investigadores cuando solucionaban algún caso.

Jupiter marcó el número de Pete, y éste contestó al momento.

—¡Hola, Jupe! —Pete parecía contento de oír de nuevo la voz de Jupiter—. La marea subirá esta tarde. Qué te parece si sacamos nuestras barcas y…

—Dudo de que pueda tener ocasión de hacerlo hoy —dijo Jupiter con sequedad.

—¡Oh! ¿Quieres decir que tu tía está al acecho?

—Mi tío ha comprado varios muebles de jardín hoy —dijo Jupiter—. Están muy oxidados, y tía Mathilda está ahora dando instrucciones y prisas a Hans para quitar la herrumbre y la pintura antigua, y estoy seguro que en cuanto me vea, me envía a ayudarle a Hans.

Pete, que estaba ya acostumbrado a esta forma tajante de hablar que tenía Jupe, se limitó a desearle que lo pasara lo mejor posible en esa tarea de rascar la pintura antigua.

—No te he llamado para eso —le dijo Jupe—. ¿Puedes venir aquí al cuartel general, esta noche a las nueve?

Pete lo deseaba, y por eso asintió enseguida.

—Puerta pirata roja —dijo Jupiter sin más, y colgó.

En seguida telefoneó a Bob Andrews. Le contestó su madre. Bob estaba trabajando en la biblioteca de Rocky Beach.

—¿Puedo dejarle un encargo para Bob, señora Andrews? —le preguntó Jupe.

—Desde luego, Jupe, pero será mejor que vaya a coger un lápiz y lo escriba, porque vosotros, los muchachos, parece que nunca decís nada en correcto inglés.

Jupiter no hizo comentario alguno, y esperó a que la señora Andrews cogiera papel y lápiz. Cuando estuvo dispuesta se limitó a decirle:

—Puerta pirata roja, a las nueve.

—Puerta pirata roja, a las nueve —repitió la señora Andrews—. Cualquiera sabe lo que esto quiere decir. Conforme, Jupiter, se lo diré en cuanto llegue a casa.

Jupiter le dio las gracias, colgó el teléfono y salió del cuartel general y por el mismo túnel número dos volvió al punto de partida. Abrió la puerta verde número uno, sacó otra vez la bicicleta a la calle y llegó hasta el camino de entrada de gravilla al «Patio Salvaje» de los Jones.

Tía Mathilda estaba esperando junto al despacho, con unos guantes de goma ya gastados en la mano.

—Estaba a punto de enviar a la policía en tu búsqueda —le dijo —. ¿Qué ha ocurrido?

—El alfarero no estaba en su casa —le dijo Jupe—. En cambio llegaron los huéspedes que esperaba.

—¿Sí? ¿Y por qué no te los has traído contigo? Jupiter, te dije que les invitaras.

Jupiter dejó la bicicleta junto al despacho.

—Es que ellos no están seguros de si soy o no, «Jack el Destripador» —le dijo a su tía—. Se han ido a la posada «Seabreeze». Uno de ellos era una tal señora Dobson, que afirma que es la hija del alfarero, y el otro es su hijo Tom.

—¿La hija del alfarero? Jupiter, eso es ridículo. El alfarero nunca ha tenido hijas.

—¿Estás segura? —le preguntó Jupe.

—Bueno, por supuesto. Él nunca ha dicho… él nunca… Jupiter,

¿por qué suponen que eres «Jack el Destripador»?

Jupiter explicó, con las menos palabras posibles, que alguien, un desconocido, se había introducido en el despacho del alfarero.

—Y ellos suponen que yo entré violentando la puerta —fueron sus últimas palabras.

—¡Vaya una consecuencia original! —tía Mathilda se indignó mucho al oírlo—. ¿Y qué tienes en la cabeza? Jupiter, entra en seguida en casa y te pondré ahí un poco de hielo.

—Tía, no es nada. Me encuentro bien.

—Venga, venga, déjate estar. Adentro. En seguida, vamos.

Jupiter obedeció y entró.

Su tía le trajo un poco de hielo y se lo aplicó al chichón. Luego le preparó un bocadillo de mantequilla y un vaso de leche. Al llegar la hora de la cena, tía Mathilda se convenció de que aquel chichón no era peor que otros abundantes que su sobrino se había hecho ya en otras ocasiones. Después de fregar los platos se fue enseguida a lavarse la cabeza y dejó a Jupiter con el encargo de que los secara y que luego ya se podía ir.

El tío Titus se puso a dormir plácidamente frente al aparato de televisión, y cuando Jupiter salió de puntillas de casa, el bigote de su tío se movía acompasadamente al ritmo de sus ronquidos.

Jupiter cruzó la calle y dando la vuelta se encaminó a la parte trasera del patio. Este lado de la valla estaba decorada de una forma tan caprichosa como la de delante. La pintura representaba el incendio de San Francisco del año 1906, con gente aterrorizada que huía de los edificios envueltos en llamas. En primer término había un perrito sentado, en actitud de estar observando la escena de terror. Uno de sus ojos era un nudo de madera de las tablas. Jupiter sacó con habilidad ese nudo y a través del agujero consiguió deshacer un lazo, y acto seguido se abrieron tres hojas de puerta. Ésta era la puerta pirata roja. Dentro, un indicador con una flecha negra señalaba el camino hacia el cuartel general. Jupiter siguió la dirección que marcaba la flecha, se deslizó por debajo de un montón de trastos viejos y salió a un pasillo formado por elevadas pilas de chatarra a cada lado. Siguió por ese pasillo hasta que llegó a un sitio donde había varios tablones de madera que formaban la techumbre de la puerta número cuatro. Sólo tuvo que pasar por debajo, arrastrarse unos cuantos pasos y empujar una tabla; ya

estaba en el cuartel general.

Eran las nueve menos cinco. Esperó, y mientras procuró revivir todos los acontecimientos del día. A las nueve menos diez Bob Andrews entró, arrastrándose por el suelo, en el remolque. Pete Crenshaw apareció puntualmente a las nueve.

—¿Ya tienen Los Tres Investigadores otro cliente? —preguntó Pete con viveza. Luego miró el chichón de la frente de Jupe—. ¿Es quizá como tú?

—Es muy probable —dijo Jupiter—. Hoy ha desaparecido el alfarero.

—Ya he oído hablar de eso —dijo Bob—. Tu tía Mathilda envió a Hans al mercado a traer unas cosas, y éste se encontró con mi madre. ¿Así que se fue y dejó aquí la camioneta?

—Eso es lo que hizo exactamente —Jupiter asintió con la cabeza —. Todavía está la camioneta aparcada junto al despacho. El alfarero ha desaparecido y en cambio han aparecido otras muchas personas.

—¿Como esa mujer que solicitó habitación en la posada «Seabreeze» después que a ti te golpearon en la cabeza? —preguntó Pete.

—Es cierto que Rocky Beach es un pueblo pequeño —murmuró Jupiter.

—Me encontré con el agente Haines —explicó Pete—. Ella reclama ser la hija del alfarero. Si lo es, ese muchacho que va con ella es nieto suyo. ¡Extraordinario! Ese alfarero es un tipo muy divertido. Seguramente que vosotros nunca habíais sospechado que tuviera una hija.

—Bueno, ten en cuenta que alguna vez fue joven —dijo Jupiter —. Pero la señora Dobson y su hijo no son las únicas personas que acaban de llegar a Rocky Beach. Hay dos hombres en Hilltop House.

—¿En Hilltop House? —Pete se enderezó en su asiento—. ¿Se ha traslado alguien a vivir a Hilltop House? ¡Pero si eso es un montón de ruinas!

—Pues alguien ha visitado ese paraje hoy —dijo Jupiter—. Es una extraña coincidencia que se pararan en el «Patio Salvaje» esta mañana para preguntar el camino. Entonces se encontraba también allí el alfarero, que también resulta ser una interesante coincidencia. Todos se vieron. Y Hilltop House queda exactamente

encima de la tienda del alfarero.

—¿Él los conocía? —preguntó Bob.

Jupe se cogió el labio inferior con los dedos, tratando de recordar todos los detalles de la escena.

—No puedo decir con certeza que los conociera o que ellos le conocieran. El que conducía el coche, que parecía europeo, me preguntó la dirección, y el otro que iba dentro del coche, una persona rara y completamente calva, se mostraba algo nervioso. Luego hablaron entre sí unos momentos en un idioma extranjero. El alfarero estaba allí de pie, teniendo entre sus dedos ese medallón que siempre lleva. En cuanto se fueron me dijo que se encontraba mal. Yo entré en casa para sacarle un vaso de agua, y desapareció.

—¿Se encontraba bien cuando llegó al patio? —preguntó Bob.

—Muy bien —afirmó Jupiter—. Me dijo que estaba esperando huéspedes, y parecía satisfecho. Pero después de la llegada de esos hombres que me preguntaron por Hilltop House…

—Desapareció —dijo Bob.

—Sí. Se fue. Ahora yo quisiera saber si tenía el medallón entre sus dedos sólo por costumbre, de la misma forma que otros dan vueltas a un botón con los dedos, o si estaba tratando de ocultarlo.

—En el medallón figura un águila, ¿verdad? —preguntó Bob.

—Un águila con dos cabezas —le dijo Jupiter—. Que podría ser un simple dibujo creado por el alfarero o algo más, tal vez un símbolo que quisiera indicar algo a los hombres que vinieron en el coche.

—¿Algo así como una señal? —preguntó Pete.

—O un emblema o escudo —afirmó Bob—. Los europeos tienen muchos escudos, y cualquier cosa puede figurar en ellos, como leones, unicornios, halcones y demás.

—¿Lo podrías comprobar? —le preguntó Jupiter—. ¿Recuerdas algo de ellos?

Bob hizo un expresivo gesto de afirmación con la cabeza.

—Hay una obra nueva sobre heráldica en la biblioteca. Si viera otra vez esa águila bicéfala seguro que la reconocería en seguida.

—Conforme —Jupiter se dirigió ahora a Pete y le preguntó—: ¿Tienes amistad con el señor Holtzer?

—¿Ese hombre que tiene propiedades? Yo le arreglé el césped una vez en un instante, puesto que él no se encontraba en

condiciones de poderlo hacer. ¿Por qué?

—Es el único que tiene una agencia de propiedades y bienes en Rocky Beach —dijo Jupiter—. Si alguien se ha trasladado a vivir a Hilltop House él lo sabrá, y puede que también pueda decir quién es y por qué lo ha hecho.

—No creo que quiera que le arregle el césped mañana —dijo Pete—, pero como los domingos también tiene abierta la oficina ya entraré al pasar y le veré.

—Estupendo —dijo Jupiter—. Creo que mi tía Mathilda quiere ir a la posada «Seabreeze» mañana. Será una buena delegación para ver a la señora Dobson y a su hijo. Yo la acompañaré, y de paso veré si puedo echar un vistazo a un pescador aficionado que ha venido con un «Ford» de color tostado.

—¿Algún otro recién llegado? —preguntó Bob.

—Tal vez, o quizá vino a Los Ángeles solamente a pasar el día —Jupiter se encogió de hombros—. Si permanece todavía en Rocky Beach, y si Hilltop House ha sido alquilado, sabemos que tenemos cinco personas nuevas que han llegado a la ciudad en un mismo día, y que una de ellas puede que sea la que ha penetrado de forma violenta en casa del alfarero.

Capítulo 5

Las huellas flameantes

—Ponte la camisa blanca, Jupiter —dijo en tono imperativo tía Mathilda—, y la chaqueta azul.

—Hace demasiado calor para la chaqueta —replicó el muchacho.

—De todas formas póntela —le dijo su tía—. Es preferible así, a que te digan que pareces un ladronzuelo cuando visitemos a la señora Dobson.

Jupiter dio un suspiro y se abrochó aquella camisa almidonada blanca hasta el cuello, pero el botón de arriba fue imposible abrocharlo. Se hubiera ahogado de haberlo intentado. Al verse dentro de aquella chaqueta azul, se encogió.

—¿Estás ya a punto? —le preguntó a su tía.

Tía Mathilda se puso una falda de paño tan gruesa que casi raspaba y dejó caer en los hombros una chaqueta color crema.

—¿Qué te parece?, ¿voy bien?

—Desde luego que no te pareces en nada a la tía de un ladronzuelo —le aseguró Jupiter.

—Estoy segura que no —dijo tía Mathilda; y bajaron las escaleras y se fueron a la calle. El tío Titus se había excusado de la obligación de tener que ir a dar la bienvenida a los Dobson. Prefería echar la siesta de los domingos en el sofá, y así se disponía a hacerlo.

Una suave brisa se había levantado, disipando la niebla de la mañana, y el sol brillaba en el mar cuando tía Mathilda y Jupiter se dirigieron a la carretera y al poco de andar torcieron hacia el sur. Poca gente se veía por las aceras del barrio comercial de Rocky

Beach, y en cambio sí una compacta fila de coches que atravesaba la ciudad. Jupiter y su tía pasaron por delante de la panadería y pastelería de la ciudad, y llegaron al cruce que había delante de la posada.

—La señora Hopper cuida la posada muy bien —dijo tía Mathilda, que empezaba a cruzar la calle cuando dirigió una mirada terrible al «Buick» que se aproximaba a toda marcha. El conductor, asustado, apretó los frenos, y la tía Mathilda siguió su camino, seguida de Jupiter.

La tía Mathilda entró en la sala de recepción de la posada e hizo sonar la campanilla que había encima de la mesa.

La puerta que había detrás de la mesa se abrió.

—¡Señora Jones! —exclamó la señora Hopper, que aparecía arreglándose un mechón de pelo blanco que le caía. Al entrar traía consigo un perceptible olor a pollo asado—. Jupiter, me alegro de verte.

—He oído decir que una tal señora Dobson y su hijo se hospedan aquí —dijo Mathilda, yendo directa al grano.

—Ah, sí. Pobre persona. ¡En qué estado venía la pobre cuando solicitó alojamiento! Y luego vino a verla el comisario Reynolds aquí a la posada. Imagínese.

La señora Hopper sabía, desde luego, los buenos servicios que el comisario Reynolds prestaba a los habitantes de Rocky Beach, pero era evidente que no le agradaba que la policía visitara su posada.

La tía Mathilda dio a entender con un ligero gesto, que comprendía perfectamente la posición de la señora Hopper. Volvió a preguntar por la señora Dobson, y le indicó que fuera a una pequeña terraza que había detrás de la posada.

—Allí está con su hijo, y un tal señor Farrier, quien trata de darles ánimos —dijo la señora Hopper.

—¿El señor Farrier? —repitió Jupiter.

—Uno de mis huéspedes —explicó la señora Hopper—. Una persona encantadora. Parece que tiene verdadero interés por la señora Dobson. Un gesto muy admirable, ¿no le parece? Hoy en día la gente no se preocupa por los demás. Desde luego que la señora Dobson es una mujer muy bonita.

—Y eso siempre estimula —agregó tía Mathilda.

Jupiter y su tía salieron de la posada. Pasando por la galería a la

que daban unas cuantas puertas numeradas y unas ventanas pintadas de azul, llegaron a la terraza que daba al mar y tenía debajo de ella la playa.

La señora Dobson y su hijo estaban sentados en una mesita redonda de la terraza, en la que había unas bebidas espumosas. Con ellos se encontraba asimismo el arrogante pescador, con todo y su bigote, el que se había encontrado Jupiter el día anterior, de camino de regreso a su casa. Aunque pareciera imposible, todavía presentaba un aspecto más pulcro que cuando Jupe lo encontró por vez primera. Llevaba una chaqueta y unos pantalones de dril de radiante blancura. La gorra de marinero, echada un poco hacia atrás, dejaba ver parte de su pelo gris plateado. Este caballero le estaba hablando a la señora Dobson de las maravillas de Hollywood, y se le ofrecía para acompañarla si quería girar una corta visita a la ciudad. La mirada de la señora Dobson continuaba, a pesar de todo, vidriada.

Jupiter llegaba a la conclusión de que no había conseguido distraer a la señora Dobson, sino que, al contrario, la estaba aburriendo en extremo. Eloisa Dobson se alegró muchísimo al ver a Jupe acompañado de su tía.

—¡Hola! —exclamó Tom Dobson, quien se levantó de un brinco para traer dos sillas más.

—Señora Dobson —empezó diciendo Jupiter—, mi tía y yo…

Tía Mathilda tomó a su cargo el hacer las presentaciones.

—Soy la esposa de Titus Jones —empezó diciendo a la señora Dobson— y la tía de Jupiter, y he venido para decirle y asegurarle que mi sobrino, bajo ningún pretexto, sería capaz nunca de entrar de forma violenta en la residencia del alfarero.

Tom acercó una silla a la mesa y tía Mathilda se sentó.

Eloisa Dobson dejó entrever una sonrisa forzada.

—Estoy segura de que es así —dijo—. Siento lo que ocurrió ayer, al actuar de esa forma tan torpe, Jupiter. Me encontraba cansada y nerviosa. Acabábamos de llegar directamente desde Arizona, y no había visto a mi padre desde que era muy pequeña — y dejó el vaso que estaba bebiendo encima de la mesa—. Supongo estarás pensando que bien podría yo decir que nunca le he visto, puesto que nadie recuerda lo que le ocurrió cuando tenía tres años. A mi impaciencia natural vino a unirse el encontrarte a nuestra

llegada saltando por la ventana, y supuse, bueno, supuse que habías entrado forzando la puerta.

—Es muy natural —dijo Jupiter, que se sentó, al tiempo que Tom volvía de la máquina automática con un puñado de monedas en la mano.

—Además, la policía se comportó de una forma bastante extraña, y parecía que nadie se creía que yo fuera quien soy —continuó la señora Dobson—. Y mi padre que ha desaparecido de la forma que lo hizo. Les puedo asegurar que no he dormido en toda la noche.

El señor Farrier murmuró en voz baja:

—No lo hubiera yo creído así —e hizo un ademán como de querer coger la mano de la señora Dobson, pero ésta la puso rápidamente debajo de la mesa.

—Éste es el señor Farrier —dijo, sin mirarle siquiera—. Señor Farrier, la señora Jones y su sobrino Jupiter.

—Jupiter y yo ya nos hemos saludado —dijo Farrier en un tono cordial—. ¿Cómo va esa cabeza, amigo?

—Muy bien; gracias —le respondió Jupiter.

—Has de tener cuidado con las caídas —dijo Farrier—. Recuerdo cuando estuve en El Cairo…

—Nunca ha estado él allí —le interrumpió tía Mathilda, que no quería que aquel entrometido siguiera tomando parte en la conversación.

El señor Farrier cerró la boca.

—Señora Dobson, ¿qué va a hacer usted ahora? —le preguntó la tía Mathilda.

La señora Dobson lanzó un suspiro.

—Ciertamente, no voy a regresar a Belleview sin averiguar lo que ha ocurrido —dijo decididamente—. Por suerte, llevo conmigo una carta de mi padre en la que me dice que seré bienvenida aquí para pasar el verano, si persisto en venir. No es que sea la invitación más sincera y afectuosa que se me haya hecho en mi vida, pero no deja de serlo. Esa carta se la he enseñado al comisario Reynolds esta mañana, y como lleva su membrete se ha dado cuenta de que estoy diciendo la verdad. Tiene un hombre custodiando la casa, pero me dice que los detectives de huellas están todavía por allí, no le agradaría que intentáramos trasladarnos allí, aunque por

otra parte no intentaría impedírnoslo.

—¿Y va usted a hacerlo? —le preguntó la tía Mathilda.

—Eso es lo que estoy pensando. El viaje nos está resultando caro, y no podemos quedarnos aquí, en la posada, mucho tiempo. Además, Tom va a reventar si se come un pedazo más de pollo asado en el restaurante que hay al lado de la carretera. Señora Jones, ¿por qué no envía el comisario de policía una brigada de investigación a las colinas para que trate de encontrar a mi padre?

—No sería práctico, señora Dobson —dijo Jupiter con viveza—. Naturalmente, el alfarero ha desaparecido porque él así lo ha querido, y existen miles de sitios en esas colinas donde poder esconderse. Incluso con los pies descalzos, él podría…

—¿Pies descalzos? —exclamó Eloisa Dobson.

Se produjo un silencio breve, pero lleno de tensión. En seguida intervino la tía Mathilda:

—¿Que usted no lo sabía?

—¿Saber qué? ¿Es que se dejó los zapatos tras sí o qué?

—El alfarero nunca lleva zapatos —le dijo tía Mathilda.

—Usted está bromeando.

—Lo siento —insistió la tía Mathilda, y en verdad así era—. No lleva zapatos, y lo recorre todo con los pies descalzos y una especie de túnica blanca —la tía Mathilda se detuvo pues no quería aumentar la pena de la señora Dobson. Luego pensó que podría completar la descripción—. Lleva un pelo largo y blanco y una barba muy poblada.

Tom había vuelto con bebidas para tía Mathilda y Jupiter.

—Eso me hace pensar en el profeta Elíseo —comentó.

—En otras palabras —dijo la señora Dobson—, mi padre es la persona excéntrica de la ciudad.

—Sólo es uno de tantos —le aseguró Jupiter—, Rocky Beach está lleno de ellos.

—Ya comprendo —la señora Dobson cogió una pajita para tomar bebida de encima de la mesa y empezó a doblarla en pedacitos muy pequeños—. No es de extrañar, pues, que nunca me enviara fotos suyas. Probablemente se encontraba nervioso por mi llegada. No creo que la idea que tuve le gustara mucho, pero yo quería verlo. Por eso supongo que cuando llegó el momento se asustó y se esfumó. Bueno, no creo que se vaya a salir con la suya.

Soy su hija, estoy aquí y me voy a quedar, creo que él haría bien en presentarse de nuevo.

—Ya se lo dijiste a la policía, mamá —exclamó entusiasmado Tom.

—Por eso no hay razón para que perdamos más el tiempo —dijo Eloisa Dobson—. Tom, ve y dile a la señora Hopper que nos prepare la cuenta para esta tarde. Y luego llama al comisario de policía, pues tendrá que darle orden al agente para que nos deje entrar en la casa.

—¿Está usted segura de que va a hacer lo que más le conviene? —le preguntó Jupiter—. Es cierto que yo no entré de forma violenta en la casa de su padre ayer, pero alguien lo hizo. Todavía tengo un chichón en la cabeza que lo demuestra.

—Trato de ser precavida —contestó Eloisa, poniéndose de pie—. Y todo aquel que se entrometa en este asunto será mejor que ande prevenido también. No creo en los fantasmas, y estoy entrenada en el manejo del bate de béisbol, y he traído una conmigo.

Tía Mathilda la observaba con manifiesta admiración.

—¡Qué precavida! Yo nunca hubiera pensado en ello.

A Jupiter le entraron unas ganas extraordinarias de soltar la carcajada. Su tía no necesitaría un bate de béisbol, porque si tuvieran un intruso en el «Patio Salvaje» de los Jones, probablemente lo golpearía con una mesa de segunda mano.

La tía Mathilda se puso también de pie.

—Si piensa trasladarse a la casa de su padre hoy, necesitará los muebles —dijo—. Su padre vino a nuestro patio ayer y escogió una cama para usted y otra para su hijo, además de otras cosas. Jupiter y yo le atendimos. Nosotros estaremos allí en la casa dentro de media hora; ¿le parece a usted bien?

—Sí, hay bastante tiempo —agradeció la señora Dobson—. Es usted muy amable, y siento causarles tanta molestia.

—No se preocupe, no es nada —ordenó tía Mathilda—. Vamos, Jupiter.

Marchaba ya hacia la carretera, cuando de repente se acordó de algo, y se volvió hacia la terraza y dijo:

—Buenas tardes, señor Farrier.

Cuando se encontraban ya a mitad de camino de casa, Jupiter soltó la gran carcajada.

—Me gustaría saber si ese tipo de Farrier se ha visto alguna vez tan despreciado e ignorado —le dijo a su tía—. Y es que te echaste sobre él como un tanque.

—¡Pobre infeliz! —interrumpió tía Mathilda—. Estoy segura de que estaba molestando a esa pobre mujer… ¡Hombres!

La tía Mathilda entró como un torbellino en casa y despertó a tío Titus de su plácido sueño de las tardes de los domingos. Éste llamó a su vez a Hans y Konrad, y en quince minutos quedó cargada la camioneta con las camas escogidas por el alfarero, y las dos sillas y dos mesas que la propia tía Mathilda sacó a rastras del cobertizo.

—Necesitará algo donde poner encima las cosas que vaya sacando —afirmó con energía.

Hans y Jupiter recogieron las provisiones del alfarero, y todos juntos se apretujaron en la cabina de la camioneta que los llevó hasta la casa del alfarero.

Todavía estaba estacionado el coche descapotable azul, con matrícula de Illinois, cerca del cobertizo donde el alfarero guardaba sus provisiones, cuando la tía Mathilda hizo un viraje con la camioneta y la aparcó. Tom estaba entrando dos maletas en la casa, y la señora Dobson estaba de pie en el umbral con el cabello revuelto por el viento que soplaba.

—¿Va todo bien? —le preguntó desde lejos la tía Mathilda.

—Bien; el polvo de las huellas es gris, si es que quiere saberlo —dijo Eloisa Dobson—. Y todo se encuentra en su sitio. Supongo que él lo arreglaría todo. Pero aparte de la multitud de platos de cerámica, la casa está más vacía que una era.

—El alfarero no pensaba llenarse la casa de trastos —comentó Jupiter.

—¿Siempre te expresas así? —le preguntó dirigiéndole una mirada escrutadora.

—Jupiter lee mucho —explicó su tía, mientras se dirigía a la parte de detrás de la camioneta para echar un vistazo de inspección a la descarga de los muebles.

Jupiter, luchando con la carga pesada de la cama de bronce, vio a dos hombres que se paseaban por el camino que llevaba a Hilltop House. Eran los dos que les habían visitado el día anterior; aquel hombre delgado y de cabello oscuro, y el otro más recio y calvo. Los dos llevaban trajes de día laborable, pero iban limpios; los

pantalones eran muy anchos. Dirigieron una mirada, en vista del trajín que observaban en el patio de la casa del alfarero, cruzaron la carretera y desaparecieron por el sendero que conducía a la playa.

Tom Dobson vino corriendo para echar una mano a Jupe.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Vecinos?

—No estoy seguro —dijo Jupiter—. Son nuevos en la ciudad.

Tom cogió de un lado de la cama y Jupiter del otro.

—Extraños tipos para andarse paseando por la playa —comentó Tom.

—No todo el mundo viste de forma apropiada —respondió Jupiter, pensando en aquel señor Farrier tan pulcramente vestido.

Tom y Jupiter entraron a trompicones en la casa, cargados con la cama, y subieron por la escalera como pudieron. Entonces Jupe se percató de que Eloisa Dobson había dicho la verdad. La casa del alfarero estaba más vacía que una era. Había cuatro dormitorios en la segunda planta y un cuarto de baño con una tina ya pasada de moda y muy alta. En uno de los dormitorios se encontraba un estrecho catre, elegantemente acabado y recubierto con un cobertor blanco. El alfarero disponía también de una mesita de noche, una lámpara, un reloj despertador y una vieja cómoda pintada de blanco y con tres cajones. Eso era todo. Las otras tres habitaciones estaban limpias, pero completamente vacías.

—¿Quieres ésta, mamá? —le preguntó Tom, asomando la cabeza en la que tenía enfrente.

—No me importa; es igual —respondió la señora Dobson.

—Tiene chimenea —dijo Tom—. Y además, mira esa cosa tan extraña.

Tom y Jupiter apoyaron la cama en la pared y dirigieron sus miradas a aquel objeto. Era una placa de cerámica, de unos cuantos pies de anchura, que estaba colgada de la pared, encima de la chimenea.

—¡El águila bicéfala! —exclamó Jupiter.

Tom inclinó la cabeza hacia un lado y se fijó detenidamente en aquel pájaro de color escarlata, que parecía que chillaba a través de aquel doble pico afilado.

—¿Es un viejo amigo tuyo? —le preguntó Tom.

—Probablemente un antiguo amigo de tu abuelo —le respondió Jupiter—. Siempre lleva un medallón encima con ese mismo dibujo,

que debe tener un significado especial para él. También hay unas hileras de águilas bicéfalas en aquellos dos grandes jarrones que se encuentran junto a las gradas de la entrada. ¿Te has fijado?

—Estaba ocupado y no me fijé —dijo Tom—. Hemos de trasladar todavía una cama.

Los pasos de tía Mathilda se percibían de forma clara en la escalera.

—Supongo que ese hombre pensó en que necesitaba tener sábanas —iba diciendo tía Mathilda—. Y almohadas para las camas. Jupiter, ¿has visto por ahí si hay colchones?

—Están en la habitación de detrás —dijo Tom—. Y todavía con la marca de fábrica. Están por estrenar.

—Gracias a Dios —exclamó tía Mathilda. Estuvo refunfuñando todo el rato hasta que encontró el armario de la ropa blanca y, efectivamente, allí estaban las sábanas, también nuevas por cierto, las almohadas y las mantas. Y dos almohadones también por estrenar.

La tía Mathilda abrió una de las ventanas que daban a la parte de delante, y llamó a Hans.

—Voy en seguida —respondió éste, mientras iba subiendo con el tablero de los pies de la cama de bronce balanceándose encima de su cabeza.

—Ya verás la gran faena que da montar esa cama —dijo Tom.

Efectivamente, así fue. Se necesitaron los esfuerzos conjuntos de Tom, Jupiter y Hans para que aquella cama se mantuviera firme sobre sus cuatro patas. De la habitación de detrás trajeron los somieres y los colchones, y una vez colocado todo en su sitio, tía Mathilda empezó a desdoblar sábanas.

—¡Vaya!, ahora que me acuerdo, las provisiones —exclamó de momento—. Todavía están en la camioneta, en la parte de atrás.

—¿Provisiones? —dijo la señora Dobson—. Señora Jones, usted no debía haber hecho eso.

—Pero si yo no las compré —replicó la tía Mathilda—. Su padre compró bastantes víveres para dar de comer a todo un ejército, y yo los puse en mi nevera para que no se estropearan.

Eloisa Dobson se quedó perpleja.

—Efectivamente, mi padre se había preparado para recibirnos. Pero ¿por qué se ha ido?… Bien, voy a por las provisiones —dijo

con presteza, y salió de la habitación para irse abajo.

—Jupiter, ayúdame —le ordenó su tía.

Jupiter estaba a mitad del trayecto de la escalera cuando se encontró con que ya subía la señora Dobson con bolsas de papel en sus brazos.

—Desde luego no vamos a pasar hambre —dijo, y se fue hacia la cocina.

Jupiter iba tras ella, cuando ésta se detuvo, muerta de miedo. Los brazos se le cayeron del susto y los paquetes fueron a parar al suelo.

Entonces Eloisa Dobson dio un grito.

Jupiter le dio un empujón y la apartó hacia un lado. Luego se quedó mirando lleno de asombro hacia el interior de la cocina. Cerca de la puerta de la despensa, había tres llamas misteriosas, horripilantes y de tono verdoso, que se movían como si fuera un auténtico incendio.

—¿Qué es eso? —la tía Mathilda y Tom bajaron la escalera con la velocidad del rayo. Hans les seguía. Jupiter y la señora Dobson estaban ateridos de miedo, ¡mirando con asombro aquellas lenguas de fuego fantasmal!

—¡Válgame Dios! —dijo casi tartamudeando la tía Mathilda.

Las llamas chisporrotearon y se fueron extinguiendo, hasta que se apagaron por completo, sin dejar el menor rastro de humo.

—¿Qué os ha parecido? —dijo Tom Dobson.



Jupiter, Hans y Tom entraron en la cocina. Durante casi un minuto se quedaron mirando al linóleo del sector donde las llamas habían estado ardiendo.

—¡El alfarero! Ha vuelto. Ha vuelto para embrujar la casa —exclamó Hans.

—¡Imposible! —respondió Jupiter.

Pero éste no podía negar que allí, chamuscadas en el linóleo, había tres huellas de pies, y eran las huellas de unos pies descalzos.

Capítulo 6

Los investigadores tienen un cliente

Hans fue enviado en seguida a la cabina de teléfonos que había en la carretera para que avisara a la Policía. Ésta se presentó al cabo de unos minutos y registró la casa desde el ático hasta los sótanos, sin encontrar nada; bueno, tan sólo aquellas huellas extrañas y chamuscadas que había en la cocina.

El agente Haines olfateó las huellas, las midió, extrajo unos pedacitos de linóleo quemado y los puso en un sobre. Luego dirigió una mirada de indiferencia a Jupiter.

—Si te enteras de algo respecto a este asunto, espero nos lo comuniques —empezó diciéndole.

—¡Es ridículo! —dijo tía Mathilda, cortándole la palabra—. ¿Cómo puede enterarse Jupiter de algo que desconocemos? Ha permanecido conmigo todo el día, y estaba bajando las escaleras para echar una mano a la señora Dobson que iba entrar las provisiones, cuando esas… huellas aparecieron.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo el agente—. Sólo que él tiene esa costumbre, señora Jones. Cuando surge una dificultad, allí está él.

Haines se metió en el bolsillo el sobre con los trocitos de linóleo.

—Yo en su lugar, señora Dobson, me marcharía de aquí y volvería a la posada.

Eloisa Dobson se sentó y empezó a llorar. La tía Mathilda, siempre refunfuñando, puso agua en un cazo para preparar una buena taza de té que la animara. La tía Mathilda creía que había pocas crisis en esta vida que no se pudieran superar con una buena taza de té caliente.

La Policía se marchó a su cuartelillo. Tom y Jupiter salieron sin

hacer ruido al patio de delante de la casa, y se sentaron en los peldaños de la entrada, entre los dos grandes jarrones.

—Casi estoy por creer que Hans tenía razón —dijo Tom—. Suponte que mi abuelo ha muerto y que…

—Yo no creo en fantasmas —dijo Jupiter con entereza—. Y lo que es más, tampoco admito que tú puedas creer en ellos. Además que el señor Potter hizo grandes preparativos para vuestra visita. ¿Por qué había de volver sólo para asustar a tu madre de esa forma?

—También yo estoy asustado —confesó Tom—. Pero si mi abuelo no ha muerto, ¿dónde está?

—La última vez que le vimos, estaba en lo alto de esas colinas —dijo Jupiter.

—Pero ¿por qué? —preguntó Tom.

—Eso puede que dependa de muchas cosas —dijo Jupiter—. ¿Qué sabes realmente de tu abuelo?

—No mucho —admitió el joven Tom—. Sólo lo que le he oído decir a mi madre. Y ella tampoco sabe mucho. Una cosa es cierta; su apellido no ha sido siempre Potter.

—¿Ves? —dijo Jupiter—. Yo siempre me había extrañado de eso. Parecía demasiada coincidencia.

—Él vino a los Estados Unidos hace mucho tiempo —empezó diciendo Tom—. Alrededor del año 1931, más o menos. Era ucraniano y tenía un apellido tan lleno de ces y zetas que nadie podía pronunciarlo. Estaba aprendiendo el arte de la cerámica en una escuela nocturna de Nueva York cuando conoció a mi abuela, pero ésta no quería ser la señora… la señora…, bueno, como se llamara. Y por eso cambió su apellido por el de Potter.

—¿Tu abuela era de Nueva York?

—Realmente no —dijo Tom—. Había nacido en Belleview, lo mismo que nosotros, y se fue a Nueva York a trabajar como diseñadora de modelos o algo parecido. Entonces conoció a ese Alejandro Potter y se casó. Supongo que no llevaba entonces esa especie de túnica blanca. Ella no lo hubiera consentido; además, era muy hermosa.

—¿Tú la recuerdas?

—Un poco. Murió hace ya tiempo. Yo era solamente un niño. De pulmonía. Por lo que he oído decir, en la familia no se llevaban muy bien desde el principio. Mi abuelo realmente era un gran

ceramista y tenía una pequeña tienda, pero ella decía que era terriblemente nervioso y que echaba tres cerrojos a cada puerta. Como solía decir mi abuela, no podía resistir toda la vida aquel olor a arcilla mojada. Por eso, cuando mi madre estaba a punto de nacer, se volvió a Belleview, y allí se quedó.

—¿Nunca volvió a reunirse con su esposo?

—No. Creo que él vino a verla una vez, cuando mi madre era todavía muy pequeñita, pero ella nunca volvió a su lado.

Jupiter se estiró el labio inferior con los dedos y se puso a considerar la vida del alfarero, tan solitario en su casa al lado del mar.

—Mi abuelo nunca la olvidó —prosiguió el joven Tom—. Enviaba dinero cada mes a mi madre, como puedes suponer. Y cuando mis padres se casaron les envió un formidable juego de té. Nunca dejó de escribir. Incluso después de la muerte de mi abuela siguió escribiéndole a mi madre, y todavía lo hace.

—¿Y tu padre? —preguntó Jupiter.

—¡Oh!, es un tipo célebre —dijo Tom con cara risueña—. Lleva una tienda de ferretería en Belleview. A decir verdad, no se mostró ni satisfecho ni contento cuando mi madre decidió venir a ver a mi abuelo, pero aceptó las razones que tenía para hacerlo.

—Supongo que no sabes por qué tu abuelo vino a California —dijo Jupiter.

—Por el clima, me imagino —dijo Tom—. ¿No es por eso por lo que viene mucha gente?

—Existen otras razones —le dijo Jupiter. La mirada de éste se dirigió al sendero de la playa. Los dos hombres vestidos de negro subían el sendero tambaleándose, atravesaron la carretera y enfilaron el camino hacia Hilltop House.

Jupiter se levantó y se acercó a uno de los jarrones, trazando con el dedo índice el contorno de aquellas llamativas águilas de color escarlata.

—Una serie interesante de enigmas —dijo—. Primero, por qué prefirió el alfarero desaparecer. En segundo lugar, quién registró su despacho ayer. Después, quién o qué hizo que aparecieran aquellas flameantes huellas en la cocina, y por qué. Por último, ¿no resulta curioso que nadie de Rocky Beach tuviera noticia de que vosotros existíais?

—¡Pero si mi abuelo era como un ermitaño! —dijo el joven Tom —. Quiero con ello decir que un individuo que sólo dispone de una silla en su casa realmente no es una persona de trato social.

—Ermitaño o no ermitaño —dijo Jupiter—, lo cierto es que era también abuelo. Muchos amigos de mi tía Mathilda son abuelos y siempre están enseñando fotos de sus nietos. El tuyo nunca jamás lo hizo. Ni siquiera habló de que tú y tu madre existierais, a nadie.

—Ello hace que me sienta como algo invisible —declaró agachándose y abrazándose a sus rodillas—. Esto está resultando como si fuera un sueño terrible. Creo que deberíamos prescindir de todo, cortar por lo sano y volver a casa, solamente…

—Sólo que si hicieras eso nunca sabrías la verdad, ¿no lo crees así? —dijo Jupiter—. Me atrevería a insinuarte que buscaras una agencia de detectives privados.

—Bueno, pero nosotros no podemos hacer eso —contestó Tom —. No es que estemos arruinados, pero tampoco nadamos en abundancia. Los detectives privados cuestan mucho dinero.

—Creo que esta agencia te tendrá muchas consideraciones —ofreció Jupiter, mientras sacaba una tarjeta de visita de su bolsillo y se la entregaba a Tom. Era una tarjeta de negocios, de tamaño mayor que lo normal, y decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Tom leyó la tarjeta y se sonrió forzadamente.

—Te estás burlando de mí —le dijo.

—Te hablo muy en serio —le respondió Jupiter—. Nuestro historial es realmente impresionante.

—¿A qué vienen esos interrogantes? —preguntó Tom.

—Sabía que me lo ibas a preguntar —le dijo Jupiter—. El signo de interrogación es el símbolo universal de algo desconocido. Los tres interrogantes representan a Los Tres Investigadores, y nos consideramos preparados para resolver cualquier misterio que se nos exponga. Podríamos decir que los interrogantes son nuestras marcas registradas.

Tom dobló la tarjeta y se la puso en el bolsillo de la camisa.

—Conforme —dijo—. Así que, si Los Tres Investigadores se encargan del caso del abuelo desaparecido, ¿qué ocurre?

—Lo primero —dijo Jupiter—, es que todo convenio debe quedar entre nosotros solamente. Tu madre, verdaderamente se encuentra algo perturbada, y así, aun sin querer, podría ser un estorbo para cualquier convenio que pactáramos.

Tom asintió con la cabeza.

—Es como los objetos de goma, que se hinchan.

—En segundo lugar, el agente Haines tiene razón. Considero una tontería que tú y tu madre os quedéis aquí en esta casa solos.

—¿Quieres decir que deseas que nos volvamos a la posada?

—Todo dependerá de tu madre, por supuesto —dijo Jupiter—. Con todo, si os quedáis aquí, te sentirías más respaldado si uno de los tres investigadores se quedara también en la casa.

—No sé lo que pensará mi madre —dijo Tom—, pero yo me sentiría un poco más feliz.

—Queda, pues, todo convenido —dijo Jupiter—. Hablaré de todo ello con Bob y Pete.

—¡Jupiter! —la tía Mathilda gritó desde la casa—. Acabamos de montar la otra cama. Y estoy pensando que podrías haber sido un poco más atento y considerado.

—Lo siento, tía; pero Tom y yo empezamos a hablar y…

—He estado tratando de persuadir a la señora Dobson para que volviera a la posada —la tía Mathilda refunfuñó—, pero insiste en que quiere quedarse aquí. Sostiene la idea peregrina de que su padre se puede presentar en cualquier momento.

—Tal vez lo haga —dijo Jupiter—. Ésta es su casa.

La señora Dobson salió, con aspecto pálido, pero algo más animada, después de la taza de té.

—Bien, querida —dijo tía Mathilda—, si no hay nada más que hacer, nos vamos a ir. Si tienes miedo, no tienes más que llamar. Y sobre todo ten cuidado.

Eloisa prometió que iría con todo el cuidado posible, y que cerraría la casa con llave.

—Esas puertas necesitan un buen cerrajero, ¿sabes? —comentaba la tía Mathilda, cuando acompañada de Jupiter y Hans se dirigían hacia Rocky Beach—. Las puertas se pueden cerrar desde dentro, pero no se pueden abrir desde fuera. Ese extravagante alfarero debe llevar consigo las llaves. Además, necesitarían un teléfono. Es una verdadera locura por su parte que estén allí sin teléfono.

Jupiter dijo que estaba conforme con cuanto decía su tía. Cuando llegaron al «Patio Salvaje», se escabulló y se metió por el pasadizo secreto del túnel número dos para llamar a Pete y a Bob.

—Los Tres Investigadores tienen un cliente —le dijo a Pete—, y esta vez no es Jupiter Jones.

Capítulo 7

Una tragedia real

Pasaban de las cinco de la tarde cuando Los Tres Investigadores se reunieron en el remolque que les servía de cuartel general. Jupiter les informó del traslado de los Dobson a la casa del alfarero y de las flameantes huellas que habían aparecido en la cocina.

—¡Vaya jaleo! —exclamó Pete—. Pero tú no creerás que el alfarero haya muerto y que haya vuelto para rondar la casa, ¿verdad?

—Eso es lo que a Hans se le ocurrió —dijo Jupiter—. Pero las huellas no estaban hechas por el alfarero, o por lo menos no eran sus huellas. Éste ha ido descalzo durante muchos años y, como cualquiera puede observar, los pies se ensanchan con el tiempo. Las huellas eran pequeñas; podríamos decir que pertenecían a un hombre bajito o a una mujer.

—¿De la señora Dobson, por ejemplo? —dijo Pete.

—No, ella nunca hubiera tenido tiempo de hacerlo —dijo Jupiter—. Pues bajó las escaleras sólo para recoger de la camioneta las provisiones, y yo salí tras ella inmediatamente. Ya volvía con ellas y estaba a punto de entrar en la cocina, cuando vio las llamas; y yo estaba detrás de ella. Además, ¿por qué tenía que hacer una cosa así? Y, ¿cómo pudo llevarla a cabo?

—¿Entonces los hombres de Hilltop House? —sugirió Pete.

—Es posible —dijo Jupiter—. Ellos bajaban a la playa precisamente cuando nosotros íbamos a entrar en la casa con los Dobson. No podemos asegurar que estuvieron en la playa. Pudieron haber estado dando vueltas por delante de la puerta, que estaba abierta, y haber grabado esas huellas que empezaron a arder de la

forma que fuera, y tras ello, haberse escabullido para dirigirse a la playa de nuevo. Pete, ¿qué has podido averiguar respecto a Hilltop House?

Pete sacó una libretita de su bolsillo.

—El señor Holtzer nunca se ha sentido tan feliz —dijo a los demás—. Yo me detuve en su oficina hoy para ver si quería que le recortara el césped, que, por cierto, dijo que no, y ni siquiera tuve que preguntarle nada. Ha tenido anotado Hilltop House en sus libros durante unos quince años, y como aquello es un verdadero montón de ruinas nunca ha podido venderlo o alquilarlo, y ahora se le presenta un hombre que dice que es la única casa de Rocky Beach que le interesa y que la quiere. La arrienda para un año y le paga tres meses por anticipado. El señor Holtzer tenía el contrato de arrendamiento encima de la mesa, pues supongo que estaba calculando la comisión que le tocaba, y así no tuve más que echarle un vistazo para leer el nombre del nuevo inquilino.

—¿Cuál es?

—El señor Llyan Demetrieff —dijo Pete—. O tal vez sea Demetrioff. Lo tuve que leer al revés, y por cierto la máquina de escribir del señor Holtzer necesita una buena limpieza. De todas formas, Demetrieff o Demetrioff, indicó que su anterior dirección era 2901 Wilshire Boulevard, Los Ángeles.

Bob cogió el listín de teléfonos que había encima de un archivador, pasó hojas, y movió la cabeza.

—No figura en la lista.

—Hay mucha gente que no está —dijo Jupiter—. Más tarde podremos comprobar la dirección y ver qué podemos averiguar sobre ese señor Demetrioff —Jupiter se estiró el labio—. Lo que sí desearía es saber más respecto al águila bicéfala. Creo que puede ser muy importante. No sólo figura en el medallón del alfarero y en aquellos dos jarrones que hay en el jardín, sino que hay también una enorme placa en uno de sus dormitorios con el mismo diseño. Parece ser que ha fascinado siempre al alfarero.

—En eso tenemos suerte —dijo Bob Andrews con una mueca.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hemos de esperar a que la biblioteca se abra mañana —dijo Bob—. Mi padre se ha comprado un libro ilustrado.

—¿Un libro cómo? —dijo Pete.

—Un libro ilustrado, o sea uno de esos libros con grandes ilustraciones y fotografías que anuncian siempre por correo. Mi padre siente debilidad por ellos.

Bob se había sentado y tenía a sus pies un paquete envuelto en cartón. Y ahora con una sonrisa que denotaba cierto orgullo puso el paquete encima de la mesa y lo abrió. Jupiter y Pete vieron un hermoso volumen de lustrosa encuadernación. El título rezaba así: «Riquezas reales. Estudio fotográfico de las joyas de la corona en Europa, con un comentario de E.
P. Farnsworth».

—¿No es ésa la corona británica? —preguntó Jupiter mirando la ilustración que decoraba la cubierta. La fotografía estaba tomada desde muy cerca, y tenía como fondo un terciopelo rojo.

—Es una de ellas —dijo Bob—. Los ingleses tienen dos coronas, y además tantos cetros, esferas, mazas y espadas que nadie lo creería. Los individuos que prepararon esta obra recorrieron muchas regiones y países. Han conseguido fotografías de las joyas de la corona inglesa, más la corona de Carlomagno, que está en Austria, y la corona de San Esteban de Hungría. Además, la llamada corona lombarda, hecha de hierro, de la que hay un pequeño fragmento en Rusia, y los rusos son muy aficionados a las águilas, pero creo que el águila que buscamos es ésta.

Bob pasó más de la mitad de las páginas de la obra, y se la acercó a Jupiter, diciéndole:

—La corona imperial de Lapathia.

Pete también se acercó para observar por encima del hombro de Jupiter, y lanzó una exclamación.

La corona imperial de Lapathia se asemejaba más a un yelmo que a una corona, pero un yelmo de oro con incrustaciones de piedras preciosas azules. En la parte superior había cuatro bandas de oro que rodeaban un gran rubí, y encima de esta gema había un águila, un águila escarlata con dos cabezas. Tenía las alas brillantes totalmente extendidas, y las cabezas miraban a derecha e izquierda, los ojos de diamantes resplandecían, los picos los tenían abiertos, en feroz actitud de desafío bélico.

—Ciertamente, se parece muchísimo al águila del alfarero —dijo Jupiter.

—El comentario está en la página siguiente —dijo Bob.

Jupe volvió la página y empezó a leer en voz alta:

»La corona imperial de Lapathia fue labrada por el artífice Boris Kerenov, aproximadamente en el año 1543. Kerenov sacó el diseño de la corona que figuraba en el yelmo que llevaba el duque Federico Azimov en la batalla de Karlon. La victoria lograda por Azimov en Karlon puso fin a las guerras civiles que habían devastado el reducido territorio de Lapathia. Tras su derrota por el ejército de Azimov, los barones del sur hicieron un solemne juramento comprometiéndose a no quebrantar más la paz en Lapathia. Al año siguiente, el duque Federico convocó a los nobles para que se reunieran en la fortaleza de Madanhoff, y allí él mismo se proclamó rey de Lapathia. Los nobles, aislados en la fortaleza y separados de sus propios ejércitos, cedieron a los deseos del duque Federico y le prometieron fidelidad como soberano. Un disidente, Iván "el Terrible", se negó a prestar el juramento de fidelidad. Dice la leyenda que ese orgulloso guerrero fue ejecutado en la torre del homenaje de Madanhoff, y que su cabeza fue empalada en una lanza y exhibida en las almenas de la fortaleza.

»La coronación de Federico I de Lapathia tuvo lugar en la capilla de Madanhoff en 1544. La corona, diseñada y labrada por Kerenov, continuó en poder de la familia Azimov durante casi cuatrocientos años, y fue utilizada últimamente en la coronación de Guillermo IV, en el año 1913. Tras el destronamiento de la dinastía Azimov en el año 1925, la corona fue declarada propiedad de la población Lapathia. Ahora se exhibe en el Museo Nacional de Madanhoff, la capital que creció en torno al emplazamiento de la antigua plaza fuerte, del duque Federico.

»La corona Azimov, de oro macizo e incrustaciones de lapislázuli, está rematada con un gran rubí que se dice que perteneció a Iván "el Terrible", cuyos estados fueron decomisados y entregados a Federico Azimov, tras la ejecución de aquél. El águila bicéfala que hay encima del rubí es la divisa de la familia de los Azimov. Kerenov la labró de esmalte sobre oro. Los ojos son diamantes, y cada uno

pesa más de dos quilates.

Jupiter detuvo en este punto la lectura y volvió a examinar la foto de la corona.

—Ésa es una manera de llegar a la cima —dijo Pete—. Exterminando a la oposición.

—El robar al pobre e incrustar rubíes en la corona fue una táctica funesta —dijo Bob.

—Se realizaba un juego muy duro en aquellos días —dijo Jupiter.

—Y también en 1925 —dijo Bob, que tenía abierta su libreta—. He buscado Lapathia en la enciclopedia. Lo creáis o no, todavía existe.

—¿Quieres decir que ninguno de los grandes poderes ha acabado con ella? —dijo Jupiter.

—No. Ahora constituye la república de Lapathia, que abarca una extensión de 73 millas cuadradas y una población de unos 20 000 habitantes. Su mayor industria es la del queso. Dispone de un ejército permanente de 350 hombres, de los que 35 son generales.

—Eso equivale a un general por cada diez soldados —exclamó Pete.

—Bien; no podemos decir que carezcan de mandos directivos —dijo entre risas Jupe—. ¿Qué más?

—La Asamblea Nacional de Lapathia es el organismo de gobierno, y está constituido por los 35 generales más un representante de cada uno de los departamentos o provincias. Existen diez provincias, así que podemos deducir cómo se desarrollan las votaciones.

—Los generales gobiernan el país —dijo Jupiter.

—Y ellos mismos eligen asimismo al presidente —afirmó Bob.

—Pero ¿qué hay de los Azimov? —preguntó Pete.

—Pues bien, que ya no siguen allí. Como he dicho, no jugaron limpio en 1925. Guillermo IV, que como recordaréis fue el último que se ciñó la corona, dijo que el tesoro real iba en disminución. Se había casado con una joven de Lapathia, prima suya por cierto, y por tanto era una Azimov también, que tenía unos gustos y aficiones muy costosos. Le gustaban las pulseras de diamantes y los

vestidos de París. Además, tenía cuatro hijos, y cada uno de ellos había de tener su propio tutor, su propio carruaje y sus propios caballos. El rey Guillermo contrajo grandes deudas, y por ello señaló un impuesto sobre cada libra de queso que saliera de las fábricas de Lapathia. Naturalmente, los habitantes de Lapathia mostraron su disgusto, y los generales vieron en ello su oportunidad. Éstos esperaron hasta el día del cumpleaños del rey, en que todos los Azimov estarían reunidos en la capital. Llegado el momento, marcharon a palacio y le dijeron al rey que había llegado la hora de no serlo ya más.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó Jupiter.

—Probablemente lo mismo que le ocurrió a Iván «el Terrible» —dijo Bob—. El relato oficial dice que Su Majestad enloqueció y que saltó desde un balcón.

—Alguien le debió empujar —sugirió Pete horrorizado.

—Parece lo más probable —añadió Bob—. El resto de la familia se conmocionó tanto que pusieron fin a sus días de diversas formas. Se supone que la reina tomó veneno.

—¿Quieres decir que la población dio crédito a todo eso? —preguntó Pete.

—Teniendo a todos esos generales alrededor, ¿quién iba a discutir con ellos? —replicó Bob—. Además, los generales inmediatamente suprimieron el impuesto sobre el queso, y eso les favoreció. El palacio real se convirtió en el Museo Nacional, y las joyas de la corona fueron entregadas al pueblo, para que todos pudieran disfrutar de ellas.

—Pero nadie pudo lucirlas —replicó Jupiter—. Una historia fantástica. Por otra parte, el impuesto sobre el té y nuestra revolución americana guarda mucha relación con esto, así que tal vez no sea tan fantástica. ¿Y no queda ya ningún Azimov?

—Lo volveré a ver mañana en la biblioteca —prometió Bob—. Según dice la enciclopedia, la familia quedó extinguida cuando el rey Guillermo saltó por el balcón.

Jupe se quedó pensando.

—Tom Dobson dijo que su abuelo procedía de Ucrania. Vamos a suponer que Tom no está en lo cierto. El alfarero y esa águila Azimov parece que son viejos amigos. Quisiera saber si el alfarero ha tenido algo más que ver con esa familia real.

—O con los generales revolucionarios —agregó Bob.

—Las familias enteras no se suicidan —dijo Pete sintiendo escalofríos—. Recordemos lo que les ocurrió a los Romanov en Rusia.

—Todos murieron —dijo Jupe.

—Exacto. Y si el alfarero tuvo parte alguna en eso, no deseo conocerlo ya más de lo que lo conozco hasta ahora.

Capítulo 8

Worthington interviene

—Estoy seguro —dijo Jupiter Jones—, de que haya ocurrido lo que sea en el pasado. Tom Dobson y su madre lo único que saben es que el alfarero sabe hacer hermosos ejemplares de cerámica y que ahora no aparece por ningún sitio. También que alguien dejó unas huellas flameantes en la cocina esta tarde. La señora Dobson está muy contrariada y Tom no se muestra muy satisfecho respecto a la situación. Yo le indiqué a Tom la conveniencia de que uno de Los Tres Investigadores pasara la noche con ellos. Así se sentirán más seguros, y uno de nosotros se encontrará en escena si ocurre algo raro. Hay otra investigación que hacer, y que me gustaría llevarla a cabo con Bob. Pete, podrías llamar a tu madre y…

—¡No, yo no! —exclamó Pete—. Escucha, Jupe, alguien podría hacer arder la casa con esas huellas flameantes. Además, las ventanas de arriba están muy altas, y si te ves empujado por una de ellas puede que no lo cuentes ya.

—No vas a estar solo —le dijo Jupe haciéndole caer en la cuenta.

—Tampoco el rey Guillermo lo estaba.

—Bueno; si no quieres, no quieres —dijo Jupiter—. Yo así lo esperaba, aunque…

—Está bien, está bien —gruñó Pete frunciendo el ceño—. Lo haré. Ya tomaré todas las precauciones debidas —y diciendo esto cogió el teléfono y marcó el número de su casa.

—Mamá, estoy con Jupiter. ¿Me das permiso para que pase la noche fuera con los amigos?

Los muchachos esperaron.

—Sí, toda la noche —dijo Pete—. Estamos buscando algo. Se trata de un medallón que se ha perdido.

El teléfono emitió unos sonidos raros que hicieron aumentar la impaciencia.

—Jupe dice que a su tía no le molesta. Sí, volveré pronto a casa por la mañana. Sí, ya me imagino que tendré que cortar el césped mañana.

El teléfono siguió con más sonidos.

—Conforme, mamá. Gracias. Hasta luego —y Pete colgó.

—¡Estupendo! —dijo Bob.

—Y muy cierto —replicó Jupe—. Efectivamente, estamos buscando un medallón perdido, el que lleva el alfarero.

A requerimiento de Jupiter, Bob llamó a su madre y consiguió también permiso para quedarse en casa con los Jones.

—¡Jupiter! —la voz de la tía Mathilda, impulsada por el viento, se percibió de forma clara dentro del remolque—. ¡Jupiter! ¿Dónde estáis?

—¡Vamos aprisa! —dijo Jupe. Los muchachos salieron lo más aprisa que pudieron por el túnel número dos, se frotaron las rodillas, y salieron como si tal cosa por la puerta del taller de Jupiter.

—¡Por todos los santos! —exclamó la tía Mathilda, que se encontraba cerca del despacho—. No sé qué estáis haciendo, muchachos, metidos tanto rato en ese taller. Jupiter, la cena está a punto.

—Tía Mathilda —dijo Jupe—. ¿Pete y Bob se pueden quedar y…?

—Sí, desde luego; que se queden y que cenen con nosotros —respondió enseguida su tía—. No tenemos para cenar más que pastelitos fritos y embutido, pero hay suficiente para todos.

Pete y Bob aceptaron la invitación y le dieron las gracias.

—Llamad a vuestras casas —ordenó la tía Mathilda—. Podéis usar el teléfono que hay en el despacho. Y acordaos de cerrar bien cuando salgáis. Dentro de cinco minutos os quiero ver ya en la mesa.

Y se metió de nuevo en la casa.

—¿Crees que tu tía adivina el pensamiento? —dijo Pete.

—Creo que no —respondió Jupe plenamente convencido de lo

que decía.

Cinco minutos más tarde los muchachos estaban sentados a la mesa, en el comedor de los Jones, devorando pastelitos y salchichas al fuego, y escuchando al tío Titus que les hablaba de los viejos tiempos, cuando Rocky Beach era solamente un pequeño poblado junto a la carretera.

Después de cenar los muchachos ayudaron a tía Mathilda a quitar la mesa y limpiar las cosas. Cuando terminaron y quedó todo en orden se encaminaron hacia la puerta.

—¿Dónde vais ahora? —preguntó tía Mathilda.

—No hemos terminado del todo con nuestro trabajo —le respondió Jupe.

—Bien, pero no volváis demasiado tarde —les advirtió tía Mathilda—. Ni dejéis encendida la luz del taller. Y acordaos de cerrar la puerta de la verja.

Jupiter le prometió que lo tendría todo muy en cuenta, y salieron disparados hacia la calle, donde Pete cogió su «bici».

—¿Cómo sabrá Tom Dobson que soy yo? —preguntó Pete.

—Pues diciéndoselo tú —le advirtió Jupe—. Él tiene una de nuestras tarjetas.

—Conforme —Pete salió del patio y enfiló la ruta por la carretera.

—Ahora a comprobar lo que hay sobre ese tal señor Demetrieff, que alquiló Hilltop House —dijo Jupiter—. Creo que en esto nos puede ayudar Worthington.

Poco tiempo hacía desde que Jupiter Jones había ganado un premio en un concurso organizado por una agencia de alquiler de coches. El premio había consistido en poder utilizar durante treinta días un «Rolls-Royce» con chófer y todo. Worthington, el chófer inglés que había llevado a Jupiter y a sus amigos a diversos sitios en el transcurso de aquellos días, ayudándoles en muchas de sus investigaciones, se había convertido en un entusiasta admirador de los muchachos, sentía afición de detective y siempre demostraba interés por los casos que se les planteaban.

Bob consultó su reloj de pulsera. Era ya bastante tarde.

—No podemos decirle a Worthington que venga aquí a la hora que es ya. Y menos siendo domingo.

—No hará falta decirle que venga —dijo Jupiter—. Worthington

vive en el distrito de Wilshire. A no ser que esté muy ocupado en algo, podría ir y dar un vistazo a la dirección que tenemos de ese distrito. Tal vez eso nos diera una pista sobre el señor Demetrieff.

Bob se mostró conforme con la proposición, y los dos muchachos se metieron nuevamente por el túnel número dos y volvieron a entrar en su cuartel general, donde Jupiter consultó su lista particular de teléfonos y marcó el número de Worthington.

—¿Eres Jupiter? —Worthington se mostraba muy complacido al oír la voz de Jupiter por teléfono—. ¿Cómo estás, muchacho?

Jupiter le respondió que muy bien.

—Siento que el «Rolls-Royce» no esté libre esta noche —dijo Worthington en tono triste—. Hay una gran fiesta en Beverly Hills, y Perkins ha alquilado el coche.

—No necesitamos el coche esta noche, Worthington —dijo Jupe —. Sólo quería saber si tendría tiempo para prestar un pequeño servicio a Los Tres Investigadores.

—Mira si estaba ocupado —dijo Worthington—, que estaba haciendo solitarios y perdía. Así que la interrupción me ha venido, lo que se dice, muy bien. ¿En qué os puedo servir?

—Pues es que estamos pendientes de obtener información sobre un tal señor Llyan Demetrieff —le dijo Jupiter, que le deletreó el apellido—. Tal vez sea Demetrioff, con «o», pero no estamos seguros. Con todo, las señas que dio fueron 2901, Wilshire Boulevard. ¿Se podría enterar si, efectivamente, el señor Demetrieff ha vivido recientemente en esas señas? Además, nos interesa saber qué clase de vivienda es esa del número 2901.

—Pero si eso está prácticamente a la vuelta de la esquina para mí, como quien dice —dijo Worthington—. Me voy a dar una vuelta por allí en seguida y te telefonearé.

—Muy bien, Worthington —dijo Jupiter—. Pero ¿qué vas a decir si alguien te abre la puerta cuando llames?

No tuvo que pensar mucho Worthington.

—Les diré que soy el presidente de la Junta creada para el ornato del Boulevard Wilshire, y les preguntaré qué les parece si ponemos arbustos decorativos en las aceras. Si aceptan la idea les rogaré tengan la bondad de inscribirse en la Junta.

—Estupendo, Worthington —exclamó Jupiter.

Worthington les prometió que les llamaría dentro de media hora

y colgó en seguida.

—En ocasiones creo que deberíamos pedir a Worthington que perteneciera a nuestra sociedad —comentó riendo Jupe, una vez que informó a Bob sobre el plan concebido por el chófer.

—De hecho ya se considera como un miembro más —dijo Bob —. ¿Qué crees que encontrará en esa dirección de Wilshire?

—Probablemente nada —afirmó Jupiter—. Una casa vacía, o tal vez un apartamento sin inquilino. Pero al menos nos podrá decir algo sobre el vecindario. Me gusta la idea de una Junta para el ornato del distrito. Nos podríamos unir a esa Junta organizadora y empezar a llamar a las puertas de las casas en toda la zona del señor Demetrioff, y tal vez consigamos alguna información sobre él.

—La gente de una ciudad nunca conoce el vecindario —dijo Bob.

—A veces saben más de lo que uno se imagina —respondió Jupe, y luego colocó sus manos detrás de la cabeza y se reclinó en la silla—. Suponte que es un vecindario en el que predomina la gente de edad avanzada —dijo—. Esas personas se pasan todo el día en casa, y suelen mirar por las ventanas para darse cuenta de lo que sucede. Sería curioso saber cuántos crímenes se han descubierto porque algunas viejecitas que tienen el sueño ligero se han levantado para ver quién estaba haciendo ruido en la calle.

—Recuérdame que vaya con cuidado cuando pase por delante de la casa de la señora Hopper —comentó Bob con un gesto de afirmación.

—No creo que se pierda muchas cosas, no —Jupiter abrió nuevamente el libro que hablaba de las joyas de la corona y que Bob había traído consigo, y se quedó contemplando la fotografía de la corona Azimov—. Es hermosa, dentro de su forma extraña —dijo —. Supongo que fue idea propia del duque Federico el que le dieran la forma de un yelmo.

—Debió ser un auténtico brujo —dijo Bob, y se estremeció—. Sólo la ejecución de Iván «el Terrible» ya fue bastante. No tenía por qué haber exhibido su cabeza sobre las almenas del castillo.

—La gente solía cometer atrocidades como ésa en aquellos días —razonó—. Se supone que serviría de ejemplo, y estoy seguro de que así fue, ya que los Azimov sobrevivieron hasta cuatrocientos años después.

En aquel momento sonó el teléfono.

—No puede ser ya la Junta encargada del ornato del distrito de Wilshire —exclamó Bob—. No habrá tenido tiempo de llevar a cabo su misión.

Pero sí que era Worthington.

—Lo siento, Jupiter —informó el chófer—, pero nadie vive en el número 2901 de Wilshire Boulevard. Se trata de un pequeño local comercial y, claro, a estas horas, está cerrado.

—Vaya —dijo Jupiter.

—Sin embargo, había luz en la entrada y pude leer los nombres de los ocupantes —añadió Worthington en tono orgulloso—. Me anoté la lista completa, y es ésta: Casa de fotocopias Acmé, un tal Dr. H.

H. Carmichael,

el despacho de la secretaría de Jensen, la Junta de Comercio de Lapathia, la editorial Sherman…

—Espera un momento —exclamó Jupiter—. ¿Cómo has dicho esa última?

—La editorial Sherman —dijo Worthington.

—No, no, la anterior a ésa. ¿Has dicho el no sé qué de Lapathia?

—La Junta de Comercio de Lapathia —le respondió Worthington.

—Worthington —le dijo Jupiter—, creo que nos acabas de decir exactamente lo que desde hace tiempo queríamos saber.

—¿De veras? —la voz de Worthington denotaba asombro—. No había ningún señor Demetrieff en la lista —le recordó a Jupiter.

—Bien, si tuvieras que ir a preguntar por él en la Junta de Comercio de Lapathia —aclaró Jupiter—, te dirían que está pasando las vacaciones en Rocky Beach, y si fueras por segunda vez, tal vez te dijeran que no. Gracias, Worthington y buenas noches.

Jupiter colgó el teléfono.

—Nuestro nuevo inquilino de Hilltop House procede de la Junta de Comercio de Lapathia —le dijo a Bob. Y volvió a mirar la foto de la corona—. El águila escarlata era la divisa de Lapathia y el símbolo favorito del alfarero. Y un hombre de la Junta de Comercio de Lapathia alquila una casa desde la que se domina la tienda del alfarero. Todo esto está sugiriendo muchas e interesantes posibilidades.

—¿Como la de que el alfarero es en realidad un habitante de Lapathia? —preguntó Bob.

—Y además que nosotros deberíamos hacer una visita a Hilltop House esta noche —sentenció Jupe en tono firme.

Capítulo 9

Hilltop House

Bob y Jupiter abandonaron el «Patio Salvaje» de los Jones por la puerta pirata roja y corrieron hacia un sendero que serpenteaba formando una serie de
zig-zags
hasta la cima de Coldwell Hill.

—Podríamos echar por el camino de en medio —dijo Bob, levantando la vista hacia la cima de la colina—. Si cogiéramos las bicicletas, podríamos llegar con ellas hasta la casa del alfarero, dejarlas allí, y seguir por el sendero hasta Hilltop House.

—Eso apenas si se diferenciaría de lo primero —dijo Jupiter—. No sabemos por qué esos hombres fueron a Hilltop House. Yo preferiría que nos acercáramos a la casa sin ser vistos. No es probable que estén vigilando el camino principal, pero nos distinguirían fácilmente si intentáramos subir por el sendero desde la carretera.

—Tienes razón —afirmó Bob. Y se volvió para mirar en dirección al mar. El sol ya había desaparecido tras una barrera de niebla que se escondía a distancia de la costa—. Estará completamente oscuro antes de que podamos volver aquí.

—No tendremos ninguna dificultad —dijo Jupiter—. La luna va a salir dentro de poco.

—¿Te has fijado en el almanaque? —preguntó Bob.

—Sí, desde luego.

—Qué tonto he sido al hacerte esa pregunta —dijo Bob, que empezaba a subir por el sendero. Jupiter le seguía más despacio, jadeante al hacerse cada vez más escarpado, y parándose de cuando

en cuando para descansar. Pero al cabo de diez minutos de marcha, entrenado ya el cuerpo, ascendía con más facilidad—. Aquí está ya —exclamó—, por fin.

Bob, volviéndose y echando una mano a Jupiter para que subiera al camino principal que discurría ya por la cima de la colina, comentó:

—Desde aquí ya falta poco. Y todo el trayecto hasta Hilltop House es cuesta abajo.

Jupe se quedó parado un momento y dirigió la mirada hacia el norte, en la dirección del camino. Estaba ya casi oscuro del todo, y la luna todavía no había salido. Además, el camino, hecho de tierra, parecía como una cinta de color tostado que se prolongaba a lo largo de la cumbre de la colina. Los matorrales abundantes a ambos lados parecían negros y ofrecían un aspecto amenazador en aquel casi completo dominio de la oscuridad.

—¿Qué esperas encontrar esta noche? —preguntó Bob.

—Lo más probable, a aquellos dos extranjeros que se detuvieron en el «Patio Salvaje» —dijo Jupiter—. Suponemos que uno de ellos es el señor Demetrieff, de la Junta de Comercio de Lapathia. El otro puede ser cualquiera. Será interesante ver cómo se están divirtiendo en Hilltop House.

Jupiter empezó a andar y Bob apretó también el paso, caminando a su lado. La luna empezaba a aparecer tras las colinas, bañando con su luz plateada el camino y proyectando largas y negras sombras de los dos muchachos. Pocas palabras mediaron, y por fin la pesada y oscura mole de Hilltop House se ofreció a su vista, delante y a la izquierda. Las ventanas de los pisos altos estaban sin luz, pero en una de las habitaciones de la planta baja brillaba una luz tenue.

—Yo recorrí esa casa en una ocasión —dijo Bob—. Creo que la luz está en lo que era biblioteca.

—A las ventanas les vendría bien una limpieza, desde luego —dijo Jupiter—. La luz no parece que sea una bombilla eléctrica.

—No. Parece más una linterna o una lámpara de petróleo. Bien, dejémosles tranquilos por ahora; pues se instalaron ahí ayer sin ir más lejos.

Al lado del camino había un pequeño cauce de río que descendía desde lo alto de la colina, bordeando Hilltop House. Como era la

época de estiaje, los muchachos se metieron en él y empezaron a andar con cuidado y en silencio, asegurando los pasos que daban por temor a pisar un guijarro suelto que les hiciera resbalar y tambalearse. Hubo un trecho en que casi tuvieron que arrastrarse, antes de que el curso del río doblara y discurriera junto al muro de contención que protegía el camino de coche hasta Hilltop House.

Jupiter se encaramó y subió por el muro de contención hasta un batiente del mismo que había en la parte trasera de la casa. Allí estaba el «Cadillac» aquel tan grande, fuera del garaje. Jupiter se acercó al coche y le dio la vuelta, vio que no tenía nada y prescindió de él.

Todas las ventanas que daban a esta parte estaban oscuras. Había una puerta con la mitad superior de cristal, pero estaba cerrada con llave.

—La cocina —afirmó Jupiter.

—Los cuartos de la servidumbre están arriba —indicó Bob.

—Apenas si han tenido tiempo de buscarse servidumbre —dijo Jupiter—. Mi plan es que vayamos directamente a la biblioteca.

—¡Jupe! No creo que estés pensando en entrar, ¿verdad? —susurró Bob, con una voz que denotaba horror.

—Creo que no —dijo Jupe—. Nos podría acarrear disgustos innecesarios. Podemos darle la vuelta a la casa y mirar por la ventana de la biblioteca.

—Conforme —dijo Bob—. Mientras estemos fuera, si vemos que las cosas se ponen mal podemos echar a correr como locos.

Jupiter no contestó a esto. Y empezó a dar la vuelta, empezando desde la puerta de la cocina. Había una acera embaldosada por la que se caminaba tranquilamente. Los matorrales que antaño habían adornado las paredes de la casa hacía tiempo que se habían secado por falta de cuidado y de agua.

Como Jupiter había indicado antes, efectivamente, las ventanas de la biblioteca necesitaban una buena limpieza. Los muchachos se agacharon y miraron al interior por encima del antepecho de la ventana y vieron, aunque un poco borroso, a los dos extranjeros que se habían detenido en el «Patio Salvaje» el día anterior. En aquella enorme habitación se habían colocado dos camas plegables. En los estantes que antaño habían tenido libros, ahora se veían botes de conservas, platos y servilletas de papel, todo amontonado sin orden

ni concierto. La chimenea estaba encendida, y el hombre más joven, el que conducía el «Cadillac», estaba de rodillas delante de las llamas, tostándose una salchicha metida en una varilla de hierro. El otro hombre, el de edad indefinida y calvo, estaba sentado en una silla plegable junto a una mesa de juego. Parecía como que estuviera sentado en un restaurante esperando que le sirviera el camarero.

Bob y Jupe vieron cómo el más joven volvía las salchichas en aquel improvisado asador. Entonces el hombre calvo hizo un gesto de impaciencia, se levantó y se dirigió a una habitación oscura contigua a la biblioteca. Tardó unos minutos, y cuando regresó encontró ya el bocadillo preparado, que le había dispuesto el otro hombre, poniendo las salchichas en un panecillo que le sirvió a la mesa con un plato de papel.

Jupiter no pudo reprimir una sonrisita al ver la cara que puso el hombre calvo cuando se fijó en el bocadillo. Y recordó que la tía Mathilda hizo un gesto similar cuando un amigo danés le sirvió anguilas frías y huevos revueltos, en una cena en Rocky Beach.

Los muchachos se retiraron de la ventana y volvieron a la parte trasera de la casa.

—Ahora ya sabemos que están haciendo —dijo Bob apoyándose en el «Cadillac»—. Este paraje tiene un aspecto muy desaliñado y sucio; nunca había visto una cosa igual.

—Debe de haber algo más que no vemos —reflexionó Jupiter—. Nadie alquila una casa, aunque sea ya de edad, tan sólo para dormir en una cama plegable y asarse salchichas en la biblioteca. ¿Dónde ha ido ese hombre calvo cuando ha salido de la biblioteca?

—La sala de estar de la casa da a la parte del mar —dijo Bob.

—Y la terraza también —le recordó Jupiter—. Vamos de prisa.

Bob siguió a Jupiter hasta uno de los ángulos del edificio. La terraza estaba contigua al camino de coches y ocupaba toda la parte de delante. Tenía unos quince pies de ancha, era de cemento y estaba limitada por un banco de piedra de más de tres pies de alto.

—Algo hay colocado ahí —susurró Jupiter—. Un aparato apoyado en un trípode.

—¿Tal vez un telescopio? —preguntó Bob.

—Probablemente. ¡Escucha!

Una voz de hombre llegó hasta donde ellos estaban. Jupiter se

pegó a la casa para poder observar mejor. El hombre más joven salió de la casa y cruzando la terraza bañada por la luz de la luna se dirigió hacia el aparato situado encima del trípode, miró por él y dijo algo en voz alta. Volvió a mirar y se rio, y en seguida hizo otra observación. Jupiter frunció el entrecejo. El tono de la frase era muy especial; casi como la música de una cancioncilla.

Entonces se oyó una segunda voz, más grave. Era una voz que sonaba a cansada. El hombre calvo salió a la terraza, se acercó al trípode y se agachó para observar. Pronunció dos o tres palabras, se encogió de hombros y se volvió adentro. El más joven le seguía apresuradamente y le iba hablando de forma precipitada.

—No es francés —dijo Jupiter en cuanto se fueron.

—Puede que alemán —dijo Bob, que lo había estudiado un año.

—Me gustaría saber cómo suena el lenguaje de Lapathia —manifestó Jupiter.

—Y yo quisiera saber qué están mirando —fue la respuesta de Bob.

—Eso, al menos, podemos averiguarlo —dijo Jupiter. Y acto seguido subió a la terraza y sin hacer ruido se dirigió rápido hacia el aparato montado en el trípode. Como Bob había supuesto, era un telescopio.

Jupiter se agachó, cuidando no tocar nada, y miró a través del catalejo.

Vio las ventanas de la parte posterior de la casa del alfarero. Los dormitorios estaban con las luces encendidas y pudo distinguir claramente a Pete sentado en una cama y hablando con el joven Tom. Entre los dos muchachos se veía un tablero de juego de damas. Tom se comió una de las damas de Pete, que hizo un gesto de disgusto y se puso a pensar qué jugada debía hacer. La señora Dobson entró en la habitación con una bandeja en las manos, con tres vasos. Algo de beber, dedujo Jupiter.

Se retiró del telescopio y volvió a donde estaba Bob.

—Ahora ya sabemos en qué se están divirtiendo —le informó—. Están espiando la casa del alfarero.

—Lo que tú te suponías —dijo Bob—. Salgamos de aquí, Jupe. Esas dos personas, desde un principio, me están dando muy mala espina.

—Sí. Y además que no hay nada más por el momento que nos

interese saber —dijo Jupiter.

Los muchachos volvieron a pasar por donde estaba el «Cadillac» y se encaminaron hacia el muro de contención para bajar de nuevo al cauce del río.

—Creo que por aquí está más cerca —dijo Bob, atajando por un terreno que antes pudo muy bien haber sido un pedazo de huerta.

Al decir esto, de repente Bob dio un grito, levantó los brazos y cayó, desapareciendo de la vista.

Capítulo 10

¡Cogidos!

—Bob, ¿te has hecho daño?

Jupiter se agachó junto al agujero que había en el suelo. Debajo, en lo que parecía una especie de sótano, Jupe pudo ver con dificultad a Bob que se apoyaba sobre las rodillas.

—¡Vaya broma! —dijo Bob.

—¿Estás herido?

Bob se levantó y dobló la espalda.

—No, creo que no.

Jupiter se estiró todo cuanto pudo, tumbado en el suelo, y alargó un brazo, dándole la mano a Bob.

—¡Aquí! —le dijo.

Bob se agarró a la mano, puso un pie en un estante y trató de saltar para salir, pero la madera se hizo añicos bajo su peso y volvió a caer, arrastrando por poco a Jupe consigo.

—¡Vaya hombre! —se lamentó, y al momento se puso a temblar, al verse sorprendido por el haz de luz de una potente pila eléctrica.

—No os mováis —dijo el hombre más joven de los dos ocupantes de Hilltop House.

Jupiter no se movió, y Bob se quedó donde estaba, sentado en el duro suelo, en el fondo del agujero, mirando con asombro a través de las tablas de madera que se habían hecho pedazos, de viejas que eran.

—¿Queréis decirnos exactamente qué estáis haciendo aquí? —preguntó el más joven.

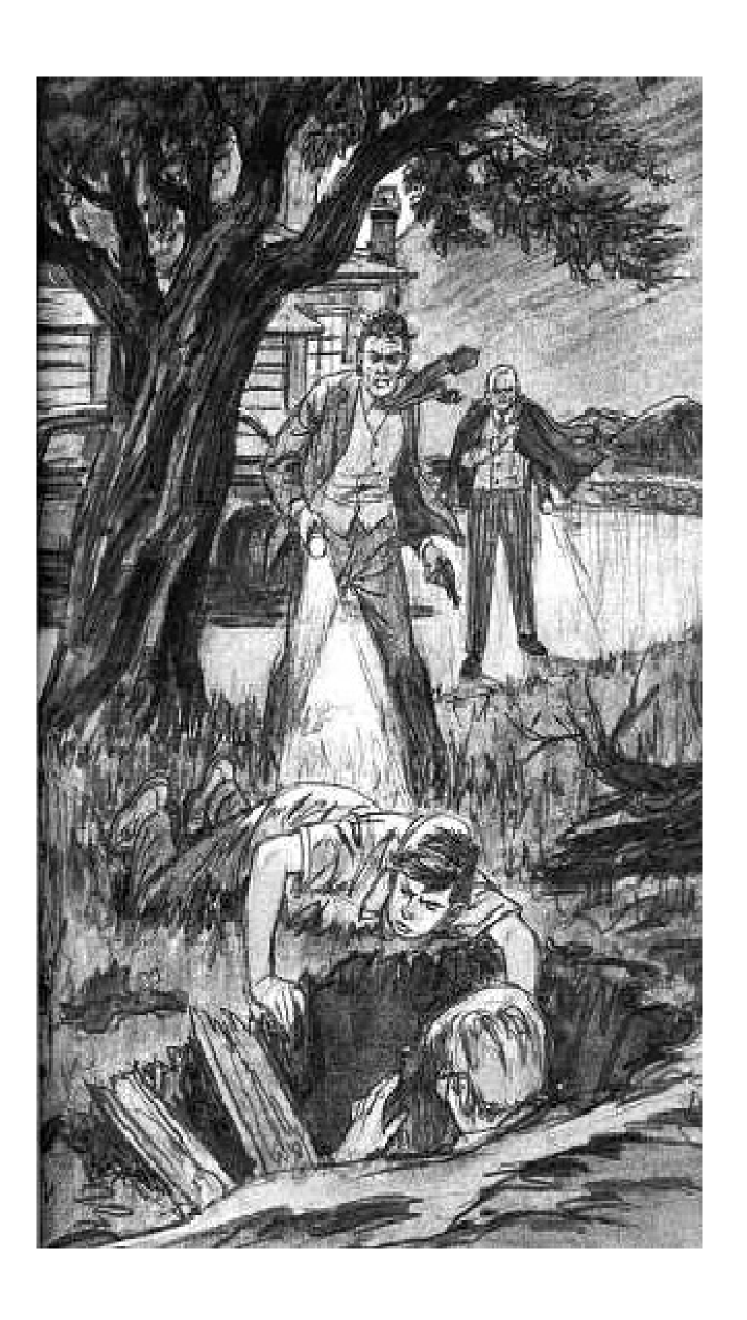
Sólo Jupiter era capaz de demostrar un aire de superioridad, aunque seguía tumbado en el suelo.

—En este preciso momento —explicó—, estaba tratando de sacar a mi amigo de este agujero. ¿Quiere hacer el favor de ayudarme, para que podamos saber cuanto antes si está herido?

—¿Por qué habéis sido tan insolentes…? —empezó a decir. Pero esta furiosa pregunta se vio interrumpida por una sonrisa burlona.

—Calma, Demetrieff —dijo el hombre calvo, de más edad. Éste se agachó con mucha agilidad, cosa sorprendente en una persona que no era delgada, y alargando el brazo hacia Bob, le dijo—: ¿Puedes cogerte de mi mano? No tenemos escalera en la finca.

Bob se levantó y alcanzó el brazo, y en cosa de un instante el hombre le alzó hasta arriba, pasando por el agujero, y allí quedó a sus pies.



—Bueno, ¿cómo va eso? —le preguntó—. No tienes ningún hueso roto, ¿verdad? Estupendo. Las trastadas suelen traer como resultado algún hueso roto. Yo recuerdo cuando mi caballo me embistió. Pasaron dos meses sin que pudiera montar de nuevo. Es muy triste tener que estar acostado sin poder hacer nada —el hombre hizo una pausa y después agregó con frialdad—. Naturalmente, yo maté al caballo.

Bob tragó saliva y Jupiter sintió como un escalofrío por todo su cuerpo.

—A Klaus Kaluk no le gusta derrochar paciencia con quienes cometen tonterías y chapuzas —dijo el hombre más joven.

Jupiter se levantó del suelo despacio, mientras se sacudía el polvo.

—¿Klaus Kaluk? —repitió como un eco.

—Querrás decir el general Kaluk —le contestó el más joven. Jupiter se dio cuenta en seguida de que éste tenía en una mano la linterna y en la otra un revólver.

—General Kaluk —dijo Jupiter, al tiempo que inclinaba un tanto la cabeza ante aquel hombre calvo. Luego se volvió hacia el otro, diciéndole—: Y usted es el señor Demetrieff.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Demetrieff.

—El general Kaluk le ha llamado a usted por su apellido —le contestó Jupiter.

—Tienes un oído muy fino, amigo regordete —le dijo a Jupiter el general, que sonrió de nuevo—. Los muchachos así me interesan, pues pueden oír muchas cosas. ¿Por qué no entramos en casa y hablamos un poco de lo que puedas haber oído esta noche?

—Venga, Jupe —dijo Bob rápido—. Venga, en verdad no queremos. Lo que quiero decir es que sí, que entremos y…

El hombre llamado Demetrieff hizo una seña con el revólver y Bob se calló.

—Sería una imprudencia que dejáramos este agujero abierto en el jardín —dijo Jupiter—. Algún otro miembro del club Chaparral Walking podría cruzar por aquí y caer. Se le podrían exigir responsabilidades a usted, señor Demetrieff, o a usted, general Kaluk.

—Tienes mucha agudeza, amigo mío —nuevamente el general se rio—. Sin embargo, creo que los responsables serían los dueños de

esta casa. Con todo, y como he dicho, romperse un hueso no es nada agradable. Demetrieff, hay algunas tablas detrás de la caballeriza.

—Creo que es un garaje —se atrevió a decir Bob.

—No importa. Tráelas y ponlas encima, tapando el agujero. —El general miró abajo y vio los estantes rotos en el suelo—. Parece como si estuviéramos tratando de ampliar esta construcción con una bodega, por ejemplo.

Demetrieff trajo a rastras un par de tablones húmedos y sucios de detrás del garaje y los dejó caer precipitadamente encima del agujero.

—Eso será la solución de la cuestión, al menos de momento —dijo el general Kaluk—. Ahora entremos en la casa y me contarás cosas de ese Club Chaparral Walking tuyo. También me vas a decir cómo os llamáis, y por qué habéis elegido pasar precisamente por estos terrenos sin permiso de su dueño.

—Con mucho gusto —dijo Jupiter.

Demetrieff hizo un ademán indicando la puerta de la cocina, y el general Kaluk marchó delante de todos. Jupe y Bob le seguían. Pasando por una cocina abandonada y sucia, llegaron a la biblioteca, y una vez allí el general se sentó en la silla plegable que había junto a la mesa de juego, y ordenó a Jupiter y a Bob que se sentaran en una de las camas plegables que había también en la sala.

—No os podemos ofrecer una buena hospitalidad —dijo el general. Su calva relucía a la luz de las llamas que salían de la chimenea—. ¿Una taza de té os iría bien quizá?

Jupiter denegó con la cabeza.

—Gracias, señor; no tomo té.

—Y yo tampoco —añadió Bob.

—Sí, sí, es cierto —confirmó el general—. Me olvidaba de que existe cierta costumbre entre los muchachos americanos, ¿verdad? Consiste en no tomar ni té, ni café, ni vino. Vosotros bebéis leche, ¿no es así?

Jupiter mostró su conformidad a esas palabras.

—Bien; pero es el caso que no tenemos leche aquí —dijo el general.

Demetrieff estaba de pie, apartando a un lado y detrás del

general.

—Demetrieff, ¿has oído hablar de ese Club Chaparral Walking? —le preguntó el general.

—Nunca —le respondió.

—Es un club de la localidad —dijo Jupiter con presteza—. El pasear por los chaparrales es más grato durante el día, pero algunos excursionistas hacen el recorrido en noches suaves como ésta. Mientras van caminando se puede oír a los animales que se mueven entre los matorrales, y a veces, si te estás quieto un buen rato, hasta puedes verlos. Una vez vi un ciervo, y en muchas ocasiones he visto a una mofeta cruzar el camino delante de mí.

—Maravilloso —dijo Demetrieff—. Y supongo que también observas a los pájaros.

—Pero por la noche no —respondió Jupiter con seguridad en lo que decía—. En algunas ocasiones se puede oír un búho, pero nunca verlo. Durante el día, el chaparral parece vivo con tantos pájaros, pero…

El general levantó la mano.

—Un momento —dijo—. Chaparral es para mí una palabra nueva. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme qué significa?

—Es un conjunto de matorrales que van creciendo —dijo Jupiter —. Todas las plantas que usted ve en la ladera de esta colina forman parte del chaparral, constituido por árboles enanos y matorrales, como la encina de mata, el enebro, la salvia, y, en parajes más altos todavía, la manzanilla. Son todas plantas muy resistentes que pueden vivir con muy poca lluvia. California es una de las pocas zonas donde existe el chaparral, y por eso hay mucho interés por las plantas.

Bob continuaba sentado y en silencio, maravillado al ver cómo Jupiter recordaba casi al pie de la letra un artículo sobre el chaparral que había aparecido en un número reciente de la revista «Naturaleza». Bob sabía que el aprenderse cosas de memoria era corriente entre actores que debían recordar sus papeles, y Jupiter de niño había sido actor.

Jupiter seguía hablando y hablando, describiendo el olor característico del chaparral durante la primavera, después de las lluvias. Estaba diciendo cómo protegen las laderas de las colinas, y mantienen el terreno firme, cuando el general Kaluk, de repente,

levantó la mano.

—Bastante —dijo el general—. Comporta tu admiración por el chaparral. Plantas valientes y resistentes, si podemos decir que las plantas tienen valor. Ahora, si te parece, vamos a tratar de lo nuestro. ¿Cómo os llamáis?

—Jupiter Jones —dijo Jupe.

—Bob Andrews —dijo su amigo.

—Muy bien. Y ahora vas a decirme qué estabais haciendo en mi jardín.

—Se trata, diríamos, de un atajo. Veníamos andando por el camino desde Rocky Beach, y nos metimos a campo través, sabiendo que podíamos llegar a la carretera siguiendo el sendero privado.

—Tú lo has dicho: que el sendero es propiedad privada.

—Sí, señor. Lo sabemos. Pero Hilltop House ha estado deshabitado durante muchos años, y la gente nos hemos acostumbrado a pasar por el sendero cuando vamos de excursión.

—Pues tendréis que abandonar la costumbre —declaró el general—. Creo, Jupiter, que nos hemos visto antes.

—En verdad, no —dijo Jupiter—. El señor Demetrieff habló ayer conmigo cuando ustedes tomaron el desvío equivocado para seguir por la carretera.

—Ah sí, ya recuerdo. Y contigo había un hombre ya de edad, que llevaba una barba. ¿Quién era?

—Nosotros le llamamos el alfarero —dijo Jupiter—. Creo que su nombre es Alejandro Potter.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó el general.

—Conocido solamente —afirmó Jupiter—. En Rocky Beach todo el mundo conoce al alfarero.

El general hizo gestos de afirmación con la cabeza.

—Creo que he oído hablar de él —se volvió hacia Demetrieff, y la luz de las llamas resplandeció en su piel curtida. Jupiter se dio cuenta de que se dibujaban muchas arrugas en sus mejillas. Kaluk no era un hombre muy joven, sino más bien viejo.

—Demetrieff —le dijo el general—, ¿no me habías dicho que aquí había un famoso artesano que hacía objetos de cerámica?

—Y otras muchas cosas más —agregó Bob.

—Me alegraría mucho poderlo ver —dijo el general. No dijo la

frase en tono convincente, e incluso hizo una ligera pausa como aquel que espera una respuesta inmediata.

Pero ni Jupiter ni Bob dijeron una sola palabra.

—Su taller se encuentra en la falda de esta colina —dijo al fin el general.

—Sí, es su taller —respondió Jupiter.

—Y tiene invitados —continuó diciendo el general—. Una mujer joven y un muchacho. A no ser que esté equivocado, tú les ayudaste hoy, cuando llegaron a la casa.

—Es cierto —confirmó Jupiter.

—Una muestra de cortesía, sin duda —dijo el general—. ¿Conoces a esas personas?

—No, señor. Son amigos del alfarero, y vienen de no sé qué sitio.

—Amigos, —continuó el general—. ¡Qué agradable tener amigos! Pero cualquiera esperaría que ese hombre que hace objetos de cerámica y tantas cosas estuviera presente para dar la bienvenida a sus huéspedes y amigos.

—Es que es… bueno… un tanto excéntrico.

—Eso es lo que se deduce. Pues bien, sí, me gustaría muchísimo verlo. Y de hecho insisto en ello.

De repente, el general se puso erguido en la silla en la que estaba sentado, cogiéndose con fuerza a los brazos de la misma.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¡Vaya! —exclamó Bob.

—Ya me has oído. ¿Dónde está el hombre a quien tú llamas el alfarero?

—No lo sabemos —respondió Jupiter.

—Eso es imposible —continuó diciendo el general. Y un flujo de sangre le coloreó sus coriáceas mejillas—. Él estaba contigo ayer. Hoy has ayudado a sus amigos cuando llegaron a su casa. Tú sabes dónde está.

—No, señor —dijo Jupiter—. No tenemos ni la más remota idea de a dónde fue cuando salió del «Patio Salvaje» ayer.

—Él te ha enviado aquí. —La acusación fue rápida.

—No —gritó Bob.

—No me cuentes cuentos de hadas y de que estáis recorriendo el chaparral —gritó el general. Y enseguida hizo una señal con la

mano a su compañero—. Demetrieff; hazme el favor, déjame tu revólver.

El hombre alargó el arma al general.

—Ya sabes lo que has de hacer —dijo Kaluk en tono agrio.

Demetrieff asintió con la cabeza y empezó a desabrocharse la correa que llevaba puesta.

—Eh, espere un momento —gritó Bob.

—Tú te quedarás ahí sentado —dijo el general Kaluk—. Demetrieff, coge al gordito que habla tan bien. Quiero que hable más.

Demetrieff se acercó por detrás de la cama plegada en la que Jupe y Bob estaban sentados. Jupiter notó la piel de una correa que se fijaba alrededor de su cabeza.

—Ahora me vas a decir algo más del alfarero —dijo el general —. ¿Dónde está?

La correa iba apretando la cabeza de Jupiter.

—No lo sé —dijo éste.

—Entonces, sencillamente se fue de tu… de tu «Patio Salvaje» y no se le ha visto más, ¿es así?

El general se estaba casi burlando.

—Eso es lo que ocurrió.

La correa se apretó un poco más.

—Y él estaba esperando huéspedes, esos amigos de quienes has hablado, esos amigos con quienes te has mostrado tan complaciente y servicial.

—Eso es.

—¿Y la policía de la población no ha hecho nada? —preguntó Kulak—. ¿No han buscado a ese hombre que desapareció?

—Se trata de un país libre —dijo Jupiter—. Si el alfarero prefiere marcharse, tiene perfectísimo derecho a hacerlo así.

—¿Un país libre? —el general parpadeó y se pasó la mano por la barbilla—. Sí, sí; he oído hablar de eso antes. ¿Y el alfarero no te dijo nada? ¿Lo juras?

—No, no me dijo nada —declaró Jupiter, que se quedó mirando fijamente al general, sin pestañear.

—Ya comprendo. —El general se levantó y se acercó hasta Jupiter. Le miró durante unos segundos, y luego suspiró.

—Muy bien, Demetrieff. Vamos a dejarles marchar. Está

diciendo la verdad.

—Es una locura. Son demasiadas coincidencias —refunfuñó éste.

El general se encogió de hombros.

—Son un par de muchachos curiosos, como lo son todos. No saben nada.

La correa se separó de la cabeza de Jupiter. Bob, que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración, lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Podéis llamar a vuestra magnífica policía, que no busca a la gente —dijo con cierta intención Demetrieff—, y al mismo tiempo le decís que habéis quebrantado la ley, puesto que habéis violado esta propiedad.

—Y usted es el que habla de quebrantar la ley —exclamó Bob—. Si dijéramos lo que ocurrió aquí esta noche…

—Pero vosotros no diréis nada —dijo el general—. En realidad, ¿qué ha ocurrido esta noche? Os he preguntado por un famoso artesano y me habéis dicho que no conocíais su paradero. ¿Hay algo más natural? El hombre ha conseguido cierta fama, y de él se ha escrito en los periódicos locales. En cuanto a esto —el general movió el revólver entre sus manos—, en cuanto a esto, el señor Demetrieff tiene permiso para usar el arma, y vosotros estabais invadiendo algo que no es vuestro. No ha ocurrido nada. Nosotros vamos a ser generosos, así que ahora os podéis marchar ya, y no volváis por aquí.

Bob se levantó al instante, obligando a Jupiter a hacer lo mismo.

—Será mejor que os marchéis por el sendero —dijo el general—. Y recordad que os estaremos vigilando.

Los muchachos no se atrevieron a abrir la boca para nada hasta que estuvieron lejos de la casa, y se dirigieron por el sendero que llevaba a Hilltop House a la carretera.

—¡Nunca más! —exclamó Bob.

Jupiter se volvió y dirigió la mirada hacia la terraza de la casa. Allí estaban Demetrieff y el general, bien visibles por la luz de la luna, sin moverse y observando.

—Un par de hombres malvados —dijo Jupiter—. Tengo el presentimiento de que el general Kaluk ha presidido ya otros interrogatorios.

—Si quieres decir que está acostumbrado a someter a un severo

interrogatorio a la gente, estoy completamente de acuerdo —dijo Bob—. Ha sido maravilloso que supieras mantener esa mirada y ese gesto de sinceridad y honradez.

—Todavía ha sido mucho mejor poder decir la verdad —afirmó Jupiter.

—Ah, sí. Siempre has dicho la verdad, ¿no es cierto?

—Así lo intenté. Cualquiera puede dar por supuesto que incluso su propia hija es una persona amiga que viene del oeste.

En aquel momento de la conversación llegaron a un recodo del camino y Hilltop House desapareció de su vista, debido a un bosquecillo de matorrales que había a la izquierda de los muchachos. Y entonces, precisamente, desde la colina les llegó un ruido sordo y el destello de un fogonazo. Hubo algo que pasó silbando por encima de la cabeza de Bob y se hundió en la maleza.

—¡Échate al suelo! —le dijo Jupiter.

Bob se dejó caer de bruces, y Jupiter a su lado. Los dos esperaron un poco, sin atrever a levantarse. Se oyó como un crujido entre la maleza, a la derecha. Luego se impuso el silencio más absoluto, excepto el ruido de algún pájaro nocturno.

—¿Eran perdigones? —preguntó Bob.

—Creo que sí —afirmó Jupiter. Apoyándose con las manos y las rodillas se arrastraron un poco hasta que llegaron a otra curva del sendero. Bob seguía detrás. Y cuando ya hubieron recorrido un buen trecho de esta forma, los dos se levantaron de un brinco y echaron a correr hacia la carretera.

La verja que había a la entrada del sendero estaba cerrada. Ni siquiera se pararon a ver si estaba cerrada con llave. Jupe trepó por ella y Bob la pasó de un salto. Los dos siguieron la veloz carrera hasta llegar a la verja de la casa del alfarero e irrumpieron en ella. Sólo se detuvieron cuando se vieron ya al abrigo del pórtico de la entrada de la casa.

—¡Ese disparo! —dijo Jupiter con voz entrecortada—. No puede haber venido de Hilltop House. Demetrieff y el general estaban de pie en la terraza cuando empezábamos a doblar por el sendero. —Dejó de hablar para recobrar el aliento, y al poco tiempo dijo—: Alguien estaba, pues, esperando en la colina con un arma, Bob. Hay un tercer hombre metido en el asunto.

Capítulo 11

Vuelve el fantasma

Todavía tenía Jupiter la mano puesta en el timbre de llamada de la casa del alfarero cuando se abrió una de las ventanas del piso de arriba y se oyó la voz de Eloisa Dobson.

—¿Quién va ahí? —preguntó.

Jupiter dio unos pasos hacia atrás para dejarse ver desde el zaguán de entrada.

—Soy yo, Jupiter, señora Dobson. Y conmigo viene Bob Andrews.

—Oh; esperad un momento —dijo la señora Dobson.

La ventana se cerró de golpe. Un momento después, Jupe y Bob oyeron cómo se abrían las cerraduras y se corrían los cerrojos. La puerta se abrió y apareció Pete.

—¿Qué pasa? —preguntó éste.

—Déjanos entrar y ten paciencia —dijo Jupiter en voz baja.

—Estoy tranquilo. ¿Qué es lo que sucede?

—No quiero alarmar sin necesidad a la señora Dobson —dijo Jupiter con voz rápida, entrando en el recibidor—, pero los hombres que hay en Hilltop House…

Jupiter interrumpió la frase cuando la señora Dobson apareció en lo alto de la escalera y empezó a bajar.

—¿Has oído un ruido apagado hace cosa de un minuto, Jupiter? Como si fuera un disparo, ¿verdad?

—Creo que ha sido solamente una pequeña explosión en la carretera —contestó Jupiter en seguida—. Señora Dobson, usted no conoce a nuestro amigo Bob Andrews.

—Mucho gusto en conocerla, señora Dobson.

La señora Dobson sonrió y bajó los peldaños que le faltaban.

—Me alegro mucho de verte, Bob —le dijo—. ¿Qué os trae a los dos hasta aquí tan tarde?

Tom Dobson bajó las escaleras con una bandeja llena de copas vacías.

—Hola, Jupe —saludó.

Jupiter presentó a Tom y a Bob.

—Hola —dijo Tom—. El tercer investigador.

—¿El qué? —preguntó la señora Dobson.

—Nada, mamá —respondió Tom—. Se trata sólo de un chiste. Algo.

—Hum. —La señora Dobson miró a su hijo con esa mirada escrutadora, tan característica de las madres.

—No es hora de bromas —dijo—. ¿Por qué habéis venido, muchachos? No creáis que no me estoy dando cuenta de que tenéis algún problema. Habéis sido muy amables en hacer que Pete pase la noche con nosotros, pero, venga, que no haya secretos, ¿eh?

—Lo siento, señora Dobson —dijo Jupiter—. Bob y yo no habíamos planeado venir aquí esta noche. Sin embargo, íbamos caminando por el sendero de la cima de la colina y no pudimos por menos de darnos cuenta de la presencia de unos hombres en Hilltop House.

Bob confirmó cuanto aquél decía, mientras Jupiter continuaba con toda calma.

—Hilltop House es un edificio grande situado más o menos detrás de esta casa, pero en su parte de arriba, en la cima de la colina. Los dos inquilinos se situaron allí ayer, y desde la terraza pueden ver sin impedimento alguno el interior de las habitaciones de esta casa que dan a la parte de detrás. Y se nos ocurrió la idea de venir a decírselo para que lo supiera y tuviera echadas las persianas de las ventanas.

—¡Vaya suerte! —la señora Dobson se sentó en la escalera—. Esto faltaba para completar el día. Primero las huellas flameantes, luego aquel petimetre de la posada y ahora una pareja de atisbadores.

—¿El petimetre de la posada? —preguntó Bob—. ¿Qué petimetre y de qué posada?

—Un tipo llamado Farrier —le contestó Pete—. Que apareció

inesperadamente hará cosa de media hora para ver si la señora Dobson y Tom habían llegado hasta aquí sin novedad, y si les podía ayudar en algo.

—Aquel pescador tan jovial —dijo Jupiter.

—Demasiado jovial en cuanto a palabras —dijo la señora Dobson—. No sé por qué pero me da mala espina. ¿Qué intenta con ese afán tan desmedido? Se ríe tanto que sólo de verle ya me duelen a mí los músculos de las mejillas, y es siempre tan dicharachero… tan dicharachero.

—¿Y amigo de las magnificencias? —dijo Jupiter.

—Sí, creo que le podríamos llamar así —la señora Dobson apoyó la barbilla con las manos y se quedó con los codos encima de las rodillas pensando—. Se parece… bueno, se parece a uno de esos maniquíes de unos grandes almacenes. No creo que sude mucho. De todas formas, trató de invitarse a sí mismo a tomar café, pero le dije que estaba pensando en tumbarme un rato con un paño frío en la frente, por el dolor de cabeza que tenía, y en vista de eso se dio por aludido y se fue.

—¿Venía en coche? —preguntó Jupe.

—Pues seguro que sí —respondió Pete—. Un «Ford» viejo y de color tostado, que venía por la carretera.

—Hum —dijo Jupiter—. No hay razón alguna para que no se diera también un paseo por la orilla del mar. Bien; será mejor que nos volvamos a casa. Hasta mañana, señora Dobson.

—Buenas noches, muchachos —dijo la señora Dobson, que tomando la bandeja con las copas sucias que tenía Tom se encaminó a la cocina.

Jupiter informó rápidamente a Tom y a Pete de los hechos ocurridos en Hilltop House y del disparo posterior. Les advirtió de nuevo que tuvieran echadas las persianas de las habitaciones. En cuanto Jupe y Bob salieron oyeron el ruido de las cerraduras al echar las llaves y de los cerrojos que se pasaban.

—Estoy pensando que me alegra en extremo que el alfarero dotara a su casa con tantas cerraduras y medios de seguridad —dijo Jupiter.

Los dos muchachos se volvieron a Rocky Beach por la orilla de la carretera.

—¿Crees que Pete y los Dobson se encuentran realmente en

peligro? —preguntó Bob.

—No —respondió Jupe—. No lo creo. Puede que los dos hombres de Hilltop House sientan curiosidad por ver lo que hacen, pero ya sabemos que por quien están interesados realmente es por el alfarero. Y están además sabedores de que el alfarero no se encuentra en casa.

—¿Qué opinas del tipo que había en la colina? —dijo Bob—. Me refiero, naturalmente, al que nos disparó.

—Nosotros fuimos los únicos que se asustaron —contestó Jupiter—. No parece que quiera con ello amenazar en forma alguna a los Dobson. Pero resulta interesante que el señor Farrier haya insistido tanto en sus atenciones para con la señora Dobson. A ella no le ha hecho ninguna gracia, y la tía Mathilda se mostró muy áspera con él esta tarde. La gente, por regla general, no se suele entrometer cuando ve que no es recibido con agrado. Y también despierta interés ese «Ford» de color tostado.

—Debe haber miles como él, circulando por ahí —dijo Bob—. ¿Por qué resulta interesante?

—Porque no encaja mucho con todo lo demás referente a ese hombre —explicó Jupiter—. Como dice también la señora Dobson, en su aspecto se muestra muy acicalado. Por eso, uno se esperaría que dispusiera de un coche más elegante, un coche deportivo, por ejemplo. Y aunque parece meticuloso en cuanto a su persona, ni siquiera demuestra haberse preocupado de que le lavaran el coche.

Ya se veían las luces de Rocky Beach, y los muchachos caminaron más aprisa, pues de repente se les vino el pensamiento de que tía Mathilda podía estar buscándoles. Pero no, la casa de los Jones estaba silenciosa cuando los muchachos llegaron allí. Jupiter se asomó por la ventana para ver si su tío Titus continuaba dando cabezadas tranquilamente, ante la pantalla de la televisión.

—Entra conmigo, y cerraremos el patio como todas las noches —dijo Jupiter a Bob.

Los muchachos penetraron por la verja de gruesos barrotes. La luz estaba encendida todavía en el taller que Jupiter tenía al aire libre. Cuando Jupiter la apagó, se vio que una lucecita roja intermitente estaba dando señales. Era la señal de que sonaba el teléfono que tenía instalado en el cuartel general.

—¿A esta hora? —dijo Bob—. ¿Quién puede ser ahora?

—¡Pete! —exclamó Jupiter—. Sólo puede ser él. —Y apartó a un lado la reja que ocultaba la entrada al túnel número dos. En un segundo llegaron los dos al cuartel general, y Jupe descolgó inmediatamente el teléfono.

—¡Vuelve! —la voz de Pete sonaba débil y temblorosa a través del auricular—. ¡Ha ocurrido de nuevo!

—¿Más huellas? —preguntó Jupiter tajante.

—Sí, tres más, en la escalera —dijo Pete—. Yo las he apagado, y ahora queda un olor extraño. Además, la señora Dobson sufre ataques de histeria.

—En seguida estaré allí —le prometió Jupiter. Y colgó el teléfono.

—Otra colección de huellas flameantes —le comunicó a Bob—. Y esta vez en la escalera. Además, me dice Pete que la señora Dobson tiene ataques de histerismo, cosa que no me sorprende.

—¿Nos volvemos, pues? —preguntó Bob.

—Nos volvemos —respondió Jupe.

Los dos muchachos salieron precipitadamente por el túnel y estaban precisamente abriendo la puerta de la verja del «Patio Salvaje» cuando tía Mathilda abrió también la puerta de la casa.

—¿Qué estáis haciendo tanto tiempo por ahí, muchachos? —preguntó.

—Pues solucionando cosas —le respondió Jupiter, que se volvió y echó a correr hacia donde estaba su tía—. Estábamos pensando que podríamos ir en bicicleta a ver cómo siguen la señora Dobson y Tom. No te importa, ¿verdad?

—Sí que me importa, sí —dijo su tía—. Es ya demasiado tarde para ir a visitar a las gentes. Y tú sabes, Jupiter, que no me gusta que vayas por esa carretera después que se hace oscuro.

—Las bicicletas tienen faro —aclaró Jupiter—. Y además, iremos con cuidado. La señora Dobson estaba tan fuera de sí esta tarde que hemos pensado que podríamos comprobar cómo sigue y ver si se ha instalado bien.

—Bueno…, conforme, Jupiter; pero tened cuidado, muchachos. —Se detuvo un momento y luego agregó—: ¿Dónde está Pete?

—Se fue —respondió secamente Jupe.

—Está bien. Bueno, si os tenéis que ir, daos prisa, pues se está haciendo más tarde. Y sobre todo recordad esto: tened cuidado.

—Lo tendremos muy presente —prometió Jupe.

Con las bicicletas, el viaje de retorno a la casa del alfarero fue sólo cuestión de unos minutos. Bob y Jupiter aporrearon la puerta y llamaron. Pete les abrió.

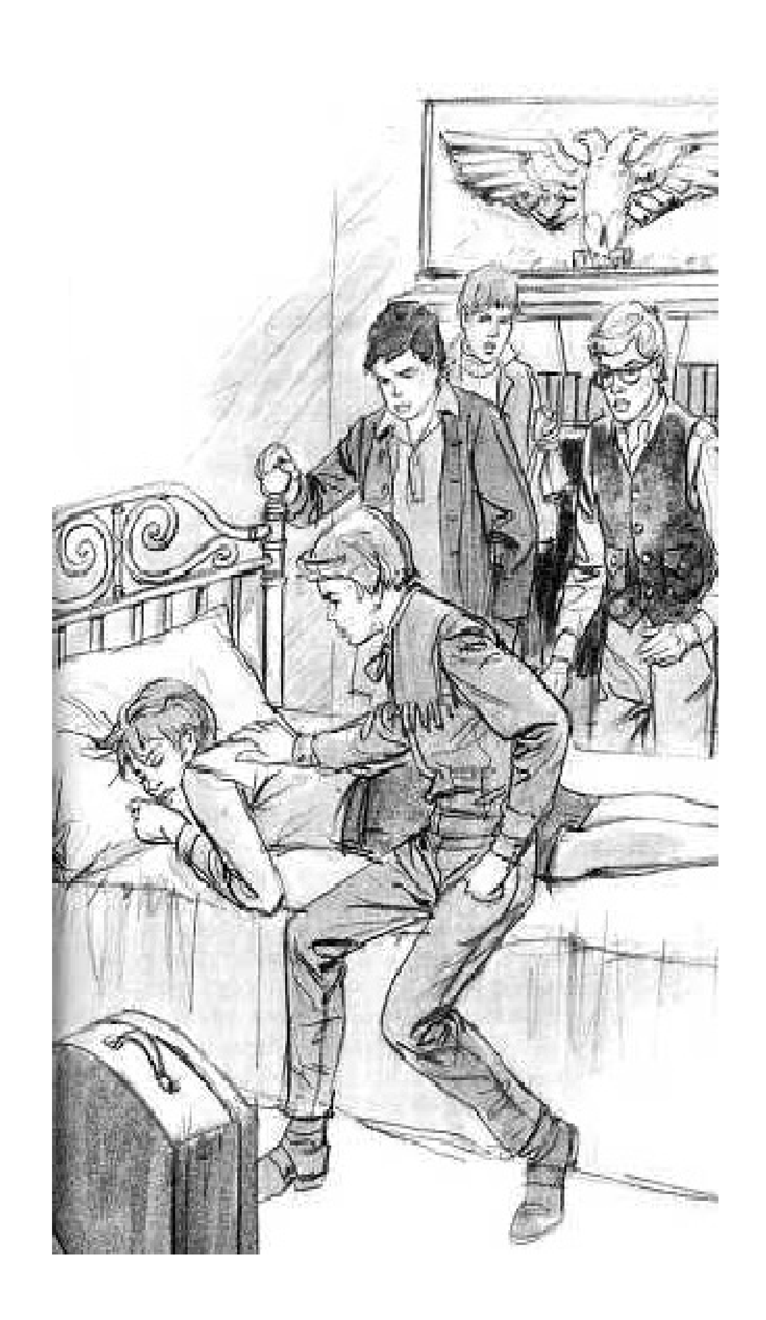
—¿Has registrado la casa? —le preguntó Jupiter.

—¿Yo solo? —dijo Pete—. ¿No estás bien de la cabeza? Además, he estado muy ocupado; he tenido que apagar las llamas, y salir corriendo a la cabina de la carretera para llamaros. A todo esto la señora Dobson está trastornada.

Realmente la señora Dobson no era ella. Bob y Jupiter siguieron a Pete escalera arriba hasta la habitación de delante, en la que habían montado la cama de bronce. La señora Dobson estaba tumbada en la cama, boca abajo, sollozando amargamente. Tom se encontraba sentado a su lado, dándole golpecitos en la espalda, y con aspecto muy nervioso.

Bob entró corriendo en el cuarto de baño, abrió el grifo del agua fría y empapó un paño.

—¡Ya va otra vez! —gritó la señora Dobson.



—¿Ya va qué? —le preguntó Jupiter.

—Ha parado —respondió—. El agua estaba corriendo en algún sitio.

—He sido yo, señora Dobson —dijo Bob entrando en la habitación con el paño empapado—. Pensé que le iría bien.

—¡Oh! —exclamó; y cogiendo el paño se lo puso en la mejilla.

—Inmediatamente después que os fuisteis —explicó Pete—, pudimos percibir claramente que el agua corría por las tuberías y que se salía, aunque todos los grifos de la casa estaban cerrados. Luego, estábamos ya a punto de retirarnos a dormir, cuando oímos un ruido abajo, como si fuera el chasquido de dos objetos blandos. La señora Dobson salió a ver qué pasaba y se encontró con tres huellas ardientes en las escaleras. Las sofoqué con una manta, y nos encontramos con otra colección de huellas.

Jupiter y Bob se volvieron a la escalera para observar las señales carbonizadas.

—Exactamente iguales a las de la cocina —dijo Jupiter. Tocó una y se olió los dedos—. Tienen un olor especial; es algún producto químico.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con ello? —preguntó Pete—. ¿Es que tenemos un fantasma que es doctor en ciencias químicas?

—Tal vez sea ya demasiado tarde —dijo Jupiter—, pero mi idea es que registremos la casa.

—Jupe, nadie pudo haber entrado aquí —insistió Pete—. Esta mansión tiene más cerraduras que los sótanos del Banco de América.

Sin embargo, Jupiter persistió en su idea, y la casa fue registrada desde la bodega hasta el ático. La vivienda estaba completamente vacía; bueno, allí no había más que los Dobson, los Tres Investigadores y obras artísticas de cerámica.

—Quiero irme a casa —dijo la señora Dobson.

—Nos iremos, mamá —le prometió Tom—. Nos iremos por la mañana, ¿conforme?

—¿Y por qué no nos podemos ir ahora en seguida? —preguntó la señora Dobson.

—Estás cansada, mamá.

—¿Crees que podría dormir en esta casa? —le preguntó su madre.

—¿Se sentiría usted más segura si nos quedáramos todos aquí esta noche?

Eloisa Dobson se estremeció y se movió inquieta en la cama de bronce, dando fuertes golpes al tablero de los pies de la cama con los suyos.

—Sí, me sentiría más segura —dijo convencida—. ¿Creéis que podemos necesitar el servicio de incendios esta noche?

—Espero que no lo vayamos a necesitar —le tranquilizó Jupiter.

—Trata de descansar, ¿eh, mamá? —Tom había ido a buscar en el armario de la ropa blanca una manta, con la que tapó a su madre, que todavía llevaba puesta la blusa y la falda de aquella tarde.

—Creo que debería levantarme y desnudarme —habló la señora Dobson con voz muy cansada. Sin embargo no lo hizo, y se limitó a levantar un brazo para taparse los ojos—. No apaguéis la luz.

—No la apagaré —dijo Tom.

—Ni te vayas tampoco.

—Aquí me estaré, pues —respondió Tom.

Ya no dijo más la señora Dobson, que cayó en una profunda somnolencia.

Los muchachos salieron de puntillas al rellano de la escalera.

—Voy a coger otra manta y me tumbaré en el suelo, en la habitación de mi madre —dijo Tom en tono bajito—. Y vosotros, muchachos, ¿de verdad os vais a quedar aquí toda la noche?

—Yo puedo telefonear a mi tía —dijo Jupiter—, y decirle que tu madre continúa muy sobresaltada e inquieta y que desea tener compañía. Y tal vez ella misma pueda pasarle el recado a la señora Andrews.

—No, no; yo llamaré a mi madre —añadió Bob—. Puedo decirle simplemente que he salido contigo.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía —dijo Tom.

—Al menos para decirle que no ha hecho nada útil —le sugirió Jupiter—. Cierra la puerta con llave ahora cuando salgamos a llamar a la cabina telefónica.

—No os preocupéis —dijo Pete.

—Daré tres golpecitos suaves a la puerta cuando volvamos, y tras una breve pausa los volveré a repetir —explicó Jupiter.

—Venga, id.

Pete les abrió la puerta y Jupiter y Bob salieron en plena

oscuridad, atravesaron el patio de la casa y se encaminaron a la cabina que había en la carretera.

La tía Mathilda demostró estar muy preocupada cuando se enteró de que la señora Dobson estaba tan inquieta y quería compañía. Jupiter no le dijo nada de la segunda aparición de las huellas flameantes, pero se pasó todo el rato de la llamada convenciéndole para que no despertara a su tío y le hiciera ir con la camioneta a recoger a los Dobson para llevarlos a su casa, donde podían estar más seguros y cómodos.

—La señora Dobson está durmiendo ahora —dijo Jupiter cuando pudo meter baza en la conversación—. Lo único que ella dice es que se sentirá más segura si nos quedamos allí en la casa.

—No hay bastantes camas —replicó tía Mathilda.

—Ya nos arreglaremos. Todo irá bien.

Por fin la tía Mathilda accedió, y Jupiter le pasó el teléfono a Bob, quien simplemente recibió permiso de su madre para pasar la noche con Jupiter.

Los dos muchachos se volvieron a la casa del alfarero, dieron los golpecitos convenidos a la puerta, y Pete les abrió.

Como había indicado tía Mathilda, no había bastantes camas para todos, ni siquiera durmiendo Tom en el suelo, en la habitación de su madre. Pete no lo consideró como un obstáculo. Uno de ellos, dijo, había de estar vigilando continuamente, y dos podían dormir; así que podían establecer unos turnos. Bob y Jupiter convinieron en que era una idea excelente eso de estar uno de guardia, y Jupiter se ofreció voluntario para hacer la primera, que tenía que durar tres horas. Bob se deslizó como quien no quiere la cosa en el dormitorio del alfarero, para dejarse caer en aquel catre, estrecho pero blanquísimo. Pete se metió en la habitación que habían preparado para Tom.

Jupiter se situó en el rellano contiguo al final de la escalera. Sentado en el suelo, se dejó reclinar contra la pared, mirando fijamente las marcas chamuscadas de las huellas dejadas en la escalera, marcas desde luego de unos pies descalzos. Se volvió a oler los dedos. Aquel olor a una sustancia química, que había percibido antes, había desaparecido. Sin duda alguna, fue empleada una mezcla volátil para dar origen a las llamas. En vano trató Jupiter de deducir qué sustancia las produjo, pero al final pensó que

conocer cuál era esa sustancia no tenía importancia alguna. Lo importante era que alguien se introdujo en una casa que tenía las puertas cerradas con llave, para crear un ambiente de misterio y lograr un efecto de terror. ¿Cómo pudo lograr eso? ¿Quién lo había hecho?

De una cosa estaba seguro Jupiter. Ningún fantasma estaba haciendo una jugarreta diabólica. Jupiter era un muchacho que se negaba a dar crédito a los fantasmas.

Capítulo 12

La biblioteca secreta

Jupiter se despertó en la cama de Tom y oyó un ruido especial de cacharros y de abrir y cerrar armarios, que procedía de la cocina de abajo. Bostezó sin hacer mucho ruido, se volvió y miró el reloj. Pasaban ya de las siete.

—¿Ya estás despierto? —preguntaba Bob Andrews, que estaba mirando desde la puerta.

—Sí, ya estoy.

Y Jupiter se levantó con cierta pereza.

—La señora Dobson está furiosa —le comunicó Bob—. Está abajo preparando el desayuno.

—Eso está bien. Yo ya desayunaría. ¿Por qué está tan furiosa? Anoche no quería más que marcharse a casa.

—Pero esta mañana no. Esta mañana está dispuesta a revolver, si es preciso, toda la población de Rocky Beach. Es estupendo ver cómo un buen sueño hace cambiar a las personas. Ven abajo y te divertirás un poco. Me recuerda en cierta manera a tu tía Mathilda, cuando saca su genio característico.

Jupiter, sonriendo, entró en el cuarto de baño, se echó un poco de agua a la cara, se puso los zapatos, que era todo lo que se había molestado en quitarse la noche anterior, y bajó con Bob a la cocina.

Pete y Tom estaban ya allí sentados, viendo cómo la señora Dobson manejaba las cazuelas y los huevos. Estaba exteriorizando su opinión respecto al alfarero, la casa, las huellas flameantes y la ingratitud de un padre que había desaparecido cuando su única hija se había tomado la molestia de emprender un viaje tan largo, en auto conducido por ella misma, y teniendo que atravesar casi todo

el país por verle.

—Y no creáis que voy a consentir que él se salga con la suya —decía la señora Dobson—. No. Voy a ir al puesto de policía esta mañana y a denunciar su desaparición, y así tendrán que buscarlo.

—¿Le reportará eso alguna ventaja, señora Dobson? —le preguntó Jupiter—. Si su padre se ha ausentado porque así lo quiere, resultará difícil procurar…

—No quiero que continúe más tiempo ausente —le interrumpió la señora Dobson, mientras ponía una fuente con huevos fritos y tocino encima de la mesa—. Yo soy su hija; él es mi padre, y sería mejor que se acostumbrara a serlo de veras. Y vuestro jefe de policía, haría bien en preocuparse un poco más por las huellas. Eso debe ser un crimen.

—Yo diría que un intento de incendio —replicó Bob.

—Llámalo como quieras. Eso ha de cesar de una vez. Venga, muchachos, a comer. Yo me voy a la ciudad.

—Pero si no has desayunado —le indicó Tom.

—¿Y quién puede tener ganas? —replicó su madre—. Comed vosotros primero. Volveré enseguida.

Echó mano al bolso, que había dejado encima de la nevera, buscó las llaves del coche y dando largos pasos cruzó la puerta. Unos segundos más tarde, los muchachos oyeron que se ponía en marcha el coche azul descapotable.

—Mi madre ha experimentado un gran cambio —dijo Tom un poco apurado.

—Los huevos están buenos —dijo Jupiter, que se había servido y estaba comiendo de pie, apoyado en la puerta—. Creo que lo mejor sería que arremetiéramos con los platos antes de que vuelva.

—Tus años de convivencia con tía Mathilda te han proporcionado un profundo conocimiento de la psicología —afirmó Bob.

—Es muy justificado, desde luego, el enfado que demuestra tener tu madre con tu abuelo —dijo Jupiter a Tom—. Sin embargo, no creo que él quiera ofenderla, pues nunca ha sentido deseos de injuriar a nadie. Es persona amante de la soledad, pero muy atenta, en mi opinión.

Jupiter puso su plato en la pila de fregar y recordó de nuevo a aquellos hombres que iban en el «Cadillac» y su breve charla con el

alfarero. Y se imaginaba asimismo al alfarero de pie en el camino del «Patio Salvaje», sosteniendo el medallón con la mano.

—El águila bicéfala —dijo Jupiter—. Tom, tú dijiste que a veces tu abuelo te enviaba cosas hechas por él. ¿Te ha enviado en alguna ocasión algo que tuviera un águila con dos cabezas?

Tom se quedó pensativo un poco y luego movió la cabeza con gesto negativo.

—A mi madre le gustan los pájaros y el abuelo le enviaba cosas con grabados de pájaros la mayoría de las veces, pero siempre pájaros corrientes, como petirrojos y azulejos. No cosas raras como hay en esa placa de arriba.

—Pero él llevaba el águila grabada en el medallón —comentó Jupiter—, y la empleaba cuando diseñó esa placa, y se trata de una placa para una habitación que, da la casualidad, estaba vacía. Bueno, ¿y por qué se tomaría la molestia de hacer una cosa tan enorme como ésa, para situarla en una habitación vacía?

Jupiter se limpió las manos con una servilleta de papel y se encaminó hacia la escalera. Los otros muchachos inmediatamente dieron fin al desayuno y le siguieron.

Todos entraron en la habitación ocupada por la señora Dobson.

Aquella águila roja les miraba con fiereza desde lo alto de la pared.

Jupiter observó los bordes de la placa.

—Parece que se ha fijado después de hecha, ahí en la pared —señaló.

Tom salió rápido hacia su habitación y volvió con una lima para las uñas.

—Prueba con esto —le dijo.

Jupiter hurgó los bordes de la placa de cerámica.

—No; no hay que intentarlo más arriba, pues creo que el alfarero debe haber enlucido de nuevo la pared por encima de la chimenea, y aplicó la pieza directamente al yeso antes de endurecerse.

Jupiter se echó un poco hacia atrás y levantó la vista fijándose en aquel llamativo pájaro.

—Eso debe haber sido un buen entretenimiento. Es una pieza muy ancha.

—Todo el mundo ha de tener su entretenimiento —comentó

Tom.

—Espera, espera —dijo Jupiter—. No está toda moldeada en una sola pieza. Necesitamos algo para subir encima y verlo de más cerca.

Pete se lanzó escalera abajo y subió con una de las sillas de la cocina. Jupiter se subió encima y así pudo tocar la cabeza derecha del águila.

—Ese ojo no es igual que el otro. Parece haber sido moldeado aparte.

Jupiter presionó con el dedo la porcelana blanca de que estaba hecho el ojo, y cedió. Los muchachos oyeron un ruido muy débil, y la pared entera que había encima de la cornisa de la chimenea se movió lentamente.

—Una puerta secreta —explicó Jupiter—. En cierto modo, esto parece indicar algo.

Y se bajó de la silla, cogió la moldura que contorneaba el panel de la pared y empujó. El panel giró sobre unas bisagras bien engrasadas.

Los muchachos se apretujaron para observar un pequeño departamento que tendría unos veinte centímetros de profundidad. Había cuatro estantes entre la cornisa y el techo, y estaban repletos de papeles amontonados. Jupiter cogió uno y lo sacó.

—¡Vaya! Son únicamente números atrasados del «Register and Tribune» de Belleview —exclamó Tom. Le quitó el periódico a Jupiter y le echó un vistazo—. Es el que lleva el relato referente a mí.

—¿Y cuál es la noticia? —preguntó Bob.

—Pues que gané en un certamen literario.

Jupiter había desdoblado otro periódico, pero éste mucho más viejo.

—Éste tiene el anuncio de la boda de tu madre —informó.

En ellos se leían otros muchos relatos o noticias, sobre el nacimiento de Tom, y sobre la muerte de su abuela. También una amplia información sobre la apertura de los almacenes Dobson Hardware, y otra sobre el discurso que el padre de Tom pronunció el «Día del Veterano». Todos los acontecimientos de los Dobson se habían publicado, y el alfarero tenía guardados todos los ejemplares que los anunciaban.

—Una biblioteca secreta —dijo Pete—, y tú y tu madre erais los grandes secretos.

—Esta seguridad hace que uno se sienta más estimado —celebró el joven Tom.

—El alfarero es más callado de lo que se pueda pensar —dijo Jupiter—. Nadie conocía tu existencia. Muy extraño. Y lo que resulta todavía más extraño es que no hay nada sobre el alfarero en esta biblioteca secreta.

—¿Cómo podía haberlo, si a él no le gusta que aparezca su nombre en los periódicos? —preguntó Pete—. No hay nada que pueda yo recordar.

—Es cierto. Y aquellos dos hombres que estaban en Hilltop House dijeron ayer que en los periódicos se habían publicado reseñas y noticias sobre su talento artístico. Y cuando de tales cosas se ocupan en la prensa, lo lógico es que uno guarde los ejemplares correspondientes, ¿verdad?

—Cierto es —afirmó Bob.

—De lo que podemos deducir una de esas dos cosas —continuó Jupiter—. O que el alfarero no siente esa vanidad propia tan natural, o que no se han publicado tales reseñas en los periódicos, excepto la fotografía difundida en el «Westways», de la que el alfarero no tenía noticia alguna hasta el sábado; y ciertamente no se alegró al verla.

—¿Y qué significa todo eso? —preguntó Tom.

—Quiero decir que el alfarero quería mantener su existencia en secreto, y que lo último a que podía aspirar en el mundo era al aplauso. Tal vez tuviera sus buenas razones. Tom, no sabemos por qué, pero anoche nos enteramos de que los dos hombres que han alquilado Hilltop House están enormemente interesados en tu abuelo. Y ellos han aparecido en Rocky Beach casi dos meses después de que el «Westways» difundiese la fotografía de tu abuelo. ¿Te sugiere esto algo?

—Únicamente que mi abuelo puede haber sido golpeado. Pero ¿por qué?

—¿Sabes algo de Lapathia? —le preguntó Jupiter.

—Nunca he oído hablar de ello. ¿Qué es?

—Es una nación, una pequeña nación europea, en la que ocurrió un asesinato político hace muchos años.

Tom se encogió de hombros.

—Bueno, pero según mi abuela decía que mi abuelo era de Ucrania —dijo.

—¿Has oído mencionar alguna vez el apellido Azimov? —le preguntó Jupiter.

—Nunca.

—¿No pudo haber sido ese apellido de tu abuelo antes de que lo cambiase por el de Potter?

—No; su apellido era muy largo, muy largo. Tú no lo hubieras podido pronunciar.

Jupiter estaba de pie, y pellizcándose el labio con los dedos.

—Sí que organizó un buen jaleo, total para esconder un montón de periódicos viejos —dijo Tom—. Lo podía haber resuelto mucho más fácilmente, si es que todo eso es tan importante, con haberlos metido en un archivador junto con facturas y notas viejas, como ocurre en «The purloined letter», de Edgar Allan Poe.

—Eso hubiera sido mucho más sensato —dijo Pete señalando la placa—. Una cosa así en una habitación vacía es natural que llame la atención, si es eso lo que uno busca.

—Pero él no pretendía eso —dijo Jupiter—. Era lo último del mundo que podía desear, llamar la atención.

Jupiter se agachó para examinar la chimenea por debajo de la cornisa. No tenía mancha alguna. Era obvio que nadie había encendido fuego nunca. Se arrodilló y echó un vistazo por dentro detenidamente.

—No hay chimenea —exclamó—. La chimenea que se ve por fuera es simulada.

—Probablemente el alfarero en persona se la construyó —dedujo Bob.

—En ese caso, ¿para qué es esa pequeña trampa de ahí? —interrogó Jupiter, y levantó una plaquita de metal que había colocada en el suelo de la chimenea—. Si se trata de una chimenea de veras, siempre hay una placa para poder sacar la ceniza. ¿Por qué razón poner una en una chimenea simulada, donde nunca ha de haber ceniza que sacar?

Jupiter metió la mano en la abertura que había en el suelo hecho de ladrillos, de la chimenea. Tocó el papel.

—Aquí hay algo. Un sobre —exclamó sacándolo y dejando caer

de nuevo la trampa.

Era un sobre de papel de Manila, precintado con cera roja.

—La biblioteca secreta que hay detrás de la placa creo que es un reclamo —concluyó Jupiter, y levantó en alto el sobre—. Creo que el auténtico secreto está aquí. Bueno, Tom, ¿qué hacemos ahora? Esto pertenece a tu abuelo, que ha desaparecido, y tú eres nuestro cliente. ¿Qué hemos de hacer?

—Lo abrimos —dijo Tom sin vacilar un instante.

—Esperaba que dijeras eso —susurró Bob.

Jupiter sacó una hoja de pergamino que tenía tres dobleces, y lo desenvolvió con sumo cuidado.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Tom.

—No lo sé —Jupiter frunció el entrecejo—. Una especie de certificado. También parece que sea un diploma o un título, pero de tamaño muy pequeño.

Los muchachos se acercaron a Jupiter y observaron el papel.

—¿En qué clase de idioma está escrito? —preguntó Pete, extrañado.

—Que me maten si lo entiendo —contestó Bob—. Nunca había visto cosa semejante en mi vida.

Jupiter se acercó a la ventana, y observó atentamente aquel documento manuscrito.

—Sólo puedo reconocer dos cosas —dijo al cabo de un momento —. Una es el sello que hay debajo, y que reproduce algo que nos es muy conocido: el águila bicéfala. La otra es un apellido. Kerenov. Alguien en un tiempo determinado concedió un honor a un tal Alexis Kerenov. ¿Has oído alguna vez ese nombre, Tom?

—No —dijo Tom—. No puede ser el de mi abuelo, pues, como ya os he dicho, su apellido era en verdad muy largo.

—Este apellido te recuerda algo, ¿verdad, Bob? —dijo Jupiter.

—Claro que sí —respondió Bob—. Kerenov era el artífice que labró la corona para el viejo Federico Azimov.

—¿Federico Azimov? ¿Quién es? —y Tom miraba asombrado a ambos muchachos.

—Fue el primer rey de Lapathia, que vivió hace unos cuatrocientos años —le dijo Jupiter.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con mi abuelo? —preguntó Tom con la vista fija en los investigadores.

—No lo sabemos —contestó Jupiter—, pero estamos tratando de averiguarlo.

Capítulo 13

Una águila extraordinaria

Jupiter amontonó los ejemplares del periódico de Belleview en los estantes de aquel pequeño escondrijo encima de la chimenea y dejó el panel cerrado.

—Tu madre volverá en cualquier momento —dijo Jupiter—, y supongo que el comisario Reynolds vendrá también con ella. Tengo el firme presentimiento de que prestaríamos un mal servicio a tu abuelo si entregáramos al comisario el documento que hemos encontrado. Los Tres Investigadores estamos siguiendo ciertas pistas relacionadas con Lapathia y la familia real de los Azimov. ¿Estás conforme, Tom, en que continuemos estas pesquisas hasta que tengamos hechos reales y evidentes para presentarlos a la policía?

—Estéis donde estéis siempre vais muy por delante de mí —dijo Tom rascándose la cabeza algo aturdido—. Conforme. Podéis guardaros ese papel en lo sucesivo. ¿Y qué hacemos de esos periódicos que hay en el compartimiento secreto?

—Es posible que la policía descubra ese compartimiento —dijo Jupiter—. Y si ocurre así, nada se pierde. Además, creo que ese escondrijo se hizo para desviar la atención de la gente respecto al verdadero secreto.

—Tengo la completa seguridad de que encontraremos a mi abuelo antes de que termine todo esto —dijo Tom—. Debe de ser todo un carácter.

—Será una experiencia interesante —le afirmó Jupiter.

—Ahí viene ya la señora Dobson —avisó Bob mirando por la ventana.

—¿Viene con ella el comisario Reynolds? —preguntó Jupiter.

—Hay un coche patrulla detrás de ella —respondió Bob.

—¡Santo Dios, los platos! —exclamó Pete.

—Es verdad —dijo Jupiter.

Los muchachos bajaron a toda prisa la escalera. Mientras tanto la señora Dobson había aparcado el coche y estaba atravesando el patio, Jupiter ponía agua caliente en el fregadero, Tom estaba restregando con muchos bríos los platos y Bob esperaba con un paño de cubiertos.

—¡Oh, qué bien! —exclamó la señora Dobson cuando observó aquella actividad en la cocina.

—Un desayuno estupendo, señora Dobson —dijo Pete.

El comisario Reynolds, seguido por el agente Haines, entró con paso majestuoso en la cocina, tras la señora Dobson. El comisario hizo caso omiso de los otros muchachos y dirigió todo su enfado hacia Jupiter.

—¿Por qué no llamaste anoche? —le preguntó.

—La señora Dobson estaba fuera de sí —respondió Jupiter.

—¿Y desde cuándo eres miembro de La Sociedad de Ayuda a las Señoras? —le preguntó el comisario—. Jupiter Jones, cualquier día te van a dar un buen mamporro en esa cabeza.

—Sí, señor, lo sé —asintió Jupiter.

—¡Huellas flameantes! —refunfuñó el comisario, y se volvió hacia Haines—. ¡Registre la casa! —le ordenó.

—Ya lo hemos hecho nosotros, señor comisario —le indicó Jupiter—, y no hemos encontrado a nadie.

—¿Te importaría que lo hiciéramos nosotros, siguiendo nuestro sistema? —le consultó el comisario con ironía.

—No, señor.

—Y ahora vete, ¿quieres hacer el favor? —dijo el airado comisario—. Vete a jugar a fútbol o a cualquier otro juego, que es lo propio de los muchachos.

Los muchachos salieron a escape hacia el jardín.

—¿Siempre está tan malhumorado y gruñón? —preguntó Tom.

—Sólo cuando Jupe no le deja meterse en los asuntos —aclaró Bob.

Tom se sentó en los escalones, entre los dos grandes jarrones adornados con unas bandas decoradas con águilas bicéfalas.

Jupiter dirigió la mirada a uno de los jarrones y frunció el

entrecejo.

—¿Qué problema tienes ahora? —preguntó Bob.

—Una de esas águilas tiene sólo una cabeza —respondió Jupiter preocupado.

Los muchachos se acercaron en torno al jarrón. Era cierto. Una de las águilas que decoraban el jarrón tenía solamente una cabeza, la del lado derecho. Parecía un ave corriente, con una cabeza normal, que miraba fijamente a la izquierda.

—Interesante —dijo Jupiter.

—Todas éstas tienen dos cabezas —dijo Bob dando la vuelta al otro jarrón, examinando la banda con los dibujos de águilas.

—Tal vez mi abuelo cometiera un error —opinó Tom.

—El alfarero no comete errores de esta clase —afirmó Jupiter—. Sus diseños siempre son perfectos. Si hubiera tenido la intención de hacer una banda de águilas bicéfalas en este jarrón, así lo hubiera realizado.

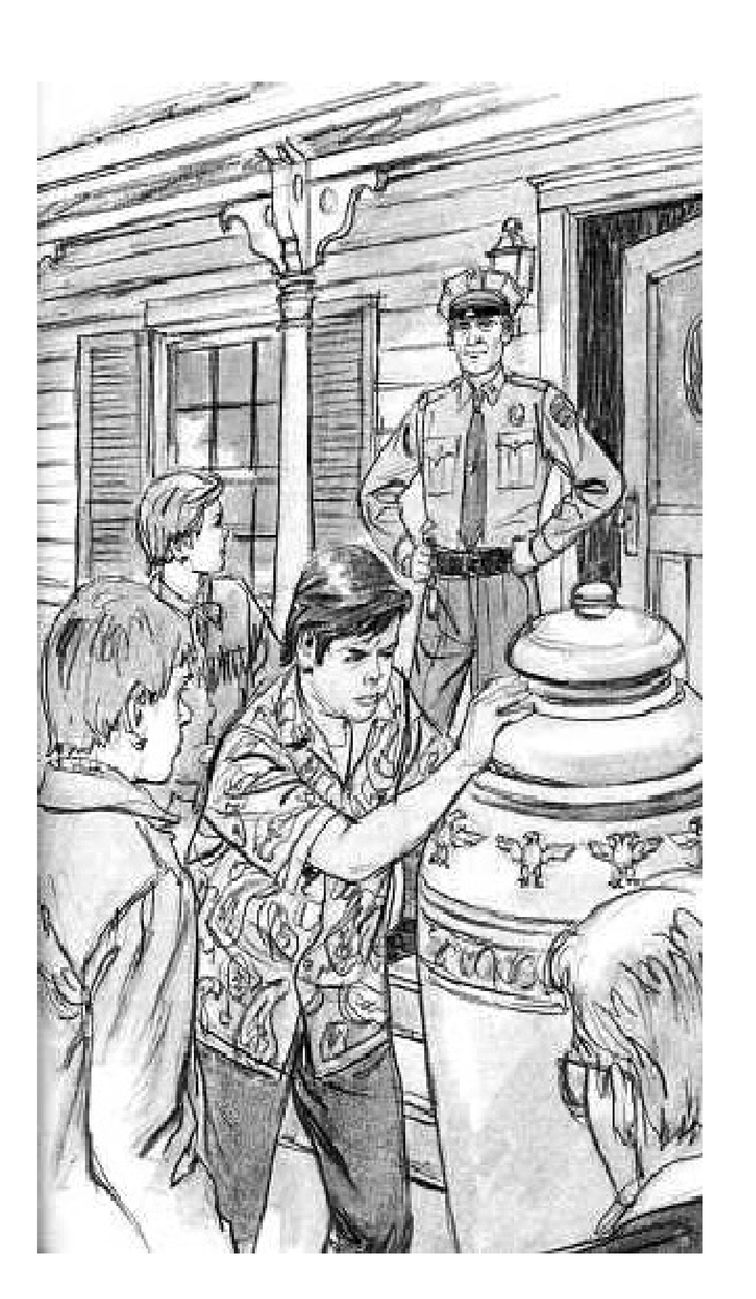
—Podría ser otra trampa —dijo Bob—, como aquel escondrijo secreto de la habitación. ¿Hay algo dentro?

Jupiter trató de levantar la tapadera del jarrón, pero ni se movía. Probó a desenroscarla y tampoco pudo. Se fijó en los lados del jarrón y en el pedestal que lo sostenía y que estaba fijado al escalón. Luego presionó sobre el águila de una sola cabeza como había hecho antes con el ojo encajado en la placa, pero nada sucedió.

—Realmente es una trampa —murmuró—. Nunca se ha intentado abrirlo.

El comisario salió al porche.

—Si no lo supiera bien —habló dirigiéndose a todo aquel que quisiera prestarle atención—, diría que la casa está encantada.



—Es algo misterioso —convino Jupiter. Y siguió diciéndole al comisario que él había percibido un olor muy extraño de algún producto químico, al tocar las huellas recién quemadas.

—¿Podrías reconocer ese olor? —le preguntó el comisario—. ¿Era keroseno, o algo así?

—No —respondió Jupiter—. Era de algo completamente desconocido; un olor ácido muy picante.

—Hum —dijo el comisario—. El laboratorio tiene muestras del linóleo chamuscado. Tal vez allí puedan descubrir algo. Y vosotros, muchachos, ¿tenéis algo más que decirme sobre todo este asunto?

Los Tres Investigadores se miraron uno a otro, y luego dirigieron la vista a Tom.

—No, señor —dijo Tom.

—Entonces ya os podéis ir —ordenó el comisario con frase tajante.

—Está bien —asintió Bob—. Yo debo irme a casa para cambiarme de ropa e irme a la biblioteca.

Jupiter cogió la bicicleta diciendo:

—Tía Mathilda estará extrañada.

Los Tres Investigadores se despidieron rápidamente de Tom y emprendieron el camino hacia Rocky Beach. En el cruce, cerca ya del «Patio Salvaje» de los Jones, Jupiter frenó y los otros muchachos le imitaron.

—Me gustaría saber si ese jovial pescador está mezclado con todos estos jaleos —dijo Jupiter.

—Creo que es sólo una casualidad —declaró Pete.

—Tal vez —le respondió Jupiter—. Sin embargo, suele presentarse precisamente en el momento antes de que las cosas sucedan, o a veces después. Su coche estaba aparcado delante de la casa del alfarero cuando ésta se registró y a mí me derribaron, intentó telefonear a la señora Dobson anoche, no mucho antes de que aparecieran las segundas huellas flameantes. Es posible que fuera el hombre que nos disparó desde la colina, pues podemos estar seguros de que los dos hombres de Hilltop House no lo hicieron.

—Pero ¿por qué lo hará?

—¿Quién lo sabe? —dijo Jupe—. Tal vez sea un aliado de los dos hombres de Hilltop House. Si lográramos solucionar el secreto

del alfarero, podríamos saber muchas cosas —Jupiter metió la mano en el bolsillo y sacó el documento que había encontrado en la falsa chimenea—. Toma —dijo a Bob mientras se lo entregaba—, ¿habrá alguna posibilidad de que puedas identificar el idioma en que está redactado este pergamino e incluso de que nos lo traduzcas?

—Apostaría a que está escrito en el idioma de Lapathia —dijo Bob—. Haré cuanto pueda.

—Está bien. Y además, si pudiéramos encontrar más datos sobre los Azimov, nos ayudarían mucho. El apellido Kerenov que aparece en el documento es lo más insinuante.

—¿El artífice de la corona? Conforme. Ya lo miraré.

Bob puso en su bolsillo el sobre y se alejó con su «bici».

—¿Qué hora es? —preguntó Pete con cierto nerviosismo—. Mi madre estará muy preocupada.

—Solamente son las nueve —le dijo Jupiter—. ¿Tan preocupada quieres que esté? Yo creía que aún tendríamos tiempo de ir a hacer una visita a la señora Hopper.

—¿A la posada «Seabreeze»? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Nada en absoluto. Pero es la patrona de aquel elegante pescador, y normalmente se toma un interés extraordinario en que sus huéspedes se encuentren bien.

—Conforme —accedió Pete—. Vamos a verla. Pero no pasemos todo el día en eso. Yo quiero llegar a casa antes de que mi madre coja el teléfono y llame a tu tía.

—Es una medida muy prudente —le contestó Jupe.

Los dos muchachos escucharon una conversación con la doncella, María, y se mostraba preocupada.

—Esto no puede seguir así —estaba diciendo la señora Hopper —. Lo que tiene que hacer es pasar por alto la habitación número 113 y volver a ella inmediatamente después de la comida.

—Pues arrégleselo usted como sea —le interrumpió bruscamente María, y se fue presurosa, empujando delante suyo la carretilla cargada con todos los utensilios de limpieza.

—¿Pasa algo, señora Hopper? —le preguntó Jupiter.

—¡Hola, Jupiter! Y Pete, ¿tú también por aquí? Buenos días. Realmente no es nada de importancia. Se trata solamente de que el señor Farrier ha puesto en la puerta de su habitación el cartelito

indicando que no le molesten, y María no puede entrar a arreglarle la habitación. Y cuando ella no puede seguir con la rutina de todos los días, eso la saca de quicio.

La señora Hopper dudó por un momento, y luego dijo con algo de socarronería:

—Yo oí anoche llegar al señor Farrier y entrar en la habitación; pero en realidad eran las tres de la madrugada, o sea esta mañana.

—¿Hasta las tres de la madrugada? —exclamó Pete.

—Eso es muy interesante —dijo Jupiter—. La mayoría de los pescadores son gente que suele levantarse muy temprano.

—Siempre lo he oído decir así —dijo la señora Hopper—. El señor Farrier estuvo tan atento con la señora Dobson ayer, que suponía pudo ayudarle a instalarse en la casa.

—No, señora Hopper —negó Jupiter—. Nosotros acabamos de venir de casa del alfarero, y el señor Farrier no ha pasado la noche allí.

—Entonces, ¿dónde suponéis que haya podido estar ese hombre hasta esa hora? —preguntó la señora Hopper—. Bueno, pero eso es cosa que sólo a él le concierne, por supuesto. ¿Cómo se encuentra esta mañana la pobre señora Dobson? La he visto hace un rato, conduciendo su coche.

—Dentro de lo que cabe está bastante bien. Ha venido a la ciudad a presentar un informe al comisario Reynolds. Quiere que se encuentre a su padre.

Jupiter no dudó en hacer esa confidencia a la señora Hopper, que siempre solía descubrir las cosas.

—Es lo más natural —dijo la señora Hopper—. Qué cosa tan extraña ha hecho el alfarero al desaparecer de esa forma, sin decir una palabra a nadie. Pero vamos, siempre ha sido una persona rara.

—Eso es, por cierto —afirmó Pete.

—Bien; nos hemos de ir ya, señora Hopper —se despidió Jupiter —. Creíamos que le gustaría saber que la señora Dobson y su hijo están bien y se han acomodado en la casa del alfarero. Como usted siempre se toma tanto interés por sus huéspedes…

—Eres muy amable, Jupiter —agradeció la señora Hopper.

—Y espero que el señor Farrier se levante antes de la hora de la comida.

—Eso le agradaría mucho a María —comentó la señora Hopper

—. ¡Pobre hombre! No se le puede juzgar con severidad. ¡Tiene tan mala suerte!

—¿Cómo es eso? —preguntó enseguida Jupiter.

—Sí. Hace cuatro días que está aquí, a donde ha venido sólo a pescar, y todavía no ha cogido nada.

—¡Qué tremenda desilusión! —exclamó Jupiter.

Acto seguido los dos muchachos se despidieron de la señora Hopper. Y en cuanto llegaron a la calle, Pete le preguntó:

—¿Dónde se puede ir a las tres de la madrugada en Rocky Beach?

—A mí se me ocurren varios sitios —sugirió Jupiter—. Uno, desde luego, puede ser ir a pescar a la luz de la luna. O tal vez estar esperando a alguien en una colina, con un arma. O también puede estar divirtiéndose viendo cómo asusta a la gente con huellas flameantes.

—Yo me quedaría con esa última —dijo Pete—, si existiera alguna posibilidad de que hubiera podido entrar en aquella casa. Jupiter, todas las ventanas de la planta baja están cerradas. Hay dos cerraduras y un cerrojo en la puerta de delante, y una cerradura normal con cerrojo sin retroceso en la de detrás. No pudo haber entrado de ninguna forma.

—Pues alguien lo hizo —replicó Jupiter.

—A fe mía que sólo una persona pudo entrar —razonó Pete—. El alfarero es la única persona que tiene llaves.

—Lo que nos lleva de nuevo a la pregunta de por qué —le hizo razonar Jupiter.

—Tal vez no le guste tener huéspedes en casa.

—Tú sabes que eso es ridículo.

—Pues la otra suposición es todavía más tonta —dijo Pete—. Se ha muerto, se ha ido al otro mundo, y ahora vuelve para encantar la casa.

Y al acabar de decir esto, Pete subió a la «bici» y se fue hacia casa.

Jupiter regresó al «Patio Salvaje» de los Jones para entendérselas con una tía Mathilda, siempre ansiosa, y un tío Titus, siempre interesado.

—¿Cómo está la señora Dobson? —fue la primera pregunta de tía Mathilda.

—Se encuentra mejor esta mañana —le explicó Jupiter—. Anoche estaba muy emocionada, por no decir histérica.

—¿Por qué? —preguntó su tío.

—Se vieron otras huellas flameantes, y esta vez en la escalera —les contó Jupiter.

—¡Santo Dios de los cielos! —exclamó tía Mathilda—. ¿Y todavía insiste en quedarse en aquella casa?

—Tía Mathilda, no creo que se encontrase anoche en condiciones de moverse de allí —dijo Jupiter.

—Jupiter, deberías habérmelo dicho —le increpó su tía—. Y en seguida. —Volviéndose hacia su marido, dijo—: Titus Andrónicus Jones.

El tío Titus siempre prestaba atención solícita cuando alguien le llamaba por su nombre y apellidos.

—¿Qué quieres, Mathilda? —le preguntó.

—Saca la camioneta. Hemos de subir enseguida allí y persuadir a esa pobre y descaminada criatura para que salga de esa terrible casa antes de que le ocurra algo.

El tío Titus se fue por la camioneta.

—En cuanto a ti, Jupiter —le amonestó su tía con tono severo—, estoy muy disgustada contigo. Te tomas demasiada preocupación. Lo que necesitas es algún trabajo en que ocuparte y así mantenerte entretanto lejos de cualquier trastada.

Jupiter no le replicó. La tía Mathilda era una gran admiradora del trabajo aun cuando no hubiera percance a la vista.

—Ahí están esos adornos de jardín, de mármol, que trajo tu tío de aquella casa en ruinas de Beberly Hills —dijo su tía—. Están muy sucios. Ya sabes dónde están el cubo y el jabón.

—Sí, tía —respondió Jupiter.

—Y mucho músculo, ¿eh? —ordenó su tía.

Los dos tíos se fueron con la camioneta. Jupiter dejó libre un poco de espacio en el patio y puso manos a la obra con agua de jabón calentita. Tenía por delante unas figuras de mármol y ánforas de jardín. Todo estaba recubierto de suciedad, de tierra y de moho. Estaba restregando y limpiando la cara de un angelito regordete que sostenía en la mano una manzana, cuando Hans acudió a verle.

—Ya he visto que tu tía te estaba hablando —dijo Hans, echando una ojeada al cepillo y al cubo.

Jupiter asintió con la cabeza, siguió restregando el ángel de mármol y luego pasó a un jarrón combado, con adornos de racimos de uvas por los lados.

—¿Dónde está la gente? —Hans demostraba ganas de saber algo —. He estado por dentro de casa y no he encontrado a nadie allí, ni tampoco en el despacho.

—Los tíos se han ido a casa del alfarero, a ver a la señora Dobson.

—¡Hum! —murmuró Hans—. Yo no subo a aquella casa ni por un millón de dólares. Ese paraje está encantado. Ese extravagante alfarero anda dando vueltas por allí, con los pies descalzos. Tú lo viste y yo también.

—Sí, nosotros vimos las huellas, pero no al alfarero —le contestó Jupiter mientras se sentaba apoyándose en los talones.

—¿Quién otro pudo haber sido? —preguntó Hans.

Jupiter no le respondió. Se quedó contemplando el jarrón, una obra tan desmañada, y le vino al pensamiento aquellas obras de arte tan preciosas que realizaba el alfarero.

—Los jarrones que hay en el porche del alfarero son mucho mejores que éste —comentó.

—Ya, ya. Sus obras son buenas, pero él, a pesar de todo, es un estrafalario.

—No; yo no lo creo así —dijo Jupiter—. Con todo, estoy pensando y quisiera saber por qué una de las águilas de aquel jarrón tiene sólo una cabeza.

—No hay nada de malo en que un águila tenga una sola cabeza —manifestó Hans.

—Es cierto. Sólo que el alfarero parece que las prefería con dos —respondió Jupiter.

Capítulo 14

El jovial pescador

Pasaba ya del mediodía cuando tía Mathilda y tío Titus regresaron al «Patio Salvaje» con el convencimiento de que Eloisa Dobson era la criatura más testaruda que había en la superficie de la tierra. A pesar de los razonamientos del comisario Reynolds y de la fuerza de persuasión de tía Mathilda, la señora Dobson había dicho con firmeza y también con un poco de enfado que nadie iba a conseguir que saliera de la casa de su padre.

—Pero si ella misma estuvo a punto de marcharse anoche —exclamó Jupiter.

—Entonces debías haber logrado que saliera —atajó tía Mathilda, que marchó presurosa dentro de casa a preparar la comida.

Jupiter limpió la última de las piezas de mármol con la manguera y entró en casa para ducharse. Después de comer volvió al patio. Su tía se había olvidado de darle instrucciones para la tarde, así que se encaminó al cuartel general por el túnel número dos, y de allí se escapó sin ser visto, saliendo por la puerta roja pirata. Desde allí se dirigió corriendo a la comisaría de policía de Rocky Beach.

Jupiter encontró al comisario Reynolds sentado a su mesa y pensativo.

—¿Qué te trae por aquí, Jones? —le preguntó el comisario.

—Hay un hombre alojado en la posada «Seabreeze» que ha estado excesivamente atento con la señora Dobson —dijo Jupiter.

—En ese aspecto, creo que es la propia señora Dobson quien se ha de preocupar —respondió el comisario.

—Eso no es lo que me inquieta —siguió diciendo Jupiter—. Ha hecho creer a la señora Hopper que ha venido aquí para pescar. Sin embargo, todavía no ha cogido nada.

—¿Sí? A eso se le llama mala suerte.

—Es posible que sea así, pero da la coincidencia que su coche estaba aparcado frente a la casa del alfarero el sábado, cuando a mí me atacaron estando dentro de la casa, en el despacho. Además, intentó visitar a la señora Dobson anoche, no mucho antes de que aparecieran en la casa, por segunda vez las huellas flameantes. Y por último, tenemos su vestimenta.

—¿Qué pasa con su vestimenta?

—Que todas las prendas están nuevas y flamantes, basta con mirarle —prosiguió Jupiter—. Parece como si se hubiera preparado como un actor de cine que tuviera que filmar. Por otra parte, la ropa que lleva no encaja en absoluto con el coche que conduce. Es viejo y un poco estropeado. Es un «Ford» de color tostado. Tal vez usted debiera telefonear a Sacramento para comprobar la matrícula del coche y a nombre de quién está. Ese hombre se llama Farrier.

—Y seguramente se llamará así porque ése es su apellido —dijo el comisario—. Mira, Jones, ya sé que te consideras el más importante y el más grande después de Sherlock Holmes, pero desearía que abandonaras ese negocio de entrometerte donde no te llaman. Y no creas que no tengo auténticos problemas. Esa señora Dobson parece que está esperando que yo haga aparecer a su padre ausente, si es que él es su padre, lo más tarde al anochecer. Con mi numerosa plantilla de ocho hombres, ¿cómo voy a salir y recorrer toda la costa del Pacífico para encontrar a un hombre que no quiere que lo busquen y lo descubran? También supone que voy a imaginarme cómo ha podido entrar alguien en una casa con las cerraduras echadas y ha prendido fuego en la escalera.

—¿Ha recibido usted ya algún informe del laboratorio sobre el linóleo chamuscado? —le preguntó Jupiter.

—Cuando lo tenga, puede que seas el último en saberlo —le contestó el comisario Reynolds—. Y ahora vete y deja que me pase el dolor de cabeza que tengo.

—¿Entonces no piensa telefonear a Sacramento? —insistió Jupiter.

—No; no lo pienso hacer. Y si continúas molestando a ese

caballero de Farrier, personalmente te declararé «estorbo público».

—Bueno, está bien —se resignó Jupiter.

Abandonó el despacho del comisario y se dirigió, lo más aprisa que pudo, a la posada «Seabreeze». Al llegar vio con satisfacción que el «Ford» de color tostado no estaba en la zona de aparcamiento. Él sabía que la señora Hopper era aficionada a la siesta por las tardes y puede que estuviera descabezando un sueño tranquilamente en su propia habitación. A excepción de un huésped o dos, sólo estaba María, con la que se las tendría que ver.

No había nadie en el vestíbulo de la posada, y la puerta situada tras la mesa se encontraba cerrada. Jupiter se acercó de puntillas a la mesa. La señora Hopper era una patrona excesivamente meticulosa, y Jupiter lo sabía muy bien. Por eso encontró enseguida la llave supletoria de la habitación 113; estaba donde debía estar, en el casillero numerado que había en el cajón de abajo de la mesa de la señora Hopper. Jupiter sacó la llave sin hacer el menor ruido, se la metió en el bolsillo y salió a la galería. A María no se la veía por ninguna parte, ni había huéspedes sentados en la terraza que daba a la playa.

Jupiter, con las manos en los bolsillos, se paseó tranquilamente por la galería, y cuando llegó a la puerta de la habitación 113 se detuvo y esperó, prestando mucha atención. Nadie daba señales de vida en parte alguna.

—Señor Farrier —dijo, llamando suavemente a la puerta.

El señor Farrier no contestó.

Con mucho cuidado Jupiter metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y penetró en la habitación.

—Señor Farrier —dijo otra vez con voz baja.

Pero la habitación estaba vacía; vacía y limpia. María había tenido tiempo de hacer la cama y limpiar la alfombra.

Jupiter cerró la puerta con cuidado y empezó el trabajo. Los cajones del escritorio estaban vacíos, lo mismo que los de la mesa. El señor Farrier no se había molestado en sacar las cosas de aquellas magníficas maletas, excepto algunas chaquetas de deporte que estaban colgadas en el armario, junto con media docena de camisas limpias y varios pares de pantalones azules con la raya bien marcada. Jupiter palpó los bolsillos de todas esas prendas, pero estaban vacíos.

Luego, Jupiter prestó atención a las maletas. Eran dos. Una estaba abierta encima de una banqueta situada a los pies de la cama, y contenía lo que todo el mundo supone que hay en una maleta: pijamas, calcetines, un par de zapatillas que parecían por estrenar, ropa interior y, en un montoncito debajo de todo, unas cuantas piezas de ropa sucia.

La otra maleta estaba en el suelo, cerca de la banqueta. Estaba cerrada, pero Jupiter comprobó que no tenía echada la llave. Contenía más ropa, toda ella nueva, con las etiquetas de varias tiendas de artículos de caballero de Los Ángeles. Una camisa todavía tenía adherida la etiqueta con el precio, y Jupiter se quedó con la boca abierta cuando vio lo que había costado.

Los dedos de Jupiter tropezaron con papeles en el fondo de la maleta. Sacó la ropa con cuidado para no revolverla, y observó aquellas hojas de periódico que estaban dobladas. Era la sección de anuncios clasificados del periódico «Los Ángeles Times». Uno de ellos, en la sección de «Personal», había sido enmarcado dentro de un círculo. Decía así: «Nicolás. Estoy esperando. Escribe a Alexis al apartado de Correos 213, Rocky Beach, Ca.».

Jupiter sacó el periódico. Debajo de éste había otra hoja que formaba parte de la misma sección de anuncios del «New York Daily News», y en él aparecía un aviso igual. También encontró un ejemplar del «Chicago Tribune» con el mismo aviso. Jupiter se fijó entonces en las fechas de los periódicos. Todos eran del 21 de abril de aquel mismo año.

Jupiter frunció el entrecejo y volvió a poner los periódicos en la maleta, en el mismo orden en que los había encontrado. Encima colocó nuevamente la ropa, cerró la maleta y la volvió a dejar en el suelo.

Aunque no sabía a qué había venido aquel apuesto pescador, Jupiter se convenció de que poco o nada tenía que ver con la pesca.

Luego inspeccionó rápidamente el cuarto de baño, que sólo tenía una máquina de afeitar y unas toallas limpias. Estaba a punto de salir por la puerta cuando oyó unos pasos acelerados en la galería. Una llave se introdujo en la cerradura de la habitación 113.

Jupe miró en torno suyo precipitadamente, vio que no se podía meter debajo de la cama y se introdujo en el armario ropero. Allí se ocultó tras una de las primorosas chaquetas del señor Farrier y

contuvo la respiración.

Desde su escondrijo oyó cómo el señor Farrier entraba en la habitación, tarareando una tonadilla. Se detuvo por un momento delante de la cama y enseguida entró en el cuarto de baño. La puerta se cerró y Jupiter oyó chorrear el agua en el lavabo.

Jupiter salió del armario y caminando aprisa de puntillas se dirigió hacia la puerta. La abrió en un santiamén. El agua continuaba chorreando en el lavabo. Jupiter salió de espaldas a la galería al mismo tiempo que dejaba la puerta cerrada tras sí. Cuando sólo quedaba una rendija por cerrar, aún pudo ver cómo el señor Farrier dejaba caer algo encima de la cama.

El apuesto y arrogante pescador tenía un arma de fuego.

Capítulo 15

Jupiter concibe un plan

Pete había terminado de cortar el césped y se estaba preparando un refresco cuando sonó el teléfono.

—¿Pete? —le dijo Jupiter—, ¿puedes venir al cuartel general en cuanto acabes de cenar?

—Sí, pero con tal de que no vaya a durar toda la noche —respondió Pete—. Mi madre no me lo va a permitir dos veces seguidas.

—No vamos a estar toda la noche —le prometió Jupiter—. Tengo noticias nuevas e interesantes que puede que sean de utilidad para nuestro cliente. Ya he dejado un mensaje para Bob, y tal vez cuando éste regrese de la biblioteca tenga asimismo una información valiosa para todos.

—Ojalá que así sea —le dijo Pete.

Las esperanzas de Jupiter estaban bien fundadas. Cuando Bob apareció en el cuartel general aquella noche se tambaleaba bajo el peso de dos voluminosos libros con trozos de papel intercalados entre sus páginas, como señales previamente colocadas.

—Un diccionario del idioma de Lapathia —explicó Bob con cierto orgullo—. Es lapathiano-inglés. No os creeréis lo que me ha costado de conseguir. Tuvimos que hacer un préstamo especial a la biblioteca principal de Los Angeles. Mi padre me trajo los libros a casa, al volver del trabajo. El segundo es la historia completa de Lapathia.

—¡Magnífico! —exclamó Pete.

—¿Has podido descifrar el documento que encontramos en casa del alfarero? —le preguntó Jupiter.

—Casi todo; y el resto lo podemos deducir —dijo Bob—. Gracias a Dios, el idioma de Lapathia no es como el ruso, sino que usa el alfabeto normal. Pero creo que si tuviera que traducir de otro tipo de escritura, me resultaría imposible.

—¿Qué clase de documento es? —preguntó Jupiter.

Bob sacó el pergamino doblado de entre las páginas del diccionario y lo puso encima de la mesa y al lado de éste una hoja de papel en la que había estado traduciendo, a lápiz, con muchos tachones y añadidos, el mensaje que contenía el documento.

—Poco más o menos dice así: «Sepa todo el mundo que en este día, 25 de agosto del año 1920, Alexis Kerenov, habiendo alcanzado la mayoría de edad y habiendo jurado fidelidad a su monarca, es nombrado duque de Malenbad, y que a su cuidado y conciencia se confían la corona y el cetro de Lapathia, para que los guarde con su vida contra todos los enemigos, para tranquilidad del monarca».

Jupiter y Pete escuchaban con atención.

—Eso es todo —dijo Bob levantando la vista—. Luego viene el sello con el águila y una firma ilegible. La gente suele ser chapucera en cuanto a firmas.

—Y cuanto más importantes son, más todavía —confirmó Jupiter—. ¿Puede ser Azimov?

—Puede ser cualquier cosa —dijo Bob encogiéndose de hombros —. Probablemente es Azimov, o alguna variante, porque la familia Kerenov resultó ser un gran puntal en Lapathia. Boris Kerenov no se esfumó y desapareció, sino que fue rondando y resultó ser de mucha utilidad.

Bob abrió el segundo libro que había traído, por la página previamente señalada con un papel.

—Este libro tiene un índice —aclaró con satisfacción—, así que no necesitamos ir de aquí para allá. Boris Kerenov, que fabricó la corona para el viejo duque Federico, y más tarde le aconsejó cuando éste decidió proclamarse rey. Ayudó al nuevo monarca en el trazado de las calles en torno al castillo de Madanhoff, y vigiló todas las cosas que se tuvieron que llevar a cabo para la ampliación del castillo. Dispuso que los reyes utilizasen cetros, y por eso diseñó e hizo el cetro de los Azimov. Federico se mostró agradecido a su debido tiempo y le nombró duque de Malenbad. Malenbad, por una de esas extrañas coincidencias, fue el ducado que gobernó antaño

Iván «el Terrible».

—Espera un momento —le interrumpió Pete—. Vamos a seguir la pista de los hechos desde aquí. Iván «el Terrible». ¿No fue ése el individuo que se sublevó contra el duque Federico y no le quiso jurar lealtad? Y de resultas de ello fue muerto.

—Y su cabeza fue clavada en un palo en el castillo de Madanhoff. Éste es, pues. Kerenov consiguió el rubí de Iván para la corona imperial, y además los bienes de éste pasaron a ser de su propiedad, consiguiendo ser nombrado además duque y custodio de las joyas reales, cosa muy razonable ya que era su artífice, y de esa forma se hizo muy rico, y los Kerenov mantuvieron esa situación desde aquel día. Este libro está lleno de hechos de los Kerenov. Todos los primogénitos fueron duques de Malenbad y además custodios de la corona y el cetro.

Bob pasó a otra página del libro.

—Los Kerenov interesan casi más que los Azimov —prosiguió—. Durante un tiempo vivieron en el viejo castillo de Iván en Malenbad, pero desde hace unos 300 años abandonaron el castillo y se trasladaron a la capital, a Madanhoff, y creo que desearéis saber el motivo.

—¿Por qué nos ha de interesar saberlo? —preguntó Jupiter.

—Porque es tan oportuno que casi no puedo creerlo —dijo Bob —. Parece ser que había ciertas dificultades en Malenbad. Una de las hijas de Kerenov, llamada Olga, fue acusada de practicar la brujería.

—¿No era eso falso? —preguntó Pete—. Quiero decir, si no hubiera sido peligroso acusar a la hija del duque de ser una bruja.

—No tan falso como puedas creer —aclaró Bob—. Era uno de esos casos de histerismo, parecido a la supuesta brujería de Salem, y todo el mundo acusaba al prójimo. La muchacha había tenido la mala fortuna de caer en desgracia con su padre porque quería casarse con el posadero de la ciudad, y su padre no lo aprobaba. Además, él mismo se acusó. Fue amenazado de muerte y tuvo que llamar a los Azimov, que entonces gobernaban, para que vinieran en su defensa. Por eso su hija fue quemada en la hoguera.

—¡Vaya triunfo! —exclamó Pete.

—¿Quemada? —Jupiter dijo con especial atención—. ¿Y entonces los Kerenov dejaron el castillo de Malenbad?

—Sí. Como ves, después que fue quemada, la joven, o también podríamos decir su espíritu, continuó visitando el castillo, vagando por él y dejando…

—¡Huellas flameantes! —exclamó Jupiter.

—¡Exacto! —dijo Bob—. Por eso el castillo se abandonó, y ahora se encuentra en ruinas, y los Kerenov se establecieron en la capital hasta la revolución de la que tenemos noticias, alrededor del año 1925, en la que desaparecieron. Ya no hay otra mención de ellos en todo el libro.

Los Tres Investigadores permanecieron sentados en silencio por unos momentos, tratando de asimilar toda esa Información.

—Yo me atrevería a lanzar una suposición, basada en muy buenos informes, por cierto, gracias a Bob, sobre cuál es el verdadero nombre y apellido del señor Alejandro Potter —dijo Jupiter por fin.

—Si es que deduces que se trata de Alexis Kerenov, opino lo mismo que tú —confirmó Bob.

—Pero Tom decía que era un apellido muy largo, y que tenía muchas «ces» y «zetas» —replicó Pete.

—Sin duda alguna, no utilizaba su verdadero apellido cuando conoció a la abuela de Tom —contestó Jupiter—. Y recuerda su descripción.

—¿Olía así como a arcilla mojada? —preguntó Pete.

—Sí. Era muy nervioso; además tenía tres cerraduras en cada puerta. Hasta el día de hoy, cree mucho en las cerraduras. El alfarero es un hombre que guarda un secreto, y además que trataba de enviar un mensaje.

—¿Cuál? —preguntó Bob.

Jupiter les refirió brevemente su aventura de aquella tarde. Les contó cómo había logrado registrar la habitación del apuesto pescador; les dijo cómo había visto el arma, y también los periódicos con el mismo anuncio en los tres, en un diario de Nueva York, en «Los Ángeles Times» y en el «Chicago Tribune». Y todos publicados en el mismo día, el 21 de abril. Todos suplicando a Nicolás que escribiera a un tal Alexis, a un apartado de Correos de Rocky Beach.

—¿Nicolás? —repitió Bob.

—¿Tienes en el índice algún Nicolás que nos pueda servir de

ayuda? —preguntó Pete.

—Nicolás era el nombre del hijo mayor de Guillermo IV de Lapathia —dijo Bob, que volvió unas cuantas páginas más del libro y pasó el volumen a todos, para que pudieran ver la última fotografía tomada de la familia real de Lapathia. Efectivamente, allí estaba su majestad Guillermo IV, su extravagante esposa, y cuatro hijos, en fila, desde el joven más alto, que estaba de pie, detrás del monarca, hasta un niño que tendría unos diez años—. El que está de pie, detrás del rey, es el gran duque Nicolás —señaló Bob.

—Y Guillermo IV fue el que cayó por el balcón —añadió Jupiter —. De acuerdo con el relato que figura en la enciclopedia, la reina tomó veneno. ¿Qué le ocurrió a Nicolás?

—Se dice que se ahorcó.

—¿Y los otros hijos?

—Los dos de enmedio también se ahorcaron, según refirieron los generales que se adueñaron del poder. Y el pequeño sufrió un accidente en la bañera, se cayó y se ahogó.

—¡Hum! —Jupiter se pellizcó el labio con los dedos.

—Vamos a suponer por un momento que el gran duque Nicolás no se ahorcó. ¿Qué edad tendría hoy?

—Por encima de los setenta —dijo Bob.

—¿Cuántos años creéis que tiene el alfarero?

—Pues poco más o menos esa misma edad. Jupe, ¿no creerás que el alfarero puede ser en realidad el gran duque, verdad?

—No, desde luego que no. Yo creo que es Alexis Kerenov, que se esfumó el mismo día que se aniquiló a la familia Azimov. Y a propósito, ¿qué día ocurrió eso?

Bob consultó el libro.

—El 21 de abril de 1925.

—Y el 21 de abril de este año, alguien llamado Alexis, que sospechamos que es el alfarero, publicó un anuncio en los periódicos de poblaciones muy distantes del país, suplicando a un tal llamado Nicolás que se comunicara con él por escrito. Parece que esos anuncios han atraído al señor Farrier, que en realidad no es pescador, a Rocky Beach. Él no puede ser Nicolás Azimov, porque es demasiado joven para serlo.

—Tal vez los mismos anuncios han atraído aquí a esos dos sujetos desde Lapathia —dijo Bob—. A propósito, hay una pequeña

información sobre el general Kaluk, que se encontraba presente cuando la matanza, y ha sido uno de los generales que han gobernado Lapathia desde entonces. Hay una fotografía suya en la página 433.

Jupe volvió las páginas hasta encontrarla.

—La inscripción al pie de la foto indica que el general tenía 23 años cuando se tomó, el año 1926 —dijo—. No ha cambiado mucho, pues tampoco entonces tenía pelo. Pero lo que quisiera saber es si realmente es calvo o se afeita la cabeza. Ello sería un nuevo medio de impedir aparentar la edad que tiene. Si una persona se afeita la cabeza y las cejas, nunca mostrará las canas.

—O debe tener un trabajo poco pesado para evitar encorvarse poco a poco —argumentó Pete.

—El general, ciertamente no se ha encorvado por los años —dijo Jupiter—. Debe tener la misma edad que el gran duque Nicolás, si es que todavía vive, y que el alfarero. Con todo, no creo que haya sido el anuncio lo que le ha hecho venir aquí, a Rocky Beach, sino que fue la foto publicada en «Westways». Demetrieff reside en realidad en Los Ángeles, ya que la Cámara de Comercio de Lapathia tiene allí una agencia. Recordad que Kaluk dijo que el alfarero había aparecido en nuestros periódicos. Las únicas noticias que tengo es que «Westways» es el único periódico que ha publicado una fotografía del alfarero. Demetrieff pudo haberla visto, y haber reparado en el medallón, y por eso informó a sus superiores de Lapathia.

—Y por eso vino el general.

—Sí. Una persona muy desagradable. Sin embargo, todas estas suposiciones no aportan ninguna ayuda eficaz en favor de nuestro cliente Tom. Lo que se deduce claramente es que alguien que conoce la historia de la familia de los Kerenov y el cuento de las huellas flameantes en el castillo encantado, está tratando de asustar a la señora Dobson y a su hijo, para alejarlos de la casa. Sólo puede haber una razón para ello: la creencia de que la casa encierra algo de valor. Ahora bien, la señora Dobson no sabe nada de los Kerenov, y tiene un carácter muy tenaz, y por eso se niega a salir de allí. Si pudiéramos persuadir a la señora Dobson y a Tom para que abandonaran la casa y volvieran a la posada, o incluso se fueran a Los Ángeles, tal vez fuéramos testigos de algunos hechos más

significativos que las huellas flameantes.

—Algo así como preparar una trampa —dijo Pete.

—Sí, excepto que en ese caso, la trampa puede estar vacía. La señora Dobson y Tom no pueden continuar en la casa. Los dos hombres que hay en Hilltop House no se han movido para nada desde que ella llegó, y el hombre que se llama Farrier no ha hecho otra cosa de provecho más que tratar de tomar café con la señora Dobson. Y por supuesto, el alfarero continúa entre las personas desaparecidas.

—Por eso hemos de conseguir que la señora Dobson se vaya y luego observaremos qué pasa —intervino Pete.

—Exacto. Y tendremos que ir con mucho cuidado.

—Te habrás de mostrar muy persuasivo —concluyó Pete—. Hay ocasiones en que la señora Dobson me recuerda a tu tía Mathilda.

Capítulo 16

La trampa tendida

Eran ya más de las siete, cuando los Tres Investigadores llegaron a la casa del alfarero. Pete llamó a la puerta y Jupiter dio unas voces para que le reconocieran.

Tom Dobson abrió.

—Llegáis a tiempo —les dijo—. Entrad.

Los muchachos siguieron a Tom hasta la cocina, donde encontraron a la señora Dobson sentada en una silla y contemplando dos llamas verdes que apenas oscilaban ya y se iban apagando en el linóleo, cerca de la puerta de la bodega.

—Como veis —les dijo, sin demostrar estar impresionada—, estas cosas acaban por no afectarle a uno en lo más mínimo.

—¿Dónde se encontraba usted cuando empezaron a verse? —le preguntó Jupiter.

—Arriba —dijo la señora Dobson—. Se oyó una especie de chasquido y Tom bajó a ver qué pasaba. Ahí estaban esas huellas tan divertidas, en número superior a las que todavía habéis contemplado.

—¿Queréis registrar la casa? —les dijo Tom—. Yo iba a hacerlo cuando habéis llamado.

—Dudo que podamos descubrir algo nuevo —le respondió Jupiter.

—Además que ya la hemos registrado —agregó Pete—. Y lo mismo han hecho los hombres del comisario Reynolds.

—¿Ha tenido usted por casualidad alguna noticia del comisario? —preguntó Jupiter.

—Ni una palabra —respondió Eloisa Dobson.

—Señora Dobson —empezó Jupiter, yendo directamente a la finalidad de su visita—, creemos que usted debería abandonar esta casa, y cuanto antes mejor.

—¡No la abandonaré! —contestó la señora Dobson—. He venido a ver a mi padre, y no me moveré de aquí hasta que lo vea.

—La posada «Seabreeze» no está lejos —le insinuó Bob con toda delicadeza.

—La tía Mathilda se alegraría de tenerla en su casa unos días —le indicó Jupiter.

—Usted no tiene que irse de Rocky Beach, sino solamente salir de esta casa —dijo Pete.

La señora Dobson miró fijamente a los tres.

—¿Qué es lo que estáis tramando? —preguntó.

—¿A usted no se le ha ocurrido pensar que alguien está tratando de asustarla para que abandone esta casa? —le preguntó Jupiter.

—Naturalmente que lo he pensado. Y quisiera ser la persona más ingeniosa del mundo para que no me ocurriera eso. Bien, eso a mí ya no me asusta tan fácilmente.

—Es que nosotros creemos que la persona que hace que esas pisadas aparezcan ardiendo no es simplemente un chantajista —dijo Jupiter—. Quienquiera que sea, sabe muchas cosas sobre su padre y sobre la historia de su familia. Sabe mucho más que usted, aun cuando no puede sospechar qué poco le han contado a usted. Nuestra suposición es que quiere tener campo libre. Quiere registrar esta casa sin que nadie le estorbe, y nosotros le proponemos que le dé esa oportunidad. Váyase, por favor, ahora que todavía es de día. Dele una oportunidad para que vea que efectivamente usted se va. Y quédese en Rocky Beach. Pete, Bob y yo observaremos qué pasa en cuanto usted se haya ido.

—¡No es eso lo que os proponéis! —exclamó la señora Dobson.

—Sí, es así, créanos —dijo Jupiter.

—Lo que vosotros queréis es que yo me vaya y que dejemos que ese tipo estrafalario que anda rondando por la casa haciendo que aparezcan esas huellas flameantes, entre a sus anchas y lo destroce todo.

—Creo que es la única manera de que podamos descubrir la finalidad que se oculta tras todo esto; la desaparición de su padre, el registro de la casa el día que usted llegó, las huellas flameantes,

en fin, todo.

Eloisa Dobson frunció el ceño y dirigió la mirada a Jupiter.

—El comisario Reynolds me habló de ti —explicó—. Y también de ti, Bob, y de Pete. Me dijo, si mal no recuerdo, que vuestro talento para resolver dificultades y problemas sólo lo supera vuestra habilidad en imaginaros cosas.

—Un cumplimiento un poco confuso —comentó Jupiter.

—Conforme —dijo la señora Dobson, poniéndose en pie—. Tom y yo vamos a recoger las cosas y nos vamos, cuanto antes. Así os podéis esconder donde sea y vigiláis la casa. Y quiero que antes me acompañéis parte del trayecto. Incluso podemos dejar la puerta abierta para que ese tipo, quienquiera que sea, pueda entrar fácilmente. Aunque creo que no ha tenido dificultad alguna en hacerlo hasta ahora, siempre que ha querido. Pero a no ser que ese sujeto esté verdaderamente interesado por la cerámica, no sé qué espera encontrar. No hay absolutamente nada.

—Tal vez no sea así —dijo Jupiter—. Ya veremos.

—Bueno, una cosa —dijo la señora Dobson—. Me gustaría saber cuál es ese gran secreto, tan enigmático, que hay oculto respecto al árbol genealógico de la familia de mi padre.

—Señora Dobson, realmente ahora no disponemos de tiempo para explicárselo —le contestó Jupiter—. Dentro de media hora estará ya oscuro. Por favor, dese prisa y váyase cuanto antes.

—Conforme. Pero aún hay otra cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó Jupiter.

—En el momento en que Tom y yo lleguemos a la ciudad me iré directamente a la comisaría e informaré al comisario Reynolds de todo lo que habéis planeado —les advirtió la señora Dobson—. Si se os presenta alguna situación difícil vais a necesitar ayuda.

Los Tres Investigadores permanecieron callados un momento. Al cabo dijo Jupiter:

—Puede que ésa sea una excelente idea.

—Oye, Jupiter. Creo que lo echaremos todo a perder si la Policía viene tocando la sirena del coche —manifestó Pete.

—Estoy seguro de que la señora Dobson persuadirá al comisario para que no vengan haciendo sonar la sirena —dijo Jupiter—. Vamos a ir con usted parte del camino hasta Rocky Beach con las bicicletas. Cuando usted haya perdido de vista la casa, nosotros nos

detendremos, esconderemos las bicicletas entre la maleza junto a la carretera y volveremos aquí. Los matorrales de la colina están ahora lo suficientemente crecidos para que nadie nos pueda ver, ni desde la carretera ni desde Hilltop House. Dígale al comisario Reynolds que estaremos observando detrás del seto de adelfas que hay a espaldas de la casa.

—Bueno, ¿nos vamos ya? —suplicó Bob. Su tono de voz quería dejar traslucir la urgencia del caso—. Se está haciendo de noche.

—Vamos, Tom —dijo la señora Dobson. Los dos subieron las escaleras a toda prisa, y los Tres Investigadores, que se quedaron en la cocina esperando, pudieron oír que los cajones se abrían y se cerraban, lo mismo que las puertas de los armarios, y que las maletas se dejaban caer en el suelo.

A los tres o cuatro minutos bajaba ya la escalera la señora Dobson, con una maleta pequeña y un estuche de aseo en las manos. Le seguía Tom con dos grandes maletas.

—Esto es un récord de velocidad —dijo Jupiter satisfecho—. ¿Lo tienen todo, cepillos de dientes, etc.?

—Sí, todo —dijo la señora Dobson—. Pero cuando lo saque todo ya verás qué enorme lío de cosas hay en las maletas.

—Todo eso se puede solucionar más tarde —dijo Jupiter, que tomó la maleta a la señora Dobson. Pete cargó con una de las que llevaba Tom. Jupiter lanzó una mirada en torno suyo y dijo:

—Vamos.

Cruzaron el vestíbulo y se encaminaron hacia la puerta. Al pasar por delante del despacho, la señora Dobson vaciló un momento, y dijo:

—¡Esperad! Tom, ve y coge la caja.

—¿Qué caja? —preguntó Pete.

—Estuve revolviendo los papeles y las cosas de mi padre —dijo la señora Dobson, con un tono de voz algo retador—. No es que me metiera donde no me importa, ¿comprendéis?, pero quería averiguar cosas, y me encontré con una caja y algunos efectos personales dentro. No es nada importante. Una foto de mis padres el día de su boda, un montón de cartas de mi madre y algunas mías, y… Jupiter, no quiero que nadie sepa nada más sobre esto.

—Lo comprendo, señora Dobson —dijo Jupiter, mientras recogía Tom la otra maleta. Ésta entró en el despacho y sacó con una caja

de cartón de unos treinta centímetros.

—Creo que mi abuelo se lo guardaba todo.

Pete abrió la puerta y fueron saliendo todos, de uno en uno, encaminándose hacia el coche de la señora Dobson que estaba aparcado junto al cuarto trastero que había en el jardín de la entrada de la casa. Jupiter, levantando la voz, dijo:

—Siento que haya decidido abandonar la casa, señora Dobson.

—¿Qué? —respondió ella.

—Simule que está asustada —le susurró Jupiter.

—Ya, ya —le respondió. Entonces, casi chillando, dijo—: Jupiter, si crees que me voy a estar aquí mientras alguien trata de prender fuego a la casa, estás completamente equivocado.

Y la señora Dobson dejó el estuche de aseo en el suelo, junto a su coche, y abrió el portamaletas.

—Por lo que a mí respecta —dijo también en voz alta, para que todos pudieran oírle—, preferiría no haber tenido padre, y haber nacido huérfana de él.

Con muchos bríos fue dejando las maletas en el portamaletas, mientras continuaba diciendo:

—Y si nunca más vuelvo a ver Rocky Beach o esta casa, tanto mejor para mí. Tom, dame esa caja.

Tom entregó la caja que contenía antiguas cartas a su madre, y ésta la iba a dejar en el coche. De repente:

—Aguántela, no la deje —dijo una voz que salía de detrás del cuarto trastero del alfarero.

Los Tres Investigadores y los Dobson se volvieron. Allí, a la luz mortecina y dorada del crepúsculo, pudieron ver al apuesto pescador, con un revólver en la mano.

—¡Todo el mundo quieto! —dijo Farrier—. Que no se mueva nadie y nada le pasará.

El pescador apuntó el arma a Eloisa Dobson.

—Creo —dijo Pete—, que algo nos ha fallado en nuestros cálculos.

—¡Dame la caja! —ordenó Farrier—. O mejor todavía, ábrela y vacíala en el suelo.

—Sólo contiene cartas antiguas que le escribían a mi abuelo —dijo Tom.

—Ábrela —gritó Farrier—. Quiero verlo.

—No discutas con este hombre —le aconsejó Jupiter.

Tom lanzó un suspiro, sacó la caja del portamaletas, la abrió y volviéndola dejó caer su contenido en el suelo. Un montón de sobres cayó al suelo.

—¡Estaba llena de sobres! —exclamó el pescador. Y su tono de voz denotaba realmente sorpresa.

—¿Qué esperaba usted encontrar, una diadema de brillantes? —le preguntó Tom.

Aquel hombre dio un paso hacia delante.

—¿Qué…? —empezó a decir, y de repente se detuvo—. ¡Las maletas! —ordenó—. Entradlas otra vez en la casa; creo que son demasiado pequeñas, pero ya lo veremos ahora detenidamente.

Eloisa Dobson se agachó y recogió las cartas, que volvió a poner dentro de la caja, mientras los muchachos sacaban las maletas del coche descapotable. Acto seguido los Dobson y los Tres Investigadores marcharon en fila de nuevo hacia la casa, seguidos por el señor Farrier, que les seguía apuntando con el arma.

En el vestíbulo, los muchachos fueron obligados a vaciar las maletas en el suelo, y eso encolerizó todavía más a la señora Dobson. También tuvieron que abrir la maleta de Tom, que el señor Farrier inspeccionó a sus anchas, una vez vaciada en el suelo.

—Así que ustedes no lo encontraron —dijo Farrier al fin—. Yo estaba seguro de ello, cuando vi esa caja de cartón…

—¿Encontrar qué?, por todos los santos —preguntó la señora Dobson.

—¿No lo sabe usted? —dijo Farrier, y su voz se cambió en un tono muy lisonjero.

—No, en realidad usted no lo sabe. Vale más así. De hecho, mi querida y encantadora señora Dobson, es como si usted no lo hubiera encontrado. Bueno, y ahora todo el mundo abajo, a la bodega.

—¡No bajaré! —exclamó la señora Dobson.

—Sí, señora Dobson, usted bajará —le dijo Farrier—. Yo ya he registrado la bodega. Las paredes están hechas de ladrillo macizo y el piso de cemento, y todo está intacto desde hace décadas, así que será un lugar magnífico para que todos estén allí quietos hasta que yo termine mi trabajo. Como verán, no hay ventanales en esa bodega.

—Fue usted, pues, quien registró la casa el sábado pasado —dijo en tono acusador Jupiter.

—Desgraciadamente no tuve tiempo de terminar —dijo Farrier—. En esa ocasión sólo encontré una cosa muy valiosa. —Y Farrier sacó un manojo de llaves de su bolsillo.

—Las llaves del alfarero —dijo Jupiter.

—Supongo que son el duplicado —dijo sonriendo burlonamente Farrier—. Tuvo mucho juicio al dejarlas en el despacho. Bueno, todo el mundo abajo, vamos.

Los Dobson y los Tres Investigadores pasaron por la cocina y bajaron a la bodega. La señora Dobson, de paso, encendió la luz que alumbraba la escalera de bajada, y descendió asimismo a aquel lugar desmantelado y con las paredes de ladrillo.

—Espero que no esté demasiado incómoda ahí —dijo Farrier desde lo alto de la escalera—. No se preocupe; siempre habrá alguien que les echará en falta a no tardar y vendrán a buscarles.

Y diciendo esto, el pescador cerró la puerta de la bodega. Se oyó cerrar con llave y luego sacarla de la cerradura. Además se corrió el cerrojo.

—No me gusta que mi abuelo haya estado siempre tan preocupado en cuestiones de cerraduras y cerrojos —dijo lamentándose el joven Tom.

—No sé, no sé —dijo Jupiter, sentándose en los peldaños de la escalera y dirigiendo la mirada en torno suyo—. Desde luego no es el sitio ideal para pasar largos períodos de tiempo, pero es mucho más cómodo que permanecer atados. Estoy seguro de que nuestra sospecha era correcta, y que el hombre que se apellida Farrier registrará ahora la casa de arriba abajo. Esa caja de cartón con las cartas, es lo que ha hecho que llegáramos a esta situación. Cuando él la vio creyó que habíamos encontrado lo que él busca. Nuestra trampa ha sido bien preparada.

—Sí, desde luego —dijo Pete en tono amargo—. Sólo que en esta ocasión los cazados hemos sido nosotros mismos.

Capítulo 17

Los otros observadores

Los Dobson y Los Tres Investigadores se acomodaron lo mejor que pudieron en los peldaños de la escalera de la bodega y oían cómo arriba el falso pescador registraba la casa.

Se abrieron los cajones de la cocina; se oyeron los portazos de las puertas de los armarios. Los pasos se encaminaron a la despensa y los botes y latas caían al suelo. Las paredes eran golpeadas.

Luego oyeron que Farrier salía de la cocina y se dirigía al despacho de la casa. Se oyó un ruido fuerte y como de algo que es arrancado y luego un golpe seco que hizo que les cayera encima algo de polvo del techo.

—Ha tropezado con el archivador —dijo Pete.

La antigua mesa del despacho fue arrastrada, y las vigas de madera que sostenían el techo crujieron. En seguida se volvieron a oír los ruidos característicos de paredes que se golpean.

—¿La policía encontró la biblioteca secreta? —preguntó Jupiter a Tom.

—No, no la encontraron.

—Veo, muchachos, que me habéis estado ocultando cosas —dijo la señora Dobson—. ¿Qué biblioteca secreta?

—No es nada, mamá —dijo Tom—. Sólo unos montones de periódicos antiguos detrás de esa placa con un águila, que hay en tu habitación.

—¿Y cuál es la razón para que una persona esconda un montón de periódicos? —preguntó la señora Dobson.

—Para proporcionar a alguien que se meta a registrar, la ocasión de encontrar algo —dijo Jupiter.

En aquel momento se oyó como un estrépito arriba.

—¡Dios mío! —dijo la señora Dobson—. Debe haber sido ese jarrón grande que hay en el vestíbulo.

—Una lástima —dijo Jupiter.

Las pisadas de Farrier cruzaron el vestíbulo y se oyeron ahora en la escalera.

—Él debe haber sido el que hacía que aparecieran todas esas huellas flameantes —exclamó la señora Dobson de repente.

—Sin duda alguna —afirmó Jupiter—. Pues él tenía las llaves y podía entrar y salir a su gusto. Además se hubiera servido de la puerta de atrás, estoy seguro, si la de delante hubiera estado asegurada con cerrojo.

—Y las pisadas… —dijo Tom.

Jupiter levantó la mano al instante y dijo:

—Escuchad.

Todos permanecieron callados. Al cabo de un poco susurró Tom:

—No oigo nada.

—Alguien se ha llegado hasta el portal de atrás —dijo Jupiter—. Ha intentado abrir la puerta y ha retrocedido de nuevo.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Eloisa Dobson—. Chillemos.

—No, por favor, señora Dobson —dijo Bob con toda sensatez—. Como usted sabe, no está solo ese granuja de Farrier. Están también esos dos tipos siniestros de Hilltop House.

—¿Los dos husmeadores? —preguntó la señora Dobson.

—Me temo que tengan intenciones más siniestras que sólo atisbar —manifestó Jupiter—. Han alquilado Hilltop House por una razón evidente, y es porque desde allí se domina esta casa.

Jupiter hizo un gesto indicando silencio. Se oían pasos en el vestíbulo.

—Farrier se ha olvidado de cerrar con llave la puerta de delante —susurró Pete.

—Esto se está poniendo más interesante —Jupiter subió la escalera hasta la misma puerta de entrada a la bodega, y allí pegó el oído a la puerta. Muy confusamente pudo oír un murmullo de voces. Y levantó dos dedos, indicando que había otras dos personas más arriba, que también deseaban registrar.

Los dos hombres recorrieron el vestíbulo, llegando casi hasta la cocina y luego retrocedieron. Los pasos se oyeron después en la

escalera. Luego se oyó un grito y un estampido.

—Eso ha sido un disparo —exclamó Jupiter.

Ya no se oyeron más disparos, sino un jaleo de voces que llegaban confusas a los oídos de todos los que estaban encerrados y esperando acontecimientos en la bodega. Más pisadas de nuevo en la escalera. Alguien dio un tropezón. Luego entraron en la cocina y se percibió cómo arrastraban una silla.

—Usted se va a estar quieto ahí sentado sin moverse —dijo la voz del general Kaluk.

Jupiter se apartó un escalón o dos de la puerta de la bodega.

La puerta se abrió y dejó ver la corpulenta figura del general de Lapathia.

—¡Hola! —dijo el general—. Mi joven amigo Jones. Y también tú, Andrews. Suban todos, por favor.

Los Tres Investigadores y los Dobson subieron hasta la cocina. La luz estaba encendida, y la señora Dobson se quedó con la boca abierta de pasmo al ver al apuesto pescador Farrier, sentado en una silla, apretándose con un pañuelo la muñeca derecha. Unas salpicaduras de sangre manchaban aquella elegante chaqueta.

—Le molesta ver sangre, ¿verdad, señora? —preguntó el general Kaluk—. No se asuste. Ese hombre no está herido de importancia. —Y le acercó una silla a la señora Dobson, indicándole que hiciera el favor de sentarse—. No me gusta la violencia, a no ser que sea necesaria —añadió—. Sólo disparé a este intruso para evitar que él hiciera lo mismo conmigo.

La señora Dobson se sentó.

—Creo que deberíamos llamar a la policía —gimió con voz temblorosa—. Hay una cabina en la carretera. Tom, ¿por qué no vas…?

El general Kaluk le ordenó que se callara con un gesto de la mano, y mientras el joven Demetrieff se situó delante de la puerta de la cocina, con un arma en la mano, un revólver que convencía a cualquiera.

—Creo, señora, que podemos prescindir de esta persona, ya que carece de importancia —dijo el general Kaluk, moviendo la cabeza con gesto de indicar al infeliz Farrier—. No estaba sabedor de que se encontraba por estos parajes, pues de lo contrario hubiera tomado las medidas necesarias para que no le estorbase.

—Sus palabras suenan como si se trataran de viejos amigos —dijo en un arranque de sinceridad Jupiter—. ¿O más bien debo decir viejos enemigos?

El general soltó una breve carcajada fingida.

—¿Enemigos? Este tipo no tiene la suficiente categoría como para ser un enemigo. Se trata de un criminal, de un vulgar criminal. ¡Un ladrón! —El general se acercó una silla y se sentó—. Como usted puede ver, señora, mi obligación es estar enterado de estas cosas. Entre las obligaciones que tengo en Lapathia, una es supervisar la policía nacional. Este individuo tiene abierto un expediente. Usa diferentes apellidos —Smith, Farrier, Taliaferro—, pero siempre se trata de la misma persona. Suele robar joyas. Y usted estará de acuerdo, señora, en que eso no está bien que digamos. ¿Está usted de acuerdo?

—¡Horrible! —dijo Eloisa Dobson al instante—. Pero… pero en esta casa no hay joyas. ¿Qué hacía él… bueno, por qué está usted aquí?

—Desde nuestra terraza hemos estado observando, señora, que esta persona malvada tal vez se estaba interfiriendo en sus asuntos y en los de mis jóvenes amigos, y por eso, naturalmente, hemos venido a ayudarles.

—Oh, gracias —exclamó la señora Dobson, y se levantó de la silla—. Muchas gracias de nuevo. Ahora podemos ya llamar a la policía y…

—Todo a su debido tiempo, señora. Haga el favor de sentarse otra vez.

La señora Dobson obedeció.

—Me he olvidado de presentarme —dijo el general—. Soy Klaus Kaluk. ¿Y usted, señora?

—Me llamo Eloisa Dobson; la señora de Thomas Dobson. Y éste es mi hijo Tom.

—¿Y es usted amiga de Alexis Kerenov?

La señora Dobson movió la cabeza en ademán de negar.

—Nunca he oído hablar de esa persona.

—Se llama el señor Potter —aclaró el general Kaluk.

—Desde luego, la señora Dobson es amiga del señor Potter —intervino Jupiter con presteza—. De Midvest. Ya se lo dije a usted.

El general miró con el ceño a Jupiter.

—Deja que sea la misma señora Dobson quien conteste, por favor —le ordenó. Y se volvió a dirigir a la señora Dobson—. ¿Es usted amiga del hombre conocido aquí como el alfarero?

Eloisa Dobson miró en torno suyo. Tenía el aspecto de un aprendiz de nadador que de repente se ve metido en agua que llega a cubrirle.

—Sí —dijo con voz apenas perceptible, y se puso colorada.

—Creo que la señora no me está diciendo toda la verdad —el general Kaluk se sonrió—. Recuerde, por favor, que soy persona experta en esta clase de juego. Ahora, tal vez la señora quiera decirme cómo se ha relacionado con el hombre conocido como el señor Potter.

—Pues bien —dijo la señora Dobson—, por… por carta; ¿comprende?, nos escribíamos y…

—El alfarero tiene montado un gran negocio de venta por correo —añadió Pete en seguida.

—Sí, sí —continuó Bob—. Y el alfarero le enviaba a la señora Dobson objetos de cerámica por correo; ella le escribía, y unas cosas traen otras, y…

—¡Callen ya! —gritó el general—. Vaya tontería. ¿Suponen que me lo voy a creer? ¿De modo que esta señora le escribe a un hombre ya anciano que se dedica a fabricar objetos de cerámica, y lo que se escriben es tan interesante que ella viene a este pequeño pueblo y se sitúa en su casa, precisamente el mismo día que él desaparece? ¡No, no estoy tonto!

—¡No grite! —exclamó la señora Dobson; pero ella también gritaba—. Se ve que está usted nervioso por entrometerse en esto. Y a mí no me importa nada, aunque este Farrier haya robado la corona real de Inglaterra. Lo que necesitamos es un médico que le atienda. Está sangrando, y ya llega al suelo la sangre.

El general dirigió una mirada hacia Farrier y las dos manchas de sangre que se veían en el suelo.

—La señora tiene un corazón muy tierno —dijo—. Ya nos ocuparemos de Farrier cuando sea el momento. Ahora, usted me va a decir cómo entabló relación con el señor Potter.

—Bueno, pues yo no creo que sea cosa que atañe a su maldito negocio —gritó la señora Dobson—. Pero si desea saberlo…

—Señora Dobson, yo no quisiera… —le suplicó Jupiter.

—¡Es mi padre! —terminó diciendo con tono de orgullo la señora Dobson—. Es mi padre, ésta es su casa, y usted no tiene nada que hacer aquí. Y no se atreva a…

El general echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajada limpia.

—No creo que resulte tan gracioso —le atajó la señora Dobson.

—Pues sí que lo es, sí —replicó el general, que miró al joven que iba con él y permanecía de pie junto a la puerta— Demetrieff, tenemos un auténtico botín. Tenemos a la hija de Alexis Kerenov.

El general se inclinó hacia la señora Dobson.

—Ahora usted me va a decir una cosa que quiero saber. Luego ya podremos atender al señor Farrier, que tanto le preocupa.

—¿Qué es lo que desea saber? —preguntó la señora Dobson.

—Existe cierta posesión, una cosa de gran valor, que pertenece a mi pueblo —dijo el general—. ¿Sabe a lo que me refiero?

Eloisa Dobson movió la cabeza indicando que no.

—Ella no lo sabe —dijo Jupiter en seguida—. Ella no sabe nada, nada sobre Lapathia, nada en absoluto.

—¡Contén tu lengua! —atajó el general—. Señora Dobson, estoy esperando.

—No lo sé —dijo Eloisa—. Jupiter tiene razón. Ya no sé nada. Nunca he oído hablar de ese Alexis Kerenov. Mi padre se llama Alejandro Potter.

—¿Y él no le confió el secreto? —preguntó el general.

—¿El secreto? ¿Qué secreto? —exclamó Eloisa Dobson.

—¡Es ridículo! —rugió el general—. Él debe habérselo dicho. Era su obligación. Y usted me lo va a decir ahora, venga.

—Pero si yo no sé nada —exclamó la señora Dobson.

—¡Demetrieff! —gritó el general, que había perdido ya el control—. Ella ha de hablar.

Demetrieff se acercó a la señora Dobson.

—¡Oiga! —gritó Tom—. ¡No toque a mi madre!

Demetrieff apartó bruscamente a Tom.

—Todos a la bodega —ordenó el general Kaluk—. Todos menos esta obstinada mujer.

—¡No, usted no lo hará! —gritó Pete. Él y Bob se abalanzaron sobre aquel hombre, Pete con la intención de arrebatarle el arma, y Bob se dirigió en hábil maniobra a sus piernas.

Demetrieff cayó al suelo lanzando un fuerte quejido, y el

revólver se disparó hacia el techo, sin alcanzar a nadie.

Ese disparo fue seguido de un segundo estampido como de un trueno. La puerta de detrás saltó de un disparo y quedó abierta, y tras ella apareció el alfarero, con un arma de fuego antigua y algo mohosa.

—¡No se mueva nadie! —gritó el alfarero.

Jupiter se quedó petrificado donde estaba, entre la puerta de la bodega y la silla donde se encontraba el general Kaluk. El general permaneció inmóvil y Pete y Bob siguieron tumbados en el suelo, encima de Demetrieff.

—¡Abuelo! —exclamó Tom.

—Hola, Tom —dijo el alfarero—. Eloisa, hija mía, siento haya ocurrido todo esto.

El general Kaluk trató de levantarse. El arma que tenía en la mano el alfarero apuntó inmediatamente en dirección suya.



—No se mueva, Kaluk —dijo el alfarero—. Hay otra bala dentro, y me causaría una gran satisfacción tener que incrustársela en su cabeza.

El general se volvió a sentar.

—Jupiter, hijo mío —dijo el alfarero—. ¿Quieres hacer el favor de recoger todas las armas? La del amigo del general, que está en el suelo, por supuesto, y estoy seguro además de que el general tiene alguna escondida. El general siempre ha sido aficionado a las armas.

—Sí, señor Potter —dijo Jupiter—. Bueno, quiero decir, señor Kerenov.

Capítulo 18

El pacto

Nadie abrió la boca hasta que Jupiter cogió el revólver de Demetrieff y registró al general Kaluk, arrebatándole la pistola automática y silenciosa de Farrier y otra más pequeña, pero asimismo mortífera.

—Cierra las armas con llave en la despensa, y tráeme la llave —dijo el alfarero.

Así lo hizo Jupiter. El alfarero se escondió la llave en un bolsillo oculto de su vestimenta, y entonces apoyó su cuerpo un poco contra un armario de pared.

En aquel momento Eloisa Dobson empezó a sollozar.

—Venga, querida, ahora ya ha terminado todo —dijo el alfarero—. Yo he estado vigilando a estos pillos todo el tiempo. Nunca hubiera consentido que te tocaran un solo cabello.

La señora Dobson se levantó y se acercó a su padre, que entregó su arma a Jupiter, y la abrazó.

—Ya lo sé, ya lo sé —le dijo. Y se echó a reír, apartándola a ella un poco, de modo que no tuviera más remedio que ver su cabellera, su barba, y la vestidura que llevaba, sucia y descolorida—. Sí, ya sé que te causa extrañeza, ¿verdad? Nadie tiene un padre como Alejandro Potter.

La señora Dobson primero asintió con la cabeza, luego dijo que no, y por fin prorrumpió en llanto.

El general Kaluk dijo unas palabras en aquel sonoro y extraño lenguaje que Jupiter y Bob oyeron en Hilltop House.

—Por favor, le ruego que hable en inglés —le dijo el alfarero—. Hace tantos años que no oigo mi lengua materna que casi no la

entiendo.

—Asombroso —exclamó el general.

—¿Y quién es ése? —dijo el alfarero, señalando al infeliz señor Farrier, que todavía se encontraba sentado en la silla, sujetándose la muñeca herida.

—Es un tipo que no tiene importancia alguna —dijo el general —. Un vulgar ladrón.

—Su apellido es Farrier, abuelo —dijo Tom—. Jupiter cree que es la persona que ha estado tratando de asustarnos y alejarnos de la casa.

—¿Alejaros a vosotros? ¿Cómo?

—En tres ocasiones distintas —dijo Jupiter—, han aparecido huellas flameantes en la casa. Aún puede usted ver tres huellas cerca de la despensa y dos cerca de la puerta de la bodega. Otro grupo hay además en la escalera.

—Hola, hola —dijo el alfarero—. ¿Huellas flameantes? Ya veo que usted ha realizado su trabajo, señor Farrier, y que se ha aprendido todo lo referente a los fantasmas de nuestra familia. Jupiter, ¿por qué está herido este hombre?

—El general Kaluk le disparó —dijo Jupiter.

—Ya entiendo. Entonces, si mal no he comprendido, este individuo ha ido entrando en la casa, tratando de asustar a mi familia.

—Eso usted nunca lo podrá demostrar —dijo refunfuñando Farrier.

—Ya tiene sus llaves de repuesto —dijo Jupiter.

—Creo que debemos llamar al comisario Reynolds —manifestó el alfarero—. Mi querida Eloisa, yo no tenía idea. Estaba tan preocupado para que Kaluk no te hiciera daño alguno que olvidé dejarte una vigilancia adecuada en mi propia casa.

El general miró al alfarero con cierto temor.

—¿He comprendido bien, Alexis, cuando ha dicho usted que me ha estado vigilando?

—Sí, yo lo he estado vigilando a usted, y usted ha estado vigilando a mi hija.

—¿Le puedo preguntar, viejo amigo, dónde ha estado usted estos tres días?

—Hay un desván en el garaje de Hilltop House —dijo el alfarero

con toda naturalidad—. Las puertas del garaje están cerradas con llave, pero hay una ventana en el lado norte.

—Ya comprendo —dijo el general—. Temo que me voy descuidando en mi vejez.

—Muchísimo —dijo el alfarero—. Y ahora, Jupiter, llamemos al comisario Reynolds y que se lleve a esta gente de mi casa.

—Un momento, Alexis —dijo el general—. Está la cuestión de unas joyas que fueron arrebatadas a sus legítimos dueños hace muchos años.

—Los legítimos dueños son los Azimov —le replicó el alfarero—. Y mi obligación es salvaguardar esas joyas.

—Los dueños legítimos son los habitantes de Lapathia —dijo el general—. Los Azimov se fueron.

—¡Mientes! —dijo con energía el alfarero—. Nicolás no murió en el palacio de Madanhoff, porque huimos juntos y nos reunimos en América. Así lo acordamos. Yo disponía de un medio para enviarle un mensaje cuando conviniera, y he estado esperando.

—¡Pobre Alexis! —dijo el general—. Usted ha estado esperando toda una vida, y para nada. Nicolás no llegó ni a la estación del ferrocarril. Fue reconocido. —El general se puso la mano en un bolsillo interior y sacó una fotografía, que entregó al alfarero.

Éste se quedó mirándola por un momento y luego dijo al general de Lapathia:

—¡Asesino!

El general recogió la fotografía.

—No fue cosa mía —le dijo al alfarero—. Su alteza era amigo mío, ¿se acuerda?

—¿Y así se sirve usted de los amigos? —le preguntó el alfarero.

—No se le podía ayudar —dijo el general—. Debe haber una razón en ello, que no sabemos. Los Azimov comenzaron con sangre y acabaron con sangre. Lo cierto es, Alexis, que terminaron. ¿Y usted, qué? Se ha pasado toda una vida esperando. Esperando tras unas puertas cerradas. Ocultándose tras una barba y la túnica propia de una persona excéntrica. Viviendo sin su familia, porque supongo que no ha visto crecer a su hija, ¿verdad?

El alfarero reconoció esta verdad con un movimiento de su cabeza.

—Por una corona —dijo el general—. Todo esto lo ha hecho

usted por una corona que nadie puede ceñirse.

—¿Qué quiere usted, pues? —preguntó por fin el alfarero.

—Quisiera llevármela conmigo a Madanhoff —dijo el general—. Y allí la pondremos en el Museo Nacional. Allí es donde debe estar, y allí la quiere ver el pueblo. Eso es lo que los generales prometieron hace tiempo.

—Esa promesa fue una burla —exclamó el alfarero.

—Lo sé, lo sé. Yo mismo no lo aprobé, pero Lubaski insistió y, una vez iniciadas las gestiones, teníamos que continuar con ellas. Cualquier otra cosa hubiera sacudido la confianza del pueblo.

—¡Embusteros! —dijo Alexis, en cólera—. ¡Asesinos! ¿Cómo se atreve usted a hablar de confianza del pueblo?

—Yo ya soy viejo, Alexis —le dijo el general—, y usted también. Y el pueblo de Lapathia es feliz, se lo aseguro, es feliz. ¿Querían mucho a los Azimov? Ahora ya han desaparecido. ¿Qué conseguirá usted si se me niega? ¿Va a convertirse en un ladrón? No puedo creerlo. Usted tiene la corona. Usted juró que siempre la tendría. Por eso he venido. Démela, Alexis, y volvámonos a separar como amigos.

—¡Amigos nunca! —dijo el alfarero.

—En ese caso, pues, no nos vayamos siendo enemigos —le suplicó el general—. Consideremos qué será lo mejor para todos. Y olvidemos el precio que ambos hemos tenido que pagar.

El alfarero permanecía callado.

—Usted no la puede reclamar para sí —le dijo el general—. Alexis, no hay elección posible. No puede ir a otro sitio más que a Madanhoff. Y piense cuáles serían las consecuencias que usted tendría que sufrir si se supiera que está en su poder. ¿Y qué consecuencia tendría para Lapathia? No lo sé, pero me las imagino: desconfianzas, recelos, tal vez una revolución. ¿Desearía otra revolución, Alexis?

El alfarero se estremeció.

—Muy bien, voy a dársela.

—¿La tiene ahora aquí? —preguntó el general Kaluk.

—Sí, está aquí, escondida —dijo el alfarero—. Espere un momento.

—Señor Potter —dijo Jupiter.

—¿Qué, muchacho?

—¿Se la traigo yo? —preguntó Jupiter—. Está metida en el jarrón, ¿verdad?

—Eres un muchacho muy listo, Jupiter. Sí, está en el jarrón. ¿Quieres traerla?

Jupe salió de la cocina y tardó escasamente un minuto, pero durante ese tiempo nadie habló una sola palabra. Jupiter regresó llevando en las manos un paquete voluminoso. Telas y más telas envolvían un objeto que Jupiter dejó encima de la mesa.

—Ya puedes abrirlo —dijo el alfarero.

El general Kaluk demostró con un movimiento de cabeza que estaba de acuerdo.

—Estoy seguro que eres curioso —comentó.

Jupiter fue quitando envoltorios de tela que iba dejando aparte doblados, hasta que al fin, a la vista de todos, encima de la mesa, apareció una espléndida corona de oro y lapislázuli, rematada por un gran rubí, con un águila de color rojo que parecía dar gritos con aquellos dos picos esmaltados.

—La corona imperial de Lapathia —exclamó Bob.

—Pero yo creía que estaba en el museo de Madanhoff —dijo Pete.

El general se puso en pie y miró aquella magnífica joya, casi con reverencia.

—La que hay en Madanhoff es una copia —dijo—. Es una copia muy buena, aunque en su realización no se contó con la ayuda de un Kerenov. Supongo que hubo unos cuantos expertos, como este… como este Farrier… que tal vez dedujeron la verdad, pero el secreto se ha mantenido bien. La corona se muestra siempre bajo la protección de un grueso cristal y unas barras. Nadie puede observarla de cerca. Ni tampoco se le permitió a ningún fotógrafo sacar una copia para incluirla en algún libro ilustrado.

El general empezó a envolver de nuevo la corona.

—El secreto se mantendrá —dijo—, pero la corona que habrá en Madanhoff será la auténtica.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro de que se guardará el secreto? —dijo el insolente Farrier—. Aquí hay algunas personas que pueden atestiguar.

—¿Y quién le creería a usted? —respondió el general—. Puede decir cuanto quiera.

El general cogió la corona y tendió la mano al alfarero, que se apartó sin hacer caso.

—Muy bien, Alexis —dijo el general—. Tal vez no nos encontremos ya más. Le deseo mucha suerte.

Y el general salió, seguido por el señor Demetrieff, una persona delgada y siempre seria.

—Jupiter —dijo el alfarero—, creo que ahora puedes avisar ya a la policía.

Capítulo 19

Tema para una buena película

Una semana más tarde, el señor Alfred Hitchcock, el famoso director de películas, estaba sentado en su despacho, hojeando las notas que Bob había redactado sobre el alfarero y su maravilloso secreto.

—Así que la corona estaba escondida en el jarrón —dijo el señor Hitchcock—, fuera de la casa del alfarero, por donde pasaban centenares de personas todas las semanas. Ese ladino Farrier tuvo que pasar por delante de ella docenas de veces mientras se afanaba tanto por asustar y ahuyentar de la casa a la señora Dobson.

—Nos dijo que había tratado de abrir el jarrón —dijo Jupiter—. Desde luego que casi todas sus trastadas las hacía de noche y por eso ni tenía tiempo, ni disponía de luz para examinar el jarrón cuidadosamente y darse cuenta del águila con una sola cabeza, y que miraba a la izquierda. La tapadera del jarrón salía dándole vuelta a la izquierda, como las agujas del reloj, al revés de como abren todos los recipientes. Esa era la señal que habían convenido el alfarero y el gran duque cuando escaparon de palacio. Si le ocurría algo al alfarero, el gran duque Nicolás tenía que buscar un águila con una sola cabeza entre un grupo de águilas bicéfalas de Lapathia, y esa águila sería la clave para conocer el paradero de la corona.

—¿Y ese señor Potter pensaba dedicarse a la cerámica incluso antes de la revolución de Lapathia? —preguntó el señor Hitchcock.

—No —dijo Bob, que estaba sentado en una silla al lado de Jupiter—. Se dedicó a la cerámica como medio de ganarse la vida, ya que podía haber encontrado muchos otros medios de fabricar

águilas. Podía haberlas pintado, o haberlas reproducido en una pared con la ayuda de una trepa, o…

—Además, siempre está el sistema del bordado —añadió Pete, sentado a la izquierda de Jupiter.

—Estoy seguro de que un águila color escarlata hubiera sido mucho más efectiva en un punto cruzado —dijo el señor Hitchcock —. Y ahora, pasando a ese Farrier, vuestras notas dicen que fue arrestado por el comisario Reynolds, acusado de los cargos de haber allanado una morada y de haber intentado graves daños. No creo que pudiera la policía detenerlo mucho tiempo. ¿Creéis que guardará el secreto de la corona?

—Lleva todas las de ganar y nada que perder si mantiene la boca cerrada —dijo Jupiter—. El allanamiento de morada y el intento de daños graves son siempre cargos menores comparados con el intento de un gran robo. Ahora se encuentra en la cárcel de Rocky Beach, reflexionando sobre sus fechorías, que resultaron más numerosas de lo que en principio suponíamos. Toda aquella ropa tan elegante que usaba, había sido adquirida con una tarjeta de crédito que se encontró dentro de una cartera que alguien perdió en la calle. No sé exactamente cuál es la sanción por el uso indebido de una tarjeta de crédito, pero creo que se considera como falsificación.

—Por fin —dijo el señor Hitchcock—. Ya comprendo, fue cogido por el dinero de que disponía.

—Sí, por encontrarse sin blanca —afirmó Bob.

—Su coche estaba ya tan estropeado que ello me preocupaba mucho —dijo Jupiter—. No estaba a tono con lo demás. Luego resultó que ni siquiera pudo pagar a la señora Hopper el importe de la habitación que ocupó en su posada. El señor Potter dice que, como él se considera en parte responsable, se va a hacer cargo de la factura.

—Muy generoso por su parte —dijo el señor Hitchcock.

—El comisario Reynolds encontró la sustancia que Farrier empleaba para que aparecieran las huellas flameantes, en el portamaletas del coche de Farrier, que se encontraba aparcado en la carretera, alejado de la casa —dijo Bob—. Pero dice que nunca sabremos de qué sustancia se trata. Cree que es una buena idea no difundir cierta clase de información.

—No deja de tener imaginación ese hombre.

—¿Farrier? No. Tiene mucha, y la ha podido ejercitar durante mucho tiempo en algunas de las prisiones más importantes. Solía ser un hábil ladrón de joyas. Según el comisario Reynolds, era muy conocido. La policía de todos los sitios le señalaba en seguida un agente que le siguiera a todas partes en el momento en que aparecía por una ciudad. Su campo de acción era reducido. Había estado planeando ganarse la vida abriendo una pequeña tienda de pasatiempos en Los Angeles.

—¿Así que fue el artículo aparecido en «Westways» lo que le trajo a Rocky Beach? —preguntó el señor Hitchcock.

—No —dijo Jupiter—. Él nos contó cómo logró la primera pista sobre el lugar donde se encontraba la corona, mientras esperábamos que viniera el comisario Reynolds para llevárselo. Nos dijo que siempre solía leer los anuncios de «Los Angeles Times», y que sospechaba lo mismo que muchas otras personas expertas en estas cuestiones, que la corona que se exhibía en Madanhoff era una imitación. Había leído algo de la historia de Lapathia, y estaba sabedor de la desaparición de Alexis Kerenov, que era el guardián hereditario de la corona. Cuando vio el anuncio en el «Times» con los nombres de Alexis y Nicolás, se acordó del gran duque Nicolás, que se suponía se había ahorcado durante la revolución, y pensó si no tendría nada que ver con la corona. Se molestó en comprar otros periódicos de Chicago y de Nueva York, pues tuvo una corazonada, y se encontró con anuncios idénticos. Así que fue a Rocky Beach en visita rápida, y paseando una tarde por delante de la casa del alfarero…

—Vio el medallón con el águila —dijo el señor Hitchcock concluyendo la frase—. Ésa es una de las cosas que no entiendo. ¿Por qué insistía Kerenov en llevar ese medallón?

—Él reconoce que era una tontería —dijo Jupiter—. Tal vez se sentía solo, y eso le recordaba tiempos mejores. Además, creía que había muy pocas probabilidades de que alguien de Lapathia apareciera por Rocky Beach, a no ser que se le llamara, y los anuncios que hacía insertar todos los años en los periódicos más importantes de los Estados Unidos, iban dirigidos a Nicolás. Creía que sólo Nicolás lo entendería. Formaba parte del acuerdo tomado entre los dos cuando escaparon juntos del palacio de Madanhoff.

Luego se tendrían que separar, y cada uno de ellos intentaría llegar por sus medios a Estados Unidos. Alexis publicaría el anuncio una vez al año, en el aniversario de la revolución, hasta que Nicolás le encontrara. Y si a Alexis le ocurría algo antes de que aquél le pudiera localizar, Nicolás siempre podía consultar los archivos de años anteriores de diversos periódicos y al fin podría saber en qué ciudad se había situado Alexis. Luego no le quedaba más que buscar el águila con una sola cabeza.

—Un plan algo complicado —dijo el señor Hitchcock—, y que dejaba mucho margen a la casualidad. Con todo, supongo que no dispondrían de mucho tiempo para planear algo más práctico teniendo encima una revolución. Así que Alexis ha estado esperando pacientemente durante toda su vida.

—Y Nicolás no logró escapar.

—¿Qué era lo fotografía que el general mostró al alfarero? —preguntó el señor Hitchcock.

—No nos lo ha querido decir —respondió Pete—. Algo horrible.

—Y sin duda alguna demostración que Nicolás había muerto —agregó Jupiter.

—Debe haber sido todo ello un fuerte golpe para el señor Potter —dijo el señor Hitchcock—. Por otra parte, debió empezar ya a sospechar que su espera era en vano. Habían pasado ya tantos años…

—Yo deduzco que él confiaba mucho en que al final Nicolás aparecería y que los Azimov subirían nuevamente al trono —dijo Bob.

—En cuyo caso —dijo sonriendo Pete—, el señor Potter hubiera sido el duque de Malenbad, y la señora de Thomas Dobson de Belleview hubiera sido duquesa. Estoy pensando en lo que hubiera disfrutado la señora Dobson siendo duquesa.

—¿Ella ha perdonado a su padre? —preguntó el señor Hitchcock—. Y los otros dos, ¿se marcharon?

—Sí, se fueron en el momento en que tuvieron en sus manos la corona —manifestó Jupiter—. Nos hemos de basar en conjeturas por lo que respecta a los dos hombres de Lapathia. Sólo podemos suponer que el artículo publicado en «Westways» les encaminó hacia el alfarero. Creo que alquilaron Hilltop House tratando de declarar una especie de guerra de nervios al alfarero. Pero les

desconcertó en gran manera el hecho de que desapareciera, y se alojaran en su casa una mujer joven y un muchacho. Mas ellos continuaron observando y vigilando hasta que vieron los movimientos de Farrier en el patio de la casa, y entonces bajaron a toda prisa de aquella colina, para asegurarse de que nadie se mezclase en la cuestión y se apoderase de la corona antes que ellos.

—Estoy seguro de que el general Kaluk fue enviado a Rocky Beach porque conocía de antemano a Alexis Kerenov, y podía reconocerlo mejor que Demetrieff, quien nunca le había visto personalmente. Y efectivamente le reconoció, a pesar de la barba y de esa cabellera blanca. El alfarero no había cambiado mucho, y Kaluk apenas.

—Es un buen argumento para una película, ¿verdad, señor Hitchcock? —preguntó Pete—. Quiero decir que con esas huellas flameantes, los fantasmas de la familia, una hija inocente que desconoce el asunto, y unas joyas robadas…

—Tiene algunos aspectos que la hacen recomendable —dijo el señor Hitchcock—. Pero todavía hay dos detalles que no habéis explicado en vuestro relato. Uno es el ruido del agua que circulaba por las tuberías de la casa del alfarero, cuando todos los grifos estaban cerrados.

—Era porque el alfarero tenía que utilizar y servirse del grifo que había fuera de la casa —dijo Jupiter—. No podía permanecer oculto en aquel garaje sin agua, y como los hombres de Lapathia nunca salían de Hilltop House, no podía coger agua de allí. Por eso tenía que ir a su propia casa de noche. Pero tampoco quería darse a conocer a su hija, ya que pensaba que cuanto menos cosas supiera ella, mejor estaría. Los hombres de Hilltop House no le podían ver cuando se llegaba hasta aquel grifo, incluso a la luz de la luna, por aquel espeso seto de adelfas que había detrás de la casa. Por ese motivo tampoco podía ver al señor Farrier, que entraba y salía por la puerta de detrás.

—¿Y cómo entró Farrier en la casa para apoderarse de las llaves? —preguntó el señor Hitchcock.

—Por una ironía del destino —continuó diciendo Jupiter—. El alfarero estaba tan preocupado con los preparativos para la llegada de los Dobson que por una vez se olvidó de cerrar bien. El señor Farrier declaró que no había tenido dificultad en entrar por la

puerta de delante, pues sólo hubo de romper una cerradura. Le dijo al comisario Reynolds que solamente sentía curiosidad por ver la casa, pero que más tarde, cuando la señora Dobson le trató con cierta aspereza, se enfadó mucho y trató de asustarla con las huellas flameantes.

—¿Y el comisario lo creyó? —preguntó el señor Hitchcock con cierto asombro.

—En absoluto; pero nadie le había ido con una historia mejor; así que tuvo que aceptar lo que se le decía.

—Otro detalle —dijo el señor Hitchcock—. A vosotros os dispararon cuando bajabais de Hilltop House. ¿Fue Farrier?

—No —dijo Bob—. También fue el alfarero, y se disculpó de ello. Él quiso alejarnos de allí, porque consideraba que los hombres de Hilltop House eran peligrosos. Tenía aquella vieja arma guardada en el trastero donde tenía las provisiones, y por eso la podía coger cuando la necesitaba.

—Bueno, ¿qué cree usted; no es motivo para una buena película? —inquirió Pete.

El señor Hitchcock lanzó un fuerte suspiro.

—No deja de tener interés.

—¡Ah! —dijo Pete, tranquilizándose.

—Sin embargo —dijo el señor Hitchcock—, Alexis Kerenov, el duque de Malenbad, se ha reunido con su hija, y por lo menos tenemos un final feliz.

—Ella es una excelente cocinera —dijo Jupiter—, y su padre está aumentando de peso. Además, ha ido a Los Ángeles y se ha comprado ropa nueva y zapatos. Se ha de ir a Belleview con la señora Dobson cuando llegue el otoño, para conocer a su yerno, y no quiere que las amistades de su hija crean que es…

—Un petimetre —concluyó Pete.

—Un excéntrico —dijo Jupe. Éste hizo una pausa, y luego añadió—: Y ciertamente lo es.

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como «Mary Poppins» o «Merlín el encantador», y también por las series de libros «Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores», con los que consiguió un gran éxito internacional… Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.